



CARNAVAL
HARRIET LAKE

Temporada veraniega
en Necochea



Familias de Sabelli y
Armocer y señoras
de Azcoiti y Eandi.

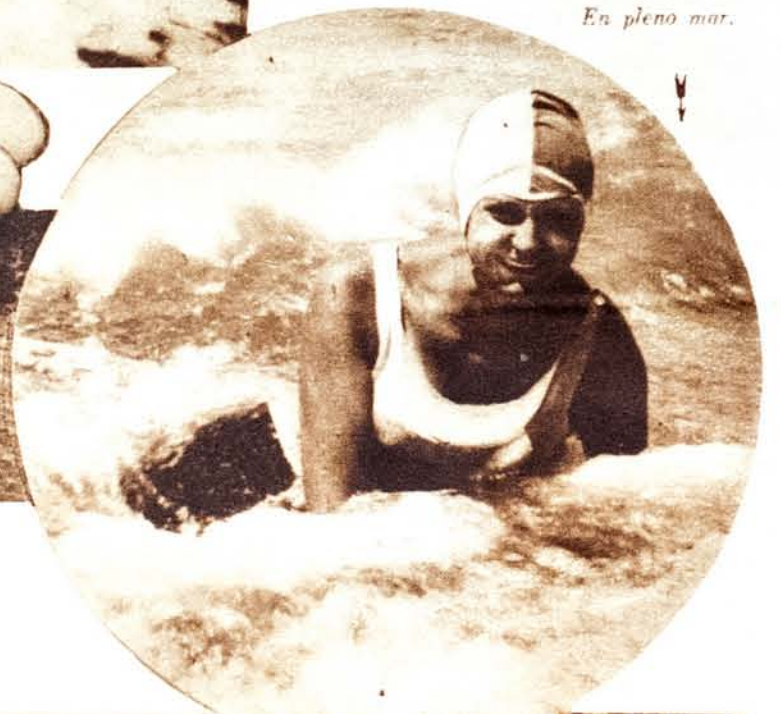


Aspecto general de
la playa a la hora
del baño.

Señorita Lita Tor-
ti y señora Bea-
triz Torti de Bar-
berio.



En pleno mar.



La moda de los sombre-
ros amplios está en todo
su apogeo.

Señoritas de Arangu-
ren, Jaca, Molina,
Massey y Dellacín.



Grandes flores impresas en seda muaré prestan aire femenino a los pijamas de primavera. Sin espaldas, con anchas solapas de seda llana muaré, para hacer resaltar este detalle, el traje luce por su estilo de falda disimulada, bajo el talle ajustado. Completa este vestido seductor una chaqueta de seda llana y una cinta para la cabeza con flores impresas.



ACTUALMENTE, de día y de noche, sin interrupción, los modelos de pijamas reinan soberanos. Para la mañana he elegido un vistoso par del nuevo traje-pijama, que me dispongo a usar en mi cocinita. Mi favorito es un modelo modernista que se compone de una blusa azul sin mangas, recogida por abajo y pantalones a cuadritos, de vistoso aspecto, con bolsillo para llevar pañuelo.

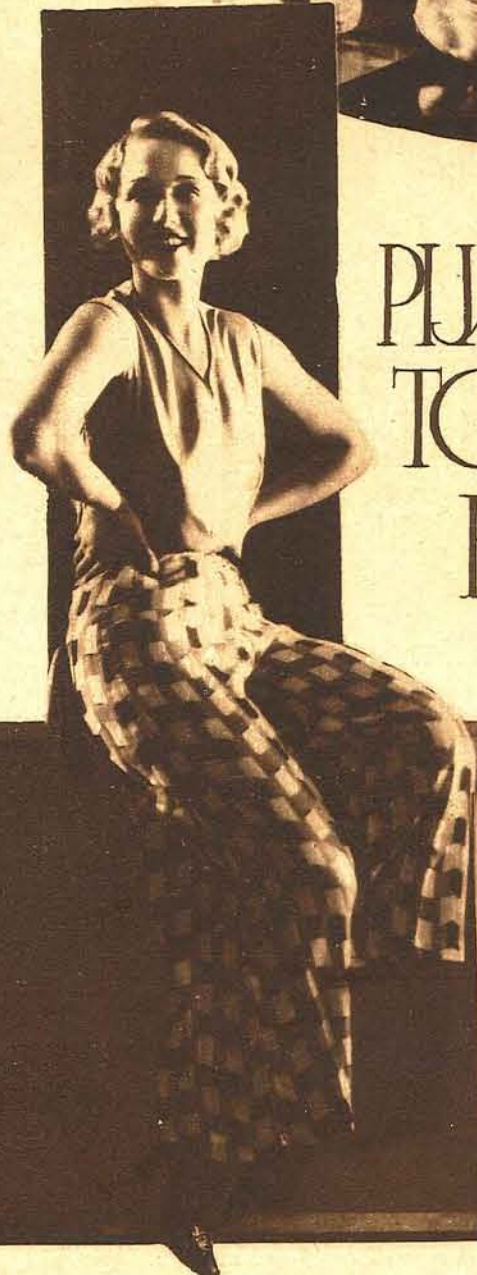
Durante el día, para pasearme por mi jardín, uso un pijama sin espalda, con anchas solapas de seda llana muaré. El traje se luce en estilo de falda disimulada, debajo del talle bien ajustado. Completa este vestido una chaqueta de seda llana, con una flor impresa en el cuello.

Y los domingos, cuando recibo, visto un traje hecho en tres tonos de verde, compuesto de un saco entallado, sin mangas y de pantalones que se van ensanchando gradualmente.

Para la noche, he escogido un modelo de los más nuevos, un traje-pijama que exhibe la gracia de un vestido de noche, aparte de la comodidad que ofrece.

Y, al terminar el día, para acostarme, visto el primoroso encanto de un popular "nyjama", la sabia combinación de un traje de cama que remata en pijama.

Leila Hyams



La mujer de hoy no tiene inconveniente en levantarse por las mañanas si puede vestir un modelo de los nuevos pijamas para el interior de la casa. Un modelo modernista, que consiste en una blusa azul, recogida, sin mangas y pantalones a cuadritos, con un bolsillo para el pañuelo.

Las señoras reciben a sus invitados en la temporada actual, vistiendo pijamas con tan feliz éxito que sus amigas las imitan. Un modelo adecuado para esa circunstancia es el presente. Hecho en tres tonos de verde, el conjunto constituye un modelo seductor, sin mangas, con pantalones que se ensanchan en forma progresiva y cuyo borde inferior es del mismo tono que el de la chaqueta que lo acompaña.

Día y noche, sin interrupción, los modelos de pijamas reinan sin rival, diferenciándose unos de otros, según la hora. Leila Hyams, vistiendo el popular "nyjama", la sabia combinación del traje de noche y el pijama.

PIJAMAS PARA TODO EL DIA

OPINIONES DE
LEILA HYAMS
EXCLUSIVAS PARA
"LA NACION"



Tiene una adorable majestad este vestido de pijama para la noche. Uno de los modelos más novedosos, exhibe la gracia de un vestido de noche, sumada a la comodidad que proporciona. Está hecho de raso con flores impresas y lo completa una chaqueta corta de terciopelo.

De la vida deportiva en Mar del Plata



El maestro Eugenio Pini ha encontrado la manera de hermanar la esgrima con la natación y el ciclismo. Todos los días se le puede ver de esta guisa llegando a la playa para tomar su baño.



Haya o no concursos, el Golf Club presenta siempre este aspecto a la hora de salida, por la tarde.



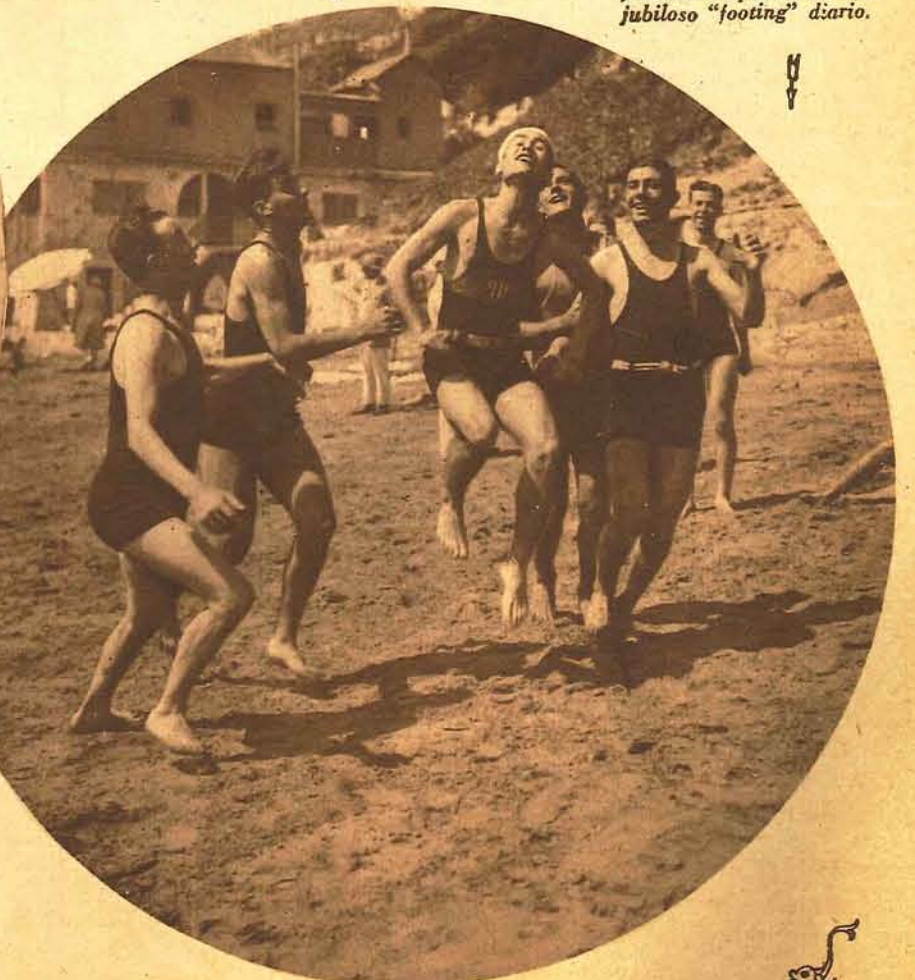
Para la acrobacia, los de Estudiantes de La Plata suelen hallar eficaces colaboradoras.



Un terceto medio formidable, colocado off-side de la ola.



Con carreras, saltos y carcajadas matizan los footballers platenses su jubiloso "footing" diario.



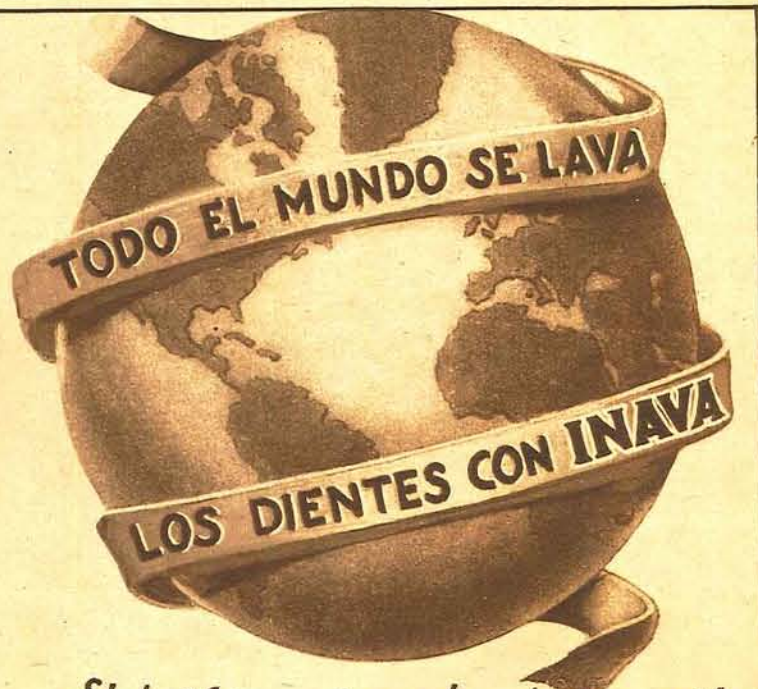
LA vida deportiva en Mar del Plata no se circunscribe ciertamente a las jornadas oficiales que en forma sucinta se reflejan en las ediciones diarias. Quienes por imperativo de la juventud física, como los muchachos de Estudiantes de la Plata, o por el de la juventud espiritual, como D. Eugenio Pini, tienen que hacer sport de cualquier manera, se ingenian para llevar a la práctica sus deseos. He aquí varias expresiones del espíritu sportivo marplatense, que se exterioriza cada día en gran escala y del cual no pueden hablar las crónicas.



CONTRASTES PORTENOS. — La afición por la radio queda perfectamente demostrada, entre otras cosas, por la frecuencia con que se ven en Buenos Aires estos dos tipos de antena: la de rudimentaria fabricación casera, sin alardes técnicos, y la otra con su poderosa torre de hierro.

Vencedor en una exposición canina
Bull-dog presentado en la Metropolitan and Essex Canine Society, en el Cristal Palace de Londres. Ganó cuatro primeros premios, uno de los cuales lo fué por su belleza...

"En formación atada"
La escuadrilla aérea británica N.º 43 volando sobre las nubes, en la forma en que el público de Buenos Aires pudo ver el 12 de octubre último a los aviones de la base naval de Punta de Indio. Las máquinas van unidas entre sí por medio de cables.



El dentífrico universalmente reconocido **SUPERIOR** a todos por su acción preventiva contra todas las infecciones bucales. Si Ud. tiene las encías **ENFERMAS, DEBILES** ó **PALIDAS**, úselo sin vacilar y ellas se volverán en breve tiempo: **SANAS, FIRMES** y **ROSADAS**.



POR
LOS
BALNEARIOS
POPULARES

En
VICENTE LOPEZ
OLIVOS
SAN FERNANDO

CONTINÚA en toda su intensidad la temporada balnearia, y los días festivos aumenta considerablemente el número de los que concurren a las piletas de los clubs y a las playas ya conocidas con el nombre de populares, en virtud de la característica principal que las destaca.



ES EL CALLO,
NO EL ZAPATO.

BASTA aplicar "GETS-IT" al callo irritado y comenzará inmediatamente su destrucción. Dos o tres aplicaciones de "GETS-IT" y usted podrá desprender el callo de raíz con los dedos, fácilmente y sin dolor. Camine y baile con soltura; tenga un frasco de "GETS-IT" a la mano.



"GETS-IT"
Chicago, E. U. A.



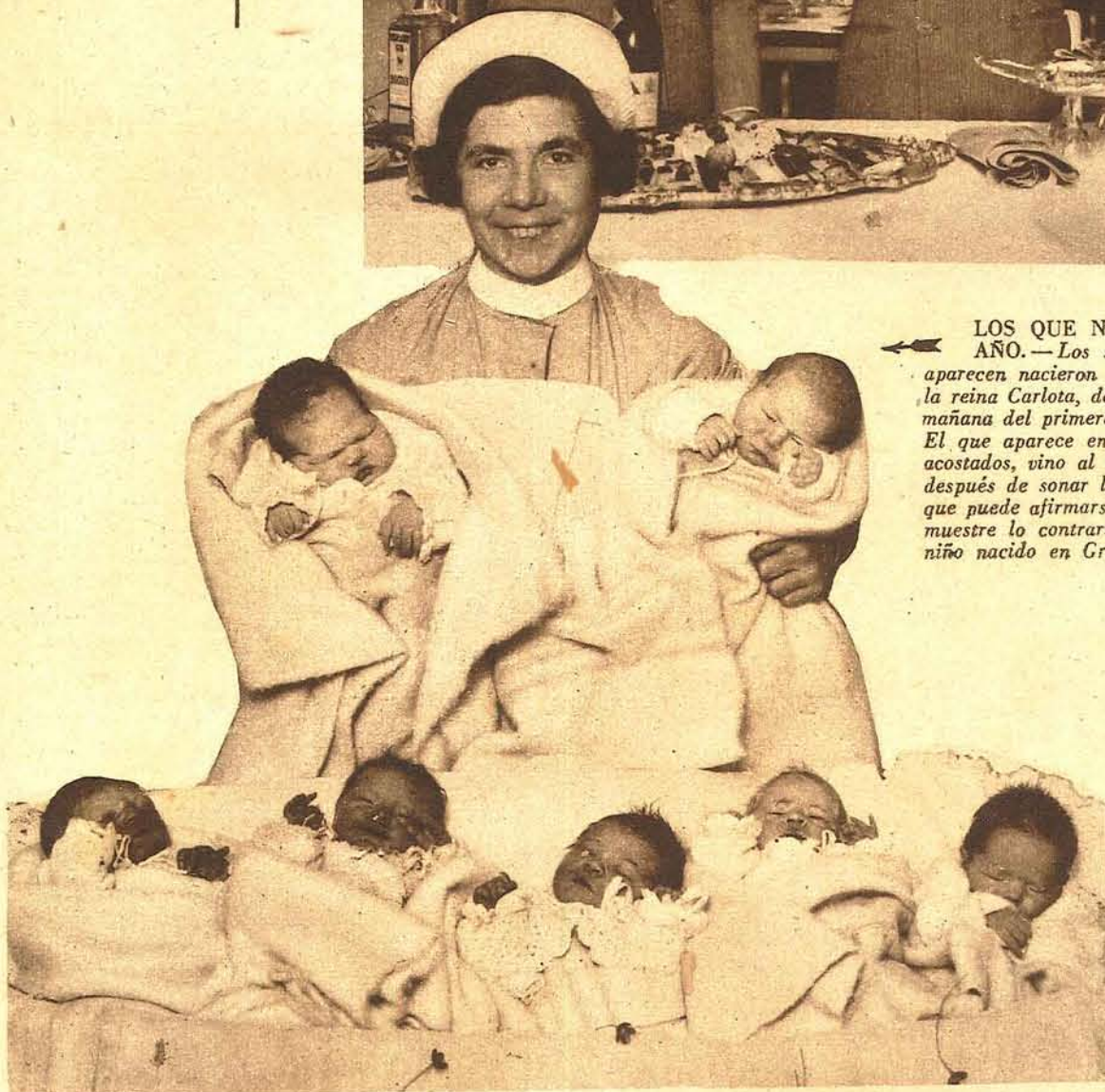
Kodak
Europeo



LOS ALEGRES HERMANOS MARX.

Los cuatro caballeros que aparecen en la fotografía ostentan un título que en verdad les honra: son "los hombres más divertidos del mundo". Se trata de los hermanos Marx, artistas difundidos en algunos países de Europa, quienes últimamente actuaron en el Palace Theatre, de Londres. La instantánea que reproducimos los presenta haciendo una demostración práctica en el difícil arte de batir un cocktail.

LOS QUE NACIERON CON EL AÑO.—Los siete bebés que aquí aparecen nacieron en la Maternidad de la reina Carlota, de Londres, durante la mañana del primero de enero de este año. El que aparece en el centro, entre los acostados, vino al mundo medio minuto después de sonar la medianoche, por lo que puede afirmarse (mientras no se demuestre lo contrario) que es el primer niño nacido en Gran Bretaña en 1931.



LAS SUBSISTENCIAS POR LAS NUBES.—He aquí un caso en que la hipótesis tradicional deja de ser hipótesis... Durante las recientes fiestas de Navidad y Año Nuevo fué tan grande en París la demanda de quesos, que los fabricantes de ese artículo se vieron obligados a enviar por vía aérea numerosas partidas, acondicionadas en la forma que muestra la fotografía.



FAJAS "Vestál"

Señora: Favorezca su hermosura con una faja "Vestál"; lo mejor y más perfecto para la moda.

Representada en pueblos y ciudades del interior por las casas más serias e importantes.

Por cualquier reclamo o informe, diríjase a

FÁBRICA "Vestál"

Calle Liniers 359

Buenos Aires

Lea
Zamba
Brasileña

Interpretación gráfica por IVO-
NE BRAND, bailarina de la
compañía que actúa en el teatro
Mayo.



LA BOLA DE CRISTAL

ERA en el Japón misterioso y antiguo, el Nipón de los biombos y las porcelanas, el de las "geishas" extáticas y las pinturas

de Kanawoka. En aquellos tiempos remotos e ingenuos se respiraban aires de prodigio en el mundo. Había dioses de vuelo inmóvil y ojos oblicuos que bajaban a la tierra a convivir con los mortales, y poetas de obscura estirpe que se casaban con las hijas del emperador. Nada era extraño, nada era asombroso. El espíritu de los hombres era un espejo de portentos, y el portento había acabado por considerarse natural.

El pequeño Niko, nacido y criado en aquella atmósfera, tenía un alma a la vez inquieta y contemplativa. Era hijo del jardinero del príncipe Min, y sólo una vez había entrado en el palacio de su amo, enviado por su padre, que estaba enfermo.

Nunca pudo olvidar aquella visita. Había en el palacio una infinidad de tapices bordados y de biombos de todos tamaños, con increíbles pequeñas "geishas" inmovilizadas como por milagro en el frágil balanceo de su andar nipón, y con enormes cigüeñas volando sobre el sueño azulado de los estanques. Allí, en medio de aquel mundo tan misteriosamente muerto que casi, casi, parecía vivo, Niko presintió un ambiente de inverosímiles delicias. Cuando le llegó el momento de irse, los salones adornados parecieron animarse, y en el momento de salir, tuvo la impresión de que una "geisha" de kimono escarlata le hacía sonriendo una reverencia, de que dos o tres cigüeñas sacaban las cabezas de los biombos para verlo mejor, y de que todos los estanques y las plantas todas se llenaban de seres invisibles y de rumores de encantamiento, y hasta creyó oír murmullos de insectos, balbuceos de hojas, palpitaciones de alas... Todo aquel Japón fabuloso y minúsculo parecía despedirse de Niko.

Nunca más halló el muchacho ocasión de volver al palacio de su amo. Pasó tiempo, y su deseo de ver aquellas cosas fué volviéndose cada vez mayor. De noche solía soñar con ellas, y de día se pasaba las horas mirando desde lejos el palacio maravilloso. Una vez le dijeron que la esposa del príncipe Min había dado a luz un heredero. Desde entonces, cada vez que veía el palacio, sus ojos adquirían un involuntario matiz de envidia. Así pasaron los años hasta que Niko cumplió los veinte. Entonces su padre, para que le sucediera en su oficio, lo nombró su ayudante mayor.

Ese día fué uno de los más felices de la vida de Niko. Tanta era su beatitud que, después de trabajar, se instaló en cuclillas frente a un ciruelo y se estuvo la tarde contemplando cómo se abrían las flores, como los japoneses de los biombos. Una vaga sonrisa que parecía de gratitud entreabría sus labios y alargaba sus ojos semicerrados.

— ¡Niko! — llamaron sus compañeros. El extático muchacho no oyó.

— Se habrá ido — dijeron ellos retirándose.

Niko quedó solo en el jardín del príncipe. Poco a poco fué despertando de su ensueño, y entonces una nubecita rosada, en lo alto del cielo, atrajo su atención. Era una

nube que no seguía la dirección del viento, y que descendía con lentitud hacia la tierra como si fuera más pesada que el aire. Se detuvo encima mismo de la cabeza de Niko. Mirándola mejor, Niko observó que aquella nubecilla tenía una verdadera cara nipona compuesta de ojos, nariz y boca; estaban las facciones tan graciosamente colocadas, que daban una impresión de belleza y alegría perfectas. Niko comprendió que se hallaba frente a alguno de los genios del aire, y su sonrisa se acentuó.

— Niko — le dijo el genio con una voz que parecía llegar del lejano espacio, como la de las brisas. Por ser hoy tu cumpleaños te traigo un regalo. Pero tienes que cuidarlo mucho, porque en él está tu felicidad.

y muy extraordinarias cosas. Todas sus ambiciones, todos sus deseos estaban allí. Se veía constantemente a sí mismo paseando por palacios de extraña belleza, más hermosos todavía que el del príncipe, y alternando con lujosas damas y altos personajes que por la majestad parecían dioses. Veíase vagando por maravillosos jardines, y navegando por lagos de ensueño, entre nenúfares y flores de loto. Siempre era Niko el protagonista de aquella historia sin argumento que nunca concluía y en la que nunca pasaba nada importante, como ocurre en la vida de los seres verdaderamente felices.

Cuando la noche le impidió seguir el desarrollo de su "vida verdadera", como ya empezaba él a llamarla, Niko se puso de pie, y



— ¿Qué regalo es ése? — preguntó Niko desfalleciente.

El genio extendió su transparente diestra, y le entregó una esferita de cristal.

— Toma. Quieran los dioses que jamás tengas que volver a verme — dijo. Y después de tan enigmáticas palabras, desapareció.

Niko, asombrado, miró y volvió a mirar la diáfana bola sin advertir nada al principio. Poco después notó que en el fondo de la esfera comenzaba a dibujarse una figurita. Era la suya propia...

No se asombró. Ya hemos dicho que nadie se asombraba de nada en aquellos tiempos. No se asombró, pero el asunto le interesó prodigiosamente. Hasta que llegó la noche estuvo mirando los acontecimientos que se desarrollaban en el corazón de la bola, y vió muchas

estrechando contra el pecho la bola mágica, se dirigió con paso rápido a su casa.

Desde ese día una sutil atmósfera de encanto impregnó sus horas. Niko había dejado de ser el modesto hijo de un vulgar jardinero para transformarse en un magnífico héroe de leyenda feliz. Y la historia continuaba, siempre análoga a sí misma y a la vez diferente siempre, como las olas de un mar sereno. En todos los momentos que su trabajo le dejaba libres, Niko se entregaba a su esferita con el mismo entusiasmo del primer día. En cuclillas, con los ojos semicerrados y el globo de cristal entre las manos, bajo la lenta lluvia de pétalos que caía continuamente de los árboles, Niko se estaba horas inmóvil, como los ídolos del templo. Sólo cuando oía pasos ocultaba su

tesoro para que nadie se lo pudiese quitar, y simulaba que estaba mirando las flores. Fué aquella una época de sutil felicidad, tan sutil que escapaba a la conciencia del mismo Niko. Dicen que siempre es así la verdadera felicidad.

Pasaron algunos meses. Niko no se cansaba todavía de la bola maravillosa, pero algo en él había empezado a cambiar. Ese algo, que al principio no era más que un levísimo desasosiego, fué transformándose poco a poco en una decidida inquietud. El joven tardó bastante tiempo en confesarse la causa de su impaciencia, y cuando lo hizo, se consideró el más ingrato de los mortales. Pronto dejó de considerarse ingrato. La causa de su nueva situación de ánimo era que aquellas cosas tan hermosas no sucedían más que en la esfera, y que la realidad resultaba demasiado distinta. ¿Qué le hubiera costado al genio, al fin y al cabo, darle una vida igual a esa, en lugar de excitarle la imaginación con visiones perturbadoras de lo que "hubiera podido ser", y no era? Pero si aquel genio era un amigo, como parecía, con algún motivo secreto debía haberle regalado la bola mágica. Tal vez el secreto consistiera en romperla, y entonces todos aquellos grandes señores se transformarían en personajes de carne y hueso, y la ficción se tornaría realidad, y todo pasaría como en la bola...

Durante muchas noches esta duda desveló a Niko. Recordaba las palabras del genio, y no les hallaba sentido alguno. ¿Qué le habría querido decir?

Una tarde, su impaciencia desbordó.

Niko estaba como siempre en el jardín del príncipe, debajo del ciruelo. El aire crepuscular estremecía vagamente el follaje. De pronto el muchacho se puso de pie, cerró los ojos, e invocando al bondadoso genio, estrelló la esfera de cristal contra el suelo.

No se oyó más que un ruidito seco. Niko no se atrevía a abrir los ojos. Esperaba algo, no sabía qué, y estaba muy pálido.

— Niko — dijo la voz del genio.

El joven jardinero miró. De la rota bola mágica había surgido la nube rosada, y allí estaba de nuevo la cara del genio, pensativa y llena de piedad.

— Mal hecho, Niko, muy mal hecho. Te dije que la cuidarás, que era tu felicidad. ¿No te sentías dichoso creyendo poseer lo que deseabas?

— Al principio, sí.

— Y después no te bastó.

Niko no supo al pronto qué decir. Sintió un nudo en la garganta.

— Entonces ¿no podré ya ser feliz? — preguntó al fin.

— Serás como todos los hombres.

La nube se iba deformando en el espacio, como si estuviera hecha de humo. Al llegar a cierta altura vaciló, buscando alguna orientación, y luego se recostó blandamente en los aires, y se dirigió hacia un lejano lugar del cielo. Niko la miraba alejarse. Una especie de estupor sagrado lo mantenía inmóvil, con los ojos fijos en el punto en que la nube se borraba. No alcanzaba a darse cuenta plena de lo sucedido. Sin embargo, sus ojos se llenaron de lágrimas...

Y de pronto, sin saber exactamente por qué, se arrojó al suelo, y se echó a llorar.

SUSANA CALANDRELLI
ILUSTRACION DE ALEJANDRO JIRIO

LA VIDA DEL VERSO



El verso es un organismo, lo cual quiere decir que consta de una entidad vital o alma, y de una estructura. Puede variar la expresión de aquella y el acomodo de estotra, pero no desaparecer ninguna de ambas, sin que perezca el organismo. En el primer caso por insignificancia, en el segundo por desintegración. Ausente su alma, el verso es un artificio puramente material, una construcción retórica. Destruída su estructura, vuélvese prosa más o menos coherente.

Como todo organismo, el verso requiere ciertas condiciones indispensables de existencia, y es lo que me propongo estudiar en relación a su objeto: es decir, a la poesía.

Anunciamos a quien pueda desdeñarlo por ligereza o incompreensión, que el estudio del verso es de cuádruple importancia: histórica, porque inició la transformación del latín en los romances que hablamos; gramatical, porque ofrece las más completas y variadas aplicaciones del idioma; social, porque proporciona a mucha gente recreo superior y codiciada gloria; estética, porque constituye a su vez una condición indispensable de la poesía.

Este arte consiste, efectivamente, en la expresión de emociones por medio del lenguaje musical, que no es el de la prosa corriente, con su eufonía indeterminada, sino aquel en el cual se nota la preponderancia del ritmo, unas veces por el empleo de formas preexistentes: los versos clásicos, otras por la repetición de un elemento terminal que marca el ritmo con la preponderancia requerida dentro de un número de sílabas variable, pero limitado por la unidad de percepción: los versos libres. Si consideramos a la poesía como arte y no como estado de la sensibilidad, no habrá, pues, poesía sin verso; así como éste será un mero valor fonético, si no expresa la emoción que debe animarlo. Forma y fondo, como cuerpo y alma, son inseparables sin efecto mortal para el organismo que constituyen. La estructura, a su vez, deja de existir si le faltan las condiciones indispensables.

Previas estas nociones de sentido común, veamos cómo se formó nuestro verso en el seno del latín.

Es a saber que el verso latino consistía en un número determinado de agrupaciones fonéticas, constituidas cada una por dos o más sílabas y denominadas pies. Cada sílaba a su vez tenía una acentuación predeterminada, que según su mayor o menor sostén e intensidad, clasificábase como largo o breve. Ignoramos el valor musical correspondiente a esa clasificación; pero es evidente que la existencia del verso así formado, requería la misma pronunciación del idioma por todos los lectores o recitadores, desde que cualquier diferencia en ella, modificaría la duración y la intensidad de los sonidos antedichos. La dislocación del Imperio Romano, al incomunicar y hasta tornar enemigas entre ellas sus principales regiones, extremó las diferencias locales en la pronunciación del latín, que ya existían por cierto, y hasta en la misma Italia metropolitana, motivando simultáneamente la acentuación de otro fenómeno: el de la doble lengua erudita y vulgar que el latín fue siempre. De este modo, la composición y apreciación del verso, fué reduciéndose a los individuos cultos que aprendían en el colegio la pronunciación y las reglas clásicas; pero como la creciente barbarie de la primera Edad Media, redujo cada vez más la cultura, el instrumento lírico acabó por perderse en la transformación que voy a estudiar.

Las mencionadas diferencias de pronunciación fueron tales, que bastará indicárselas con un ejemplo. Mientras Italia y España conservaron el esdrújulo y el predominio de las voces llanas, en la vasta región de las Galias, que comprendía un centenar de ciudades, se allanó el esdrújulo y predominó la acentuación aguda, hasta volver definitiva la consiguiente ruptura de la unidad. Al propio tiempo, la Iglesia, cada vez más influyente, usaba el verso con profusión, así para su propaganda mediante la leyenda religiosa, como para su liturgia. Hubo, pues, de adecuarse el instrumento a las nuevas condiciones, bajo

un concepto más popular que clásico. Y la transformación se efectuó del modo siguiente:

Al destruirse el pie, o sea el elemento fundamental del verso, cada sílaba tomó su valor propio; pero, un conjunto de sílabas, no es por sí solo un verso. Para volverse lenguaje musical, necesita un ritmo predominante, dentro de la unidad de percepción que a su vez determina la longitud extrema: seis pies para el verso clásico y catorce o acaso quince sílabas para el nuestro; pues el mismo alejandrino perfecto, no es ya más que un doble heptasílabo. Ahora bien, el ritmo se obtiene, como es sabido, mediante la repetición de pausas que deben ser por lo menos dos, y que en el verso antiguo eran tantas como los pies. Por esto, la recitación de dicho verso era un verdadero canto. Dentro de la unidad de percepción, el verso de medida silábica debe crear su ritmo de otro modo. No puede ser sílaba por sílaba, pues resultaría un mero silabeo. Tendrá, pues, que agrupar sus sílabas en con-

Habitado el oído a las nuevas formas, bastó luego con la rima terminal que, por la misma época, nos anticipa algún poeta mejor dotado, según lo indican estas ya perfectas cuartetas:

Quid, Tiranne, quid minaris?
Quid usquam poenarum est?
Quidquid tandem machinaris,
Hoc amanti parum est:

Dulce mihi crucidari,
Parva vis doloris est:
Malo mori quam foedari;
Major vis amoris est. (4).

Obsérvese la riqueza de la rima en la persistencia de la consonante anterior a la vocal acentuada, que llaman en francés consonante de apoyo, y que crea las siguientes entidades fonéticas: "naris", "rumest", "dari", "risest", hasta mediante verdaderas hipermetrias como la segunda y la cuarta. Esto último, asaz abundante entonces (5) era supervivencia de la versificación por pies, que agrupaba las sílabas sin tener en cuenta la unidad de los voca-

ra robustecer la tesis que formulo acto continuo, recordaré todavía la preferencia de dichos poetas, eróticos y anticlericales, como generalmente lo fueron, por el endecasílabo de análoga predilección en la poesía libertina de Roma, proscrita por la Iglesia hasta en el uso de ese su metro casi típico: ya que el Renacimiento hizo de él el verso blanco por excelencia.

Rima y unidad de percepción, o metro, son, pues, los elementos esenciales del verso romancado; de suerte que la extrema libertad de este organismo, es decir, aquella compatible con su propia existencia, consiste en la combinación de cualesquiera metros, desde dos a quince sílabas, rimados entre sí, por lo menos con la alternación de uno blanco. Esto es lo que hemos llamado los modernos verso libre por antonomasia. Las combinaciones que suprimen uno o los dos elementos, son prosa, déseles la forma gráfica que se quiera; pues una cosa es la poesía como estado de la sensibilidad — pongamos por caso la contemplación de la belleza de un paisaje o de un ser — y otra como arte: o sea como expresión de ese estado por medio del lenguaje musical que es su instrumento indispensable. Y repito que tampoco es lenguaje musical la eufonía indeterminada de la prosa.

Ni el alma del verso, que es la emoción, consiste en la mera anotación de sensaciones directas o metafóricas. Estas, al contrario, tienen que transformarse en aquella, adquiriendo, así, la vida superior que el artista comunica, exponiendo o narrando su estado de alma. Es, como se ve, la anécdota, menospreciada por los corifeos de la poesía sin verso, que al suprimir también la emoción, convierten el arte en una lista inconexa de impresiones puramente físicas, tan fácil de redactar como insignificante por sí sola. Tal es el resultado intelectualista que llaman deshumanización del arte, aun cuando sólo se trata de una nueva retórica: el maquinismo poético, que empieza por declarar innecesarios al poeta y a la poesía; pues tengo ya dicho que la libertad absoluta es una reducción a cero, o, si se quiere, la perfecta nulidad. De tal suerte, fácil es verificar que los productos maquinales de esa poética, no son poesía, ni verso, ni siquiera prosa, sino meros agregados de palabras cuya falta de interés resulta verdaderamente mortal. Niñería de adulto, degenera fatalmente en fofonería. Y así como el verso vivo es la Iliada o la Divina Comedia, el verso muerto resulta la pobre engañifa de una prosa que tergiversa, porque, ni siente lo bello, ni tiene nada que decir.

(1) He aquí un ejemplo entre muchos, tomado de E. du Méril, *Poésies Populaires Latines Antérieures au Douzième Siècle*, pag. 155, obra a la cual me referiré exclusivamente para facilitar la compulsas:

Sancte sator, suffragator,
Legum lator, largus dator,
Jure pollens, es qui potens;
Nunc in ethra, firma petra.

(2) Id., pag. 142:

Ecce non paulizat
Paulus sed saulizat;
Petrus intronizat,
Lupusque caprizat;
Lupus pastorizat...

(3) Pág. 309. Versos sobre la ruina de Troya.

(4) Id., pag. 138.

(5) En los citados versos de la ruina de Troya, pag. 312:

Plena potentatu, celeberrima, digna re-
[latu]
Felicissima tu principe, cive, statu.

(6) Id., pag. 68. Según la escansión por acentos, del mismo Du Méril, que yo refuerzo con guiones, para mejor definir la agrupación, éste del siglo VIII:

Quis - mi hi - tribu - át - ut, fletus ces-
[sent immensi.]

El verso, así pronunciado, resulta un alejandrino. Con su pronunciación natural, un pseudo hexámetro:

Quis mihi tribuat, ut fletus cessent im-
[mensi:]

Así, respectivamente, doble octosílabo y hexámetro, éste del siglo V:

Aús - piciús qui diligo, salútem dico plu-
[riman.]

(7) Id. 217. Visión de Fulberto.

Soneto

Si sólo ante las penas, el hambre y la agonía
El grito de los hijos del rigor te reclama;
Si sólo ante la angustia del repentino drama
La tibia indiferencia sacude su apatía;

Mi corazón te nombra, Señor, en la alegría
Y en su emoción más pura cantando te proclama;
Mi corazón que ofrenda lo mejor de su llama
A los dones perfectos de tu alta cortesía.

Señor: cuando concedes la inefable ventura
Que enciende en el espíritu certidumbres de cielo;
Cuando al fin la esperanza transfigura mi ser;

Escalando infinitos, con trémula dulzura,
Te encuentra la armoniosa violencia de mi anhelo
Que busca entre las sombras a quien agradecer.

Margarita Abella Caprile

juntos regulares, para que lo sean también las pausas; y con el objeto de tornarlo sensible, se aplicó la rima: es decir, la repetición del mismo sonido final (consonancia) o de la misma vocal (asonancia) al extremo de cada conjunto regular, según hacíanlo también, a lo que parece, ciertas formas populares de la poesía latina. Siendo éste el único medio, poníase rima a cada pausa, hasta en cada mitad de los primeros octosílabos (1); y el monorrímo fué de rigor aun para versos tan cortos y rítmicos de suyo como los exasílabos (2). Por otra parte, la rima interna o leonina, tuvo por objeto marcar las grandes pausas de los pseudo exámetros y pseudo pentámetros en que insistían los cultos, según se verá por éstos, de cuádruple repetición, tomados en la antedicha obra de Du Méril (3):

Pergama flere volo, fato Danais data solo;
Solo capta dolo; capta redacta solo.
Exitiale sona, quae prima tenes Heliconae,
Et metra me dona promere posse bona.

Y así toda esa larga tirada de cien versos cuyo ingenio es, por cierto, de alabar.

blos. La evolución métrica, que ya desde el siglo V empieza a transformar los exámetros de la poesía cristiana en dobles octosílabos y en alejandrinos, mediante el uso exclusivo de acentos simétricos en la cuenta silábica (6) alcanza en el XI la perfección que indican, por ejemplo, estos dodecasílabos monorrimos:

Vir quidam exstiterat dudum heremita,
Fulbertus Francigena, cujus dulcis vita,
Dum in mundo viveret, se deduxit ita;
Nam verba quae protulit fuerunt perita (7).

Las expresiones de neo, si no de bajo latín, que acá y allá notamos en estas citas cuya traducción omito porque son puramente fonéticas, constituyen, por decirlo así, los vínculos populares con los romances que ibanse simultáneamente formando, y a los cuales pasaban los mismos metros y recursos, conforme se ve a las claras en el Romancero del Cid, las coplas del Rey Alfonso y los versos del Arcipreste de Hita. Los trovadores provenzales, que casi no dejaron combinación métrica ni estrófica por intentar, influyendo sobre todo en España, nunca prescindieron de la rima; y pa-

LEOPOLDO LUGONES

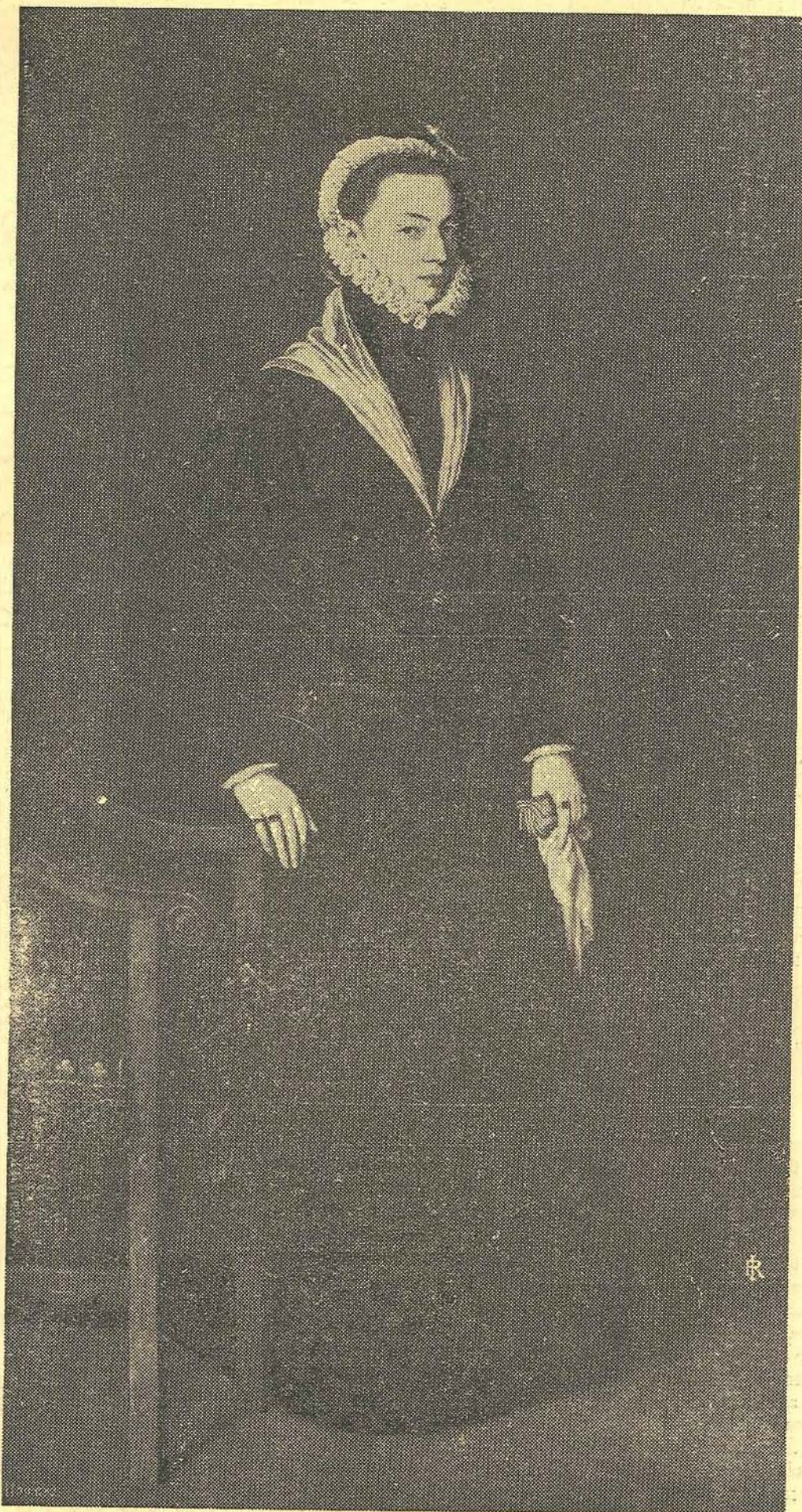
El príncipe que murió de amor

Por Julio Dantas

CUANDO se entra en la sala del Museo del Prado, de Madrid, consagrada a Antonio Moro, llama desde luego la atención el retrato de una mujer joven — veinticinco años, tal vez — toda vestida de terciopelo negro, con una gola blanca de encajes que le ciñe el cuello y un pequeño tocado blanco que le encuadra la cabeza rubia, retrato admirable, de cuerpo entero y tamaño natural, que es seguramente, con el de María Tudor, lo que de más bello posee España del maestro de Utrecht. Basta mirar a esa mujer para ver que es una princesa de la casa de Austria, tan claros resultan en su fisonomía — a pesar de tratarse de una mujer bella — los rasgos característicos de los Habsburgos. En efecto, estamos en presencia de una hija de Carlos V — hermana, por lo tanto, de Felipe II y nieta de Doña Juana la Loca — en cuyo rostro, de una palidez dorada y casi mórbida, se adivina la sombra triste del "pudridero" del Escorial, y sobre cuya vida, que melancólicamente transcurrió entre la ilusión y la desilusión de la realeza, parece haber pesado la maldición de la abuela loca de Tordesillas. Esa mujer, que Moro retrató en un momento feliz para su gloria, es la infanta Doña Juana de Austria, viuda del príncipe Don Juan, hijo de Don Juan III de Portugal, y madre de nuestro último rey caballero, Don Sebastián. La historia la acusa — como ya acusara a una su tía abuela, Margarita de Austria, que se llamó a sí misma "Margot, la gentil demoiselle" — de un dulce y tierno crimen, de que sólo son capaces la belleza y la juventud, el de haber muerto al marido... de amor. Cuando ví, en el Museo del Prado, el retrato de la princesa, rubia, austera, vestida de negro a la usanza española, tan parecida con el hijo, que nosotros tenemos la impresión de que es el mismo Don Sebastián con faldas, no pude dejar de preguntarme a mí mismo: ¿Hasta qué punto será verdadera esa legendaria acusación?

El rey Don Juan III de Portugal, hijo de Don Manuel el Venturoso y de una hermana de Juana la Loca, casó con una hija de la misma Juana la Loca, Doña Catalina de Austria, su prima hermana. Consanguíneos, procedentes de la misma estirpe mórbida, era natural que la acumulación de las herencias se hiciese sentir en la descendencia de este tálamo real. En efecto, de los nueve hijos que tuvieron, todos murieron de convulsiones en la primera infancia, con excepción de dos, que llegaron a la pubertad y alcanzaron a casarse: el príncipe Don Juan, heredero del trono, y la infanta Doña María. Carlos V, cuya política exterior se orientó, respecto de Portugal, en el sentido de la integración pacífica de este país en el sistema de los intereses dinásticos de la gran familia de los Habsburgos, pensó, desde luego, servido por su fiel lugarteniente en Lisboa, que era la misma reina Doña Catalina, en casar a sus dos hijos aun solteros — Felipe (el futuro Felipe II) y Juana de Austria — con los dos príncipes portugueses, sus primos hermanos, únicos hijos de Don Juan III cuyas cunas no se habían convertido en túmulos. A pesar de la mala voluntad con que el pueblo portugués — admirable en su instinto de defensa política — veía los casamientos en España, el caso se resolvió conforme a los deseos de Carlos V, porque Don Juan III, espíritu apocado y doliente, no tenía voluntad propia y porque la dirección de nuestra política internacional, a mediados del siglo XVI, estaba enteramente en manos de Doña Catalina de Austria. Felipe, el futuro "Demonio del Medio Día", el "príncipe de la barba amarilla", como le llamaba el embajador inglés John Elder, desposó a la infanta Doña María, gorda, rubia, pequeña de cuerpo, "statura minore che mediocre", según la expresión del embajador veneciano, gran jugadora de ajedrez; Doña Juana de Austria — la retratada por Moro — que tenía diez y seis años, consumó matrimonio a esa edad con el príncipe Don Juan, heredero de la corona portuguesa, pobre niño menor aun que ella (quince años y medio), grave, triste, tan inclinado a las letras que Damián de Goes, su profesor, esperaba mucho de él, y Sá de Miranda, a su pedido, le consagró sus "Poesías". Ninguno de estos dos enlaces, realizados obedeciendo inconfesables intereses de política dinástica, fué feliz. La infanta Doña María, mujer del futuro Felipe II, murió dos años después de casada, habiendo llevado en sus flancos reales a un hijo que fué un monstruo: el célebre príncipe Don Carlos. El príncipe Don Juan, casado apenas durante un año y veinte días, sucumbió a los diez y seis años y medio, en circunstancias que favorecieron la formación de una leyenda romancesca, semejante a aquella que envolvió la muerte del hijo recién casado de Isabel la Católica (también llamado Don Juan) leyenda que, considerada a la luz de la ciencia moderna, no corresponde enteramente a la realidad de los hechos. Veamos hasta qué punto la mórbida belleza de la "infanta de luto", admirablemente interpretada por el maestro de Utrecht, pudo contribuir a apresurar el fin del joven príncipe portugués, hijo de Don Juan III.

Así que se decidió el casamiento, los dos novios reales entraron a corresponderse por cartas, que, aun cuando sujetas a un riguroso protocolo, revelan, por parte del príncipe, una cierta nerviosidad. Ella tenía diez y seis años; él, quince. A los diez y seis años (la adolescencia femenina es notablemente precoz) una muchacha es ya una mujer; a los quince, un joven es aún un niño. El pobre príncipe Don Juan, bruscamente arrancado a la paz de sus estudios, fué presa de una viva inquietud emotiva cuando le dijeron que iba a casarse y le mostraron el retrato de su prima, en una miniatura de Moro o de Pantoja de la Cruz; esa inquietud, sin embargo, sólo revistió, al menos en los primeros momentos, aspectos puramente infantiles, porque el príncipe, bastante goloso, no



RETRATO DE JUANA DE AUSTRIA, POR ANTONIO MORO. (MUSEO DEL PRADO)

LOS MILLONARIOS DEL AÑO PASADO

(Para LA NACION)

NUEVA YORK, diciembre de 1930

pensaba más que en mandarle presentes de dulces a la novia. Su hermana Doña María le decía, en carta a su futura cuñada: "Es grande el contento del príncipe por verse casado, y es mucho lo que quiere a Vuestra Alteza; anda negociado en buscarle muchas cosas de comer, porque es muy goloso..." Y la reina Doña Catalina de Austria, en carta a la futura nuera confirmaba, bromeando, aquella pueril ansiedad del hijo: "Anda muy negociado para embiar muchas cosas de comer, y tiene tan poca vergüenza que quitará a V. A. todas las que tuviere..." En diciembre de 1552, cuando el duque de Aveiro y el obispo de Coimbra fueron a recibir a la novia real en la frontera de España, el príncipe Don Juan, impaciente, inquieto como un niño por un juguete, quiso ir a verla secretamente al Palacio de Montemayor; y después de ese encuentro furtivo, que le produjo una profunda impresión nerviosa, regresó solo a Lisboa, donde debía realizarse, de allí a pocos días, la presentación oficial y solemne de los novios. El rey, en un bergantín tolado de brocado de oro, seguido de un largo cortejo fluvial, atravesó el Tajo, en medio de un ruido atronador de morteros y de cohetes, al sol de una gloriosa mañana de invierno, y fué a buscar al Barreiro a la hija de Carlos V, mientras el príncipe, trémulo, ansioso, bastante pálido — Don Manuel de Menezes, en la "Crónica de Don Sebastián", describe la escena — la esperaba en la baranda del Palacio de la Ribera, rodeado de toda la corte, junto a la imponente púrpura del cardenal Inquisidor, su tío. El casamiento se realizó en la sala grande, guarnecida con las opulentas tapicerías del "Descubrimiento de la India"; pero Don Juan III no quiso que los novios consumasen el matrimonio esa noche, porque aun no habían ido a arrodillarse ante el altar de San Vicente. El príncipe durmió con el rey: la princesa con la reina; y en la noche siguiente, cumplida la formalidad exigida por el monarca, dada de nuevo por el cardenal la bendición a los príncipes, aquellas dos criaturas, que la razón de Estado echaba prematuramente la una en brazos de la otra, virgindades inocentes que mutuamente se revelarían un misterio mal presentado aún, se unieron, en fin, en el amplio tálamo que, según la vieja usanza de Portugal, las damas y las camareras de la princesa cubrieron de rosas al anochecer.

La luna de miel de los príncipes transcurrió, durante los primeros meses, sin incidentes. La princesa Doña Juana, que tenía pasión por la música (Jorge de Montemayor, músico y autor de la "Diana", vino con ella a Portugal, formando parte de su capilla), tocaba la espineta, bailaba, se divertía en la corte; el príncipe Don Juan, entretanto, presa de una insaciable excitación, enteramente absorbido por la idea de la posesión amorosa de su mujer, vivía sólo para ella, y su afecto conyugal revestía las formas caracterizadamente hiperestésicas peculiares a ciertos neuropáticos hereditarios. En octubre de 1553, al fin de los once meses de casados, el príncipe enfermó. Convencidos inmediatamente los médicos de que la "enfermedad provenía de la demasiada comunicación y amor del recién casado con la princesa su mujer" (Menezes, Crónica, I, 26), y dando razón a las voces del pueblo, que atribuían a "exceso de amor por la princesa la enfermedad del príncipe nuestro señor" (Andrada, Crónica de Don Juan III, IV, 453), resolvieron apartar a los jóvenes esposos, inmoderadamente ansiosos de ternura, quedando la princesa, que se encontraba próxima a ser madre, en sus aposentos del Palacio de la Ribera, y yendo el príncipe a habitar las casas de Fernán Alvares de Andrada, contiguas al palacio real. A pesar de eso el príncipe empeoró. El adelgazamiento era grande; la debilidad extremada; y sentía constantemente una insaciable sed. Cada vez más goloso, no se alimentaba sino de dulces. Fué entonces — dicen los cronistas — que pronunciaron los "capellos amarillos" de Palacio el diagnóstico de "habetica passio" o "pasión diabética" (diabetes, como diríamos hoy), manteniéndose rigurosamente el apartamiento de la princesa, considerada la gran culpable de la dolencia del marido. En la noche de Navidad, el príncipe asistió aún, pálido y triste, a la representación de un acto en la sala grande del palacio. Su sed era cada vez más intensa y afligente; pero, por orden expresa de los médicos, no se le dejaba al enfermo beber agua. En la mañana del último día de diciembre, "habiendo aquella noche llovido mucho (dice, textualmente, el cronista Andrada, contemporáneo de los hechos que describe) y quedando su Alteza solo en su cámara mientras se vestía el mozo del guardarrropa que lo acompañaba de noche, se levantó de la cama, entró a un oratorio contiguo, que tenía ventanas para el lado del mar, con antepecho de piedra mármol antiguo y cavado por el tiempo, y sirviéndose de una toalla que ensopó en agua de la lluvia, llenó por cinco o seis veces un búcaro grande de plata y bebió, lo que le hizo tanto mal, que, sin volver a levantarse más de la cama, comenzó luego a dar señales de muerte". En efecto, dos días después — el día 2 de enero de 1554 — a las cuatro de la tarde, el príncipe moría. ¿De amor? Evidentemente, no. Su casamiento prematuro, a los quince años, con una princesa bella y joven como él, determinando un agotamiento nervioso y una fuerte sacudida de todo su organismo, le apresuró, quizás, el fin. Pero, en realidad, el príncipe fué víctima, no del amor de la gentil princesa que Moro retrató, sino de esa terrible diabetes de los adolescentes, que hoy conocemos bien; que es una consecuencia de las acumulaciones hereditarias en las estirpes que se perpetúan por los cruzamientos consanguíneos; y que, de preferencia, ataca a las familias característicamente neuropáticas, de que fué tipo la familia real portuguesa del siglo XVI. Es sabido que la diabetes infantil raras veces perdona. El accidente terminal habrá sido, o el coma acetonémico, o una de esas pulmonías casi fulminantes de los diabéticos, determinada por el enfriamiento a que las memorias del tiempo aluden.

(Continúa en la pág. 23)

HACE precisamente un año, los millonarios eran tan numerosos en la Quinta Avenida como son ahora los que forman colas para conseguir pan en el distrito de Bowery. Claro que todavía nos quedan millonarios, o mejor dicho, multimillonarios, como los Ford, Vanderbilt, Young, Morgan y Morrow. Quizá no tengan ahora tantos millones como tenían el año pasado por estas fechas. Eso no lo puedo asegurar. Pero un millón más o menos, cuando se tienen centenares, posee muy poca importancia. Los coches lujosos siguen recorriendo la Quinta Avenida. Todavía se ven los yates particulares anclados en la bahía. ¿Pero qué se ha hecho de los otros, de los que se hicieron millonarios rápidamente y que se mostraban tan alegres y contentos el año pasado? ¿Dónde están ahora?

Están trabajando. Recorriendo las calles. Algunos de ellos mendigan. Otros han muerto, suicidándose, incapaces de soportar la existencia sin sus amados millones.

En este último año hemos tenido una verdadera racha de suicidios. La causa de casi todos ellos debe buscarse en la pérdida de dinero, en la pérdida de esa prosperidad que empezaba a marearnos a todos el año pasado. Escondida en un rincón de una página interior de un diario matutino, podrá encontrarse una noticia corta de la forma en que alguien puso fin a su existencia tirándose desde un balcón, o lanzándose a las aguas frías del río Hudson. La noticia se da sin títulos. Con frecuencia el lector no la encuentra, pues los periódicos evitan presentarla en forma llamativa. ¿Para qué desalentar a los que han visto fumarse sus millones y que se han dedicado de firme al trabajo otra vez, con el propósito de tomarse la revancha? Ese punto de vista, de parte de los diarios, es acertado, sin duda alguna. Constituye, en realidad, la señal más alentadora de los actuales "malos tiempos", pues el valor y la fortaleza con que la mayoría de la gente que ha perdido su dinero está reorganizando su vida, son dignos de admiración.

Citemos, por ejemplo, el caso del periodista que era dueño de una cadena de periódicos en el Sur. Llegó un momento en que uno solo de sus diarios ocupaba el segundo lugar en el mundo por la cantidad de avisos que publicaba. En este sentido se había adelantado a diarios de tanta importancia como "The New York Times" y "The Chicago Tribune". Si se analiza el caso imparcialmente, no se podría culpar a ese hombre de que aumentaran sus infulus al verse súbitamente rico y poderoso. Había sido muy pobre en su juventud; trabajó para costearse su carrera y luchó durante varios años para poder adquirir su primer diario, en una población pequeña. Sin duda fué notable la sensación que experimentó al verse súbitamente libre de toda preocupación de carácter financiero y de poder gastar y gastar,

adquiriendo todas las cosas bellas y dándose todas las comodidades que había deseado siempre. Su hijo, que había terminado la carrera, pasó dos años viajando por todo el mundo, llenando así una aspiración del propio padre cuando tenía su edad. Su hija se veía rodeada de todos los lujos y comodidades que se pueden adquirir con dinero. Su esposa se paseaba en su "limousine". Sus sobrinas y sobrinos fueron enviados a la Universidad. Toda la familia realizaba jiras por Europa, iba a Heidelberg, Dresde, Viena y a todos los puntos que este hombre había soñado visitar cuando era joven y trabajaba sin descanso. La vida se hizo muy agradable para todos los miembros de la familia, pues tenían todo cuanto podían desear. ¿Dónde están ahora?

Están trabajando. Todos ellos trabajan. Lograron salvar uno

"Siempre he dicho que no es necesario poseer dinero para dedicarse a los negocios, y ahora estoy demostrando prácticamente mi teoría. El dinero es un artículo que he perdido por completo, pero me alegro de haberlo poseído, aunque sólo fuera durante poco tiempo, pues he podido ir a Heidelberg".

Algunas veces me parece que la pérdida del dinero afecta más a las mujeres que a los hombres. Los hombres han de luchar incesantemente por conseguirlo, y no tienen tiempo de reflexionar ni de disfrutarlo. Pero las mujeres, una vez perdido su dinero, necesitan renunciar a sus hogares lujosos, a los hogares que quizá nunca poseerán de nuevo. Conozco una joven a la que ha sucedido algo parecido.

La conocía desde que era muy joven. Tenía muy poco, fuera de una mente muy viva y una inteligencia muy despejada, y una cabeza cubierta de cabellos de color cobrizo, que la convertía en una figura destacada dondequiera que iba. Se casó con un hombre rico, simpático y amable.

Poco tiempo después del matrimonio fui huésped de la pareja en su hogar de invierno, construido en la bahía de Boca Chica, en la Florida. En cuanto vi a la joven en su nuevo hogar comprendí que estaba en el ambiente que le correspondía, en el más apropiado para ella. Llevaba un lindo vestido de color verde pálido, que contribuía a dar realce a su belleza. La había conocido yo en los días en que vestía una falda sencilla y plegada, cuando iba

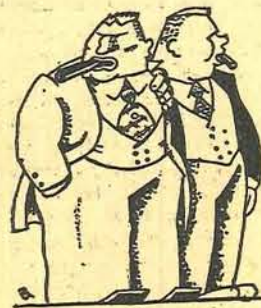
a la Universidad. Y por último, recientemente la vi con un traje casero, lavando los platos del almuerzo. Pero siempre la recuerdo vestida con aquel traje verde pálido, en su casita junto al mar. Vió desaparecer su yate, sus coches, algunas de sus mejores amigas y hasta sus libros, sin demostrar por ello gran pesar. Pero su casa, cuyos planos había trazado ella misma, y en la cual había puesto todo su amor a la belleza, fué algo de lo cual se separó con gran pesadumbre. Le parecía que perdía una parte de sí misma. Pero, como no había remedio, tuvo que resignarse.

En la misma forma, muchos de los millonarios y casi millonarios del año pasado, han visto desaparecer sus fortunas.

El repartidor de leche que viene a mi casa todas las mañanas, era el año pasado dueño de acciones por valor de 150.000 dólares. El portero de cierto Banco era presidente de una empresa financiera cuando ocurrió la crisis. El carnicero, el panadero y el fabricante de velas, a quienes compramos diariamente sus artículos, fueron todos hombres de fortuna, pero ahora trabajan de nuevo. Ya empiezan a acostumbrarse al cambio, porque casi todos ellos habían trabajado antes de hacerse ricos. Los millones que poseían el año pasado les parecen quizá ahora un sueño. Han vuelto a su nivel original. ¿Harán fortuna de nuevo? Los diarios dicen que sí, y es posible que digan la verdad. Quizá los millonarios del año pasado volverán a serlo el año próximo, o más tarde. ¿Quién sabe?



de sus diarios: el pequeño con el cual empezaron. El hijo ayuda al padre a pagar las deudas contraídas por ese diario. Y su lucha por la existencia es ahora muy ruda. Son pocos los comerciantes de la población que tienen dinero para invertirlo en la publicación de avisos. La hija, que se ha casado, se ocupa ahora en las tareas domésticas: lava los platos, cocina, limpia la casa. La esposa del ex millonario es la única persona de la familia que se siente un tanto amargada. Quizá eso sea porque cuando se paseaba en su "limousine" despreció a muchas otras señoras, y ahora se ve en la obligación de alternar con ellas. En cuanto al hombre, después de perder toda su fortuna, ha declarado francamente:



JOSEPHINE
CROWDER
ILUSTRACIONES DE
BILLIKEN

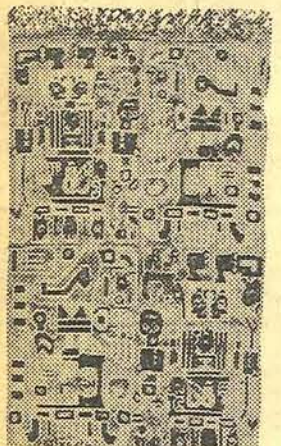
Cultura Baldomero



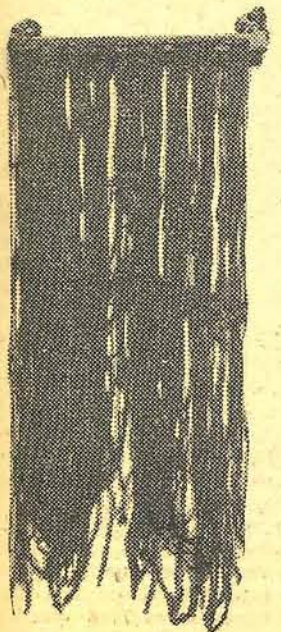
Huaco representando un hombre dormido



Escultura de bronce (Cuzco)



Tejido estilo Tiahuanaco (Ancón)



Quipo encontrado en Ica



OMO parte interesantísima de una obra monumental que publica la casa editorial Prophylaeen de Berlín, ha aparecido el volumen dedicado al arte y la cultura de los antiguos peruanos, por el profesor Max Schmidt, que dirige la sección sudamericana en el museo etnográfico de Berlín y dicta el curso de etnografía en la universidad del mismo nombre. Al viajero que visita en Berlín las innumerables salas dedicadas en aquel famoso resumen de las civilizaciones muertas que es el museo etnográfico, a la cultura americana anterior a la conquista le asalta un sentimiento de admiración por la ciencia alemana y la tenacidad del espíritu alemán. Cuanto puede saberse de la cultura precolombiana de América está allí reunido con paciencia metódica y comprensión uminosa. Si ignoramos los sudamericanos muchos aspectos de la vida material y esp ritual de las naciones que señorea este continente antes de la venida de los españoles, es porque no hemos querido acercarnos al museo etnográfico de Berlín para estudiarlos. La ciencia alemana y la generosidad de los gobiernos tudescos han aglomerado allí todo cuanto es necesario para penetrar en la conciencia de aquellos pueblos, para sorprender su concepto general de la vida, sus nociones metafísicas y su visión del arte.

La conquista de América hubo de caer cronológicamente en uno de los momentos menos propicios para apreciar el sentido de la civilización que tenían estos pueblos. De haber ocurrido la conquista en tiempo de Julio César, su genio le hubiera revelado al mundo el íntimo significado de la vida azteca, a la manera en que lo hizo con los hombres de las Galias. No hubiera faltado entonces un Tácito que descubriera el alma de los Incas así como el historiador romano les ofreció a sus contemporáneos el cuadro insuperable de la vida y costumbres de los germanos. En los siglos XVI y XVII Europa estaba solicitada por otras preocupaciones. Era el tiempo de las guerras de religión, y el mundo conocido se dividía en católicos y herejes. De otra parte, el hombre a quien el destino señaló para revelar al mundo la existencia del Nuevo Continente vivió y murió obsesionado por la idea de las ingentes cantidades de metal precioso que se podrían trasladar de América a Europa. El sentimiento de que los pueblos habitantes de América eran bárbaros e infieles y la convicción antieconómica y a todas luces falsa de que el oro existente en América había de servir para desviar o aplanar la ola de miseria que en ese momento azotaba los altos y bajos de la sociedad europea, contribuyeron fatalmente a destruir la civilización americana. No fué el pueblo español. Cualquiera otra potencia contemporánea que se hubiese encargado de la conquista habría procedido de igual modo. No salvaron más los portugueses ni los bánavos en sus exploraciones y conquistas en la parte central y occidental de Sudamérica. Buscar oro y destruir infieles, agrandar el poderío español y propagar en las tierras conquistadas la religión cristiana, eran los objetos primordiales de la conquista. Para hacerlo se usaban los métodos y los instrumentos conocidos entonces.

La conquista fué de este punto de vista algo parecido a los cataclismos geológicos. La comparación en algunos aspectos es de una precisión material y absoluta. Muchos de los ídolos, objetos ornamentales, utensilios domésticos, armas y telas que en abundancia reproducen gráficamente el libro de Max Schmidt, han sido hallados debajo de la tierra y extraídos por la curiosidad científica a la manera en que se desenterran los restos de organismos desaparecidos.

Hubo cronistas de la conquista, sin duda, pero ellos narraban principalmente sus hazañas propias y las de sus compañeros. Tal cual Inca Garcilaso tuvo ojos para ver más allá de la superficie y eso porque tenía en sus venas sangre americana y sentía una piedad infinita por la suerte del pueblo que tal vez le hubiera tocado gobernar sin el advenimiento de los europeos. El "Popol Vuh" no es obra de los conquistadores. Hasta donde puede, saberse esta ingenua creación del alma quiché se salvó de la destrucción y el olvido porque dos indígenas educados por los frailes españoles, valiéndose de su conocimiento de las dos lenguas y del arte de escribir en caracteres latinos, compilaron las tradiciones y enseñanzas de la raza a que pertenecían y la pusieron al alcance de los europeos capaces de interpretar el idioma quiché. Así ha venido hasta nosotros esa biblia de los pueblos que habitaban a Centro América, antes de los pueblos allí encontrados por los conquistadores.

Para extraer de los relatos escritos por los conquistadores la esencia de la cultura americana, anterior a Colón, el investigador de nuestros días ha menester llevar a cabo una obra semejante también a la de los geólogos. El conquistador, aun el que se daba el trabajo de escribir el relato de sus aventuras con los indios y con sus compañeros de hazañas, era hombre de pocas letras. No hablamos de Herrera ni de Solís que pusieron con más o menos fidelidad y retórica en negro sobre blanco los relatos que oyeron de los conquistadores, ni de Fernández de Oviedo, cuya experiencia personal de burócrata se limitó a la Isla de Santo Domingo. Los tres eran escritores de altas dotes y de variada ciencia, pero enfrente de los nuevos sucesos, de la cultura extraña de los aborígenes, su capacidad de penetrar en el alma de los pueblos conquistados resultó inferior a la demanda. No eran psicólogos expertos y carecían de imaginación histórica. Los nombres que les dieron a los animales y plantas del Nuevo Mundo eran los que su escasa imaginación les sugería comparando estas especies con las europeas. Así llenaron este mundo de tigres, onzas, leones, zorras, comadrejas, cochinillos que por lo general nada tenían que ver con los animales del mismo nombre en el viejo continente. En la inteligencia del indio no llegaron a penetrar: era para ellos, cuyas nociones de ética, de psicología y de estética no iban más allá del catecismo, un campo erial y misterioso. El historiador de nuestros días, como el sagacísimo profesor Schmidt,

tiene que penetrar en estas pilas de narraciones como el geólogo en las capas terrestres para llegar por inducción y leyendo entre líneas, hasta el fondo del alma indígena. En esa tarea le ayudan maravillosamente las telas, la cerámica, los quipus, las obras de madera, de oro y de bronce que los conquistadores desdaban como arte y destruían creyéndolos simulacros de religiones falsas.

El libro del profesor Schmidt hace en 120 páginas en cuarto con paciencia y sagacidad encomiables, la historia natural y espiritual de los incas desde los días de la conquista, apoyándose en los datos de los historiadores y en el lenguaje oculto que hablan los objetos dejados por los incas como testimonio de sus actividades y creencias. La expansión de este pueblo que dominaba una gran parte del Continente, desde el Sur del Perú actual hasta Quito, no se verificaba a la usanza europea y según lo acostumbraban otros reinos americanos por medio de la fuerza, sino por un proceso de asimilación de eficacia irresistible. Al pueblo que deseaban conquistar le enseñaban primero la religión del culto al Sol. La aceptación del rito hacía más fácil, si acaso no era con él una misma cosa, el dominio terrenal. A la comarca donde había puesto sus ojos el Inca para conquistarla, enviaba sacerdotes del culto solar para que enseñasen a los futuros súbditos los dogmas y los ritos de la religión de estado en el país conquistador. Cuando había cundido la creencia, el pueblo estaba poco menos que sometido. Era tan eficaz el arma espiritual, que la conquista material se daba por añadidura. Cosa semejante pasa en nuestros días, de cultura material excelente, en algunas comarcas de América. La gran república saxoamericana procura que se reúnan en Washington los individuos que por una razón o sin razón ninguna, pueden llegar a puestos elevados en la América del Sur y de allí los mueven en todas direcciones para enseñarles las maravillas de los rascacielos, de los ascensores que van a un piso quincuagésimo en pocos segundos; máquinas de lavar platos, escobas neumáticas, automóviles baratos, espectáculos por medio de los cuales el americano del Sur, desprevenido e insofisticado hasta allí, se convierte en sacerdote de la nueva cultura y vuelve como tal a su tierra que queda, con él, espiritualmente conquistada para aquel poder material.

El Inca propagó de esta manera no solamente la religión sino también sus ideas morales y sus principios sobre la posesión y administración de la propiedad. El sistema social de los antiguos peruanos era una especie de socialismo a base de casta reinante. Había tierras del Inca, había predios que el soberano distribuía entre las familias para su sustento, había parcelas destinadas a los sacerdotes. Las familias pagaban el privilegio de vivir en las tierras que les eran adjudicadas, trabajando para el Inca en las tierras de éste o en los caminos, obras de riego y templos pertenecientes a la nación. En los días libres se ocupaban en sus propios predios. Había familias escogidas de entre las cuales elegía el Inca sus favoritas, sus servidores o vasallos especiales, destinados a hacer faena en el palacio del soberano, del gran capitán del ejército y en la liturgia de los templos. También se les imponía a las familias el tributo de sus hijas más hermosas para destinarlas al servicio del gran capitán o de sus subordinados. Era una especie de nacionalización de las mujeres, porque de entre estas niñas, educadas especialmente, tenían a su turno derecho a escoger compañera sin consultar la voluntad femenina, los servidores del soberano. El sistema social de los Incas, a todas luces basado en un principio colectivista, no es todavía bien conocido. La minuciosa explicación del profesor Schmidt sacada de los cronistas de la época deja vacíos de consideración, a pesar de que en muchos puntos su sagaz criterio histórico, su razonadora imaginación descubren rasgos de aquella civilización que los narradores de la época pusieron en sus obras literarias sin haberlos visto ni comprendido.

El capítulo sobre el arte de los Incas es sin duda el más importante del libro de Schmidt. Sus facultades de investigador tienen aquí a su disposición una abundancia de material auténtico, inalterable y permanente, muy superior al documento literario de segunda mano. El Inca no sabía escribir, tenía predisposiciones académicas. Usaba de los quipus para eternizar las fechas históricas y para llevar la estadística de la población, de las tierras cultivadas y de sus productos. Sus ideas, sus sentimientos, sus anhelos y aspiraciones no las confió al alfabeto y al papiro sino al barro de sus cerámicas, al bronce y al oro de sus ídolos, a la piedra, a la madera, a los tejidos. En la obra de arte entrega su alma toda entera a la contemplación de los que saben interpretar las formas. Refiriéndose a Shal espeare, dice Brandes que aunque del autor de Hamlet no sabemos casi nada y apenas se ha conservado su firma en un documento público, bastan los treinta y seis dramas por él escritos, sus sonetos y poemas de mayor extensión, para sacar de ellos completa, rehusante y armoniosa la figura espiritual del más grande entre los creadores de figuras imaginadas. Con el acervo de obras de arte que nos dejaron los Incas, el profesor Schmidt ha penetrado en sus creencias, en sus hábitos de vida, en su actitud ante la naturaleza, en su sentimiento para con los animales domésticos y nos habría dado el pormenor de sus complicaciones viciosas que los ponen a la altura del mundo moderno, si hubiera penetrado a cierta sala de los museos etnográficos de Berlín y de Lima.

En la obra literaria, suelen el narrador o el poeta hacer esfuerzos para esconder su personalidad como lo intentó por principio el atormentado Flaubert. Frustráneo empeño, porque ese mismo esfuerzo, perceptible en el estilo, sirve para desentrañar las más íntimas cualidades de su inteligencia. En la obra esculpida el artista se entrega con mayor candor. Y en la época en que florecieron con más riqueza la cerámica y la orfebrería de los Incas, seguramente los artistas no estaban moridos por el propósito de esconder su personalidad. Hacían el ídolo de sus instintos, grababan la metafísica elemental de su tribu y moldeando ídolos o tallando animales en la piedra ponían al desnudo su alma con todos sus apetitos, sus placeres ingenuos y su incoercible tristeza.

Incaica Sanin Caro



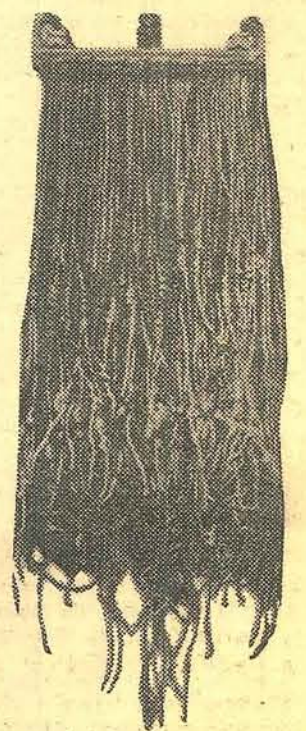
Huaco de Trujillo



Escultura de bronce (Cuzco)



Tejido con figuras humanas (Ica)



Quipo encontrado en Ica

Por haber nacido yo doce años después de su muerte, no llegué a ver jamás a Rossini. Sin embargo, le he conocido perfectamente. Mi abuelo, escultor insigne y apasionado por la música, desde que yo tuve uso de razón hasta que él murió, cuando tenía yo entonces unos diez y seis años, me habló siempre con enternecedor entusiasmo de Gioacchino Rossini, su glorioso amigo de Milán y de París, de la Scala y de la Opera, su ídolo de una ciega y religiosa pasión que le había acompañado en toda su larga vida de octogenario. Dios con su divina generosidad, le había abierto aquí, en la tierra, antes de que el buen hombre no hubiese merecido, las puertas del Paraíso melódico de la música italiana. Hoy, me parece oportuno extraer de un viejo arcón, un viejísimo cuaderno, en el que yo cuando era chico y frecuentaba, precoz, a escritores y a artistas, hombres ilustres, los cuales siempre tenían cosas que contar, propias o del prójimo, y allí solía yo anotar con rapidez, por la noche o a lo más tardar a la mañana, cuanto había oído y los recuerdos ante mí evocados, durante aquellos grandes encuentros de mi apasionada adolescencia. Y así, de Carducci a Crispi, de Verdi a Verga y de Zola a Oscar Wilde, he copiado las palabras con una memoria tan feliz que la transcripción no sería más fiel si la hubiese meticulosamente escrito en taquigrafía. Debido a esto, puedo yo, treinta y cinco años después, copiar aquí, modificando apenas algún detalle de forma demasiado juvenil, páginas escritas por mí a los quince años, casi bajo el dictado de mi querido y genial abuelo, que pasó a través de la vida y del arte, de los hombres y de los artistas, de las temporales pasiones humanas y de las obras maestras inmortales, del mismo modo que el huracán pasa sobre los árboles y los jardines arrastrándolo todo en sus remolinos y elevando hacia el cielo cuanto en la tierra encuentra. Pues bien, este viento ciclón, en mi querido abuelo y poeta, podía llamarse entusiasmo. Y tanto y tal entusiasmo tenía que procuró, no cabe duda, me quedase a mí también gran acopio — de tal modo que bastase para toda mi existencia — en la chimenea por la que llegué a este mundo cuando me llamaron. Este gran ciclón — su inmovible entusiasmo — le servía para aumentar y engrandecer todas las cosas generosamente. En las artes muchas veces tomó por genios, y así los quería, a los más limitados talentos; y en la vida, creyéndose querido por ellos, llamó santos y apóstoles a los peores pícaros. Estupendo modo lírico este, de pasar entre los hombres sin dar una en el blanco, suprimiendo en los hombres la mediocridad y convirtiéndolos todos a viva fuerza en sublimes... Pero sabiendo que de todos era ya conocida su costumbre generosa de hacer grande lo pequeño, para

evitar equívocos, cuando me hablaba de Rossini, el buen hombre en seguida me advertía: —“Cuidado. Que aquí no se puede suprimir nada. El acostumbrado ciclón no interviene ahora. Todo lo que voy a contar es realidad sacrosanta y no pongo nada de mi cosecha”.

Y de su gran Rossini — me
limito a transcribir — decía:

—“¿Quieres enterarte de quién era Rossini? En una frase voy a pintártelo: “Yo he llorado, me decía Rossini, tres veces tan solo: una cuando me silbaron “El barbero de Sevilla”, otra cuando vi que salió mal un pollo en pepitoria que era una maravilla, y la última cuando he oído a Paganini tocar el violín como un Dios”...

Yo he conocido a Rossini ya tarde. Y fué en Milán, en el Teatro de la Scala, en una noche de triunfo, apenas si pu-

de verle, pero besé sus manos de divino creador y le supliqué me reservase un puestecito en la última fila de sus amigos, entre los más fieles servidores de su gloria y de su genio. Pero Rossini abandonó pronto Italia, en busca de otros laureles, no contentándose con los de casa. Y yo fui a buscarle allá, en París, en donde vivía de recuerdos artísticos y saboreando los placeres más inmediatos de la vida, sencillo vividor después de ser gran artista, la pepitoria después del "Guillermo Tell"; y para servir de puente entre el pasado

y el presente, entre el Rossini de Italia y el de Francia, este llanto de emoción al oír a Paganini tocar el violín y su fiel amor por la música ya escrita, ora fuese suya o bien de otros, esto poco importaba con tal que él no tuviese que escribir más. Porque esto, de ninguna manera. A los treinta y ocho años, había trabajado lo suficiente y era menester descansar. Después de su obra maestra, el "Guillermo Tell", pide tregua también para hacer obras maestras. Rossini está harto de ser genio y siente que después de haberlos superado a todos no puede ya superarse a sí mismo. Y entonces, a pesar de nuestros ruegos que de día y de noche le hacemos, a pesar de que dos enteras naciones, Italia y Francia, se arrojan ante él, a pesar de que los empresarios del mundo entero atraviesan montañas y mares para ofrecerle oro, incienso y mirra como los Reyes Magos, a pesar de todo, Rossini ya no quiere escribir. Sin embargo, ama todavía la música y no solamente — como ha hecho correr la voz — los macarrones estofados y la gelatina de pollo manipulada con el arte sumo de Vatel. Y es con el máximo de los placeres que ve sus obras volver a darse en los grandes teatros de París. Sentado al lado del fuego, en zapatillas, sigue satisfecho la triunfal marcha de éstas a través del mundo. Grueso, colorado, con algo de tripa, pero sonriente y feliz, se divierte como un chico al ver que por todas partes le señalan con el dedo como "el célebre maestro italiano, el gran Rossini". Cuando se encuentra entre músicos, pro-

fesores de orquesta o cantantes de cartel, vuelve de nuevo, como en otros tiempos, a respirar libremente con toda la fuerza de sus pulmones; y a alguna vez se le ocurría subir al escenario de la vieja "Ópera" o en el de los "Italianos", en un día de ensayo, tanto tenía que hablar o que contar que no había forma posible de hacerlo marchar para que dejase trabajar a los demás. Entonces era de moda en los salones parisenses del Faubourg Saint Germain, y en la babel del mundo diplomático de embajadas y legaciones, ofrecer a los huéspedes, después de la cena y antes del baile, un concierto de música italiana. Rossini — con programas de música suya y de otros autores — reunía para estos "conciertos" mundanos a un grupo de virtuosos italianos y él mismo, alguna vez sentán-

ma canta... Maestro, "La GAZZA ladra", donde cantan todos los ruidos de su jardín... Maestro, "Guillermo Tell", donde el genio de la música italiana llega a tocar el cielo de la eternidad..." Y no vayas a creer que el buen hombre protestase de las alabanzas... Nada de esto. Decía en cambio que sí con los ojos, con sus sonrisas, con las manos, con la cabeza, con todo su aire satisfecho y tranquilo. Sólo de vez en cuando, cuando ya se excedía uno, observaba bajito: "Quizás exageres"... A todos tuteaba cuando estaba contento. Y este "quizás" tímido y con pocas ganas, dicho apenas con los labios, con un modesto aire de protesta, valía sencillamente un Perú... Yo, al oírle, me hacía tanta gracia que perdía la cabeza y le abrazaba y le besaba, con mucho más ímpetu que en mis buenos tiempos, cuando teniendo el demonio en el cuerpo, besaba a mis enamoradas"...

Otro día — es otra página de mi viejo cuaderno—mi abuelo me decía:

"Era su cumpleaños y yo cenaba con él. Nacido en el 1792 el gran hombre de Pesaro, el famoso "cisne" festejaba en París su 69o. aniversario. Le quedaban tan sólo siete años de vida, pero era tal su buen humor y su salud, que parecía decidido no sólo a desafiar todo lo que quedaba de siglo, sino también asomarse, aunque fuese por mera curiosidad, en el

siglo siguiente... Yo tenía en cambio cuarenta y siete años, y ya estaba echando mis cuentas, mis melancólicas cuentas. Después de casi medio siglo, continuaba todavía a modelar estatuas y más estatuas de las cuales no se sacaba nada en limpio. Y él, en cambio — Dios lo bendiga —, ahí está sin escribir una nota desde hace veintidós o veintitrés años, desde antes de los cuarenta, casi un muchacho, con todos sus magníficos pasaportes en regla para pasar a la inmortalidad: "Barbiere di Siviglia", "Italiana in Algeri", "Gazza ladra", "Semiramide", "Otello", "Cenerentola", "Conte Ory", "Guillermo Tell"... Apanage, querido nieto, propio de un rey de los siglos, de un Dios en la tierra, del Padre — eterno padre — de la música teatral italiana, de la comedia musical del siglo XVIII o del drama lírico del siglo XIX. Todos intentaban — porque así es el mundo — destruir su obra. Buscaban todos el punto más débil de nuestro coloso de Pesaro, pero no lo encontraban, porque todo en él era fuerte; bronce, oro, eternidad. Surge allá arriba, en Alemania, otro grande hombre, con sus grandes ideas innovadoras; el canto en la orquesta, la polifonía, los "temas" y otras muchas cosas no hechas para nosotros; toda una obra de gigante, pero toda oscuridad, niebla, mitología de la Selva Negra... Con Rossini, en cambio, todo es para nosotros claridad y frescura, luz de la mañana, fresco de primavera, sol de abril, flores con el rocío, pájaros que cantan como tantos tenores y sopranos del "bel canto", transparencia, luminosidad.

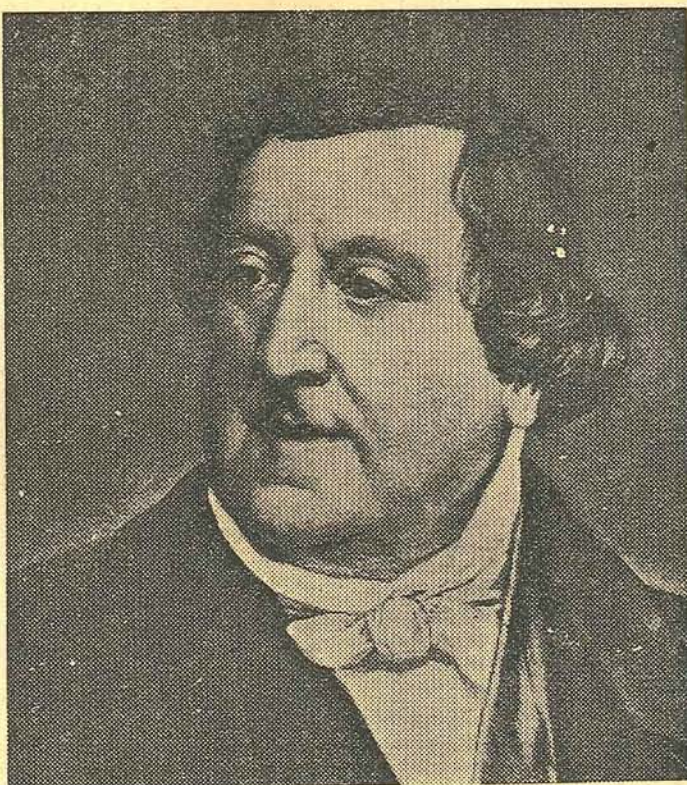
antecámara del Paraíso, esplendor itálico, belleza latina, azul Mediterráneo... Y el mismo Wagner ante Rossini, no se encoge de hombros. Antes bien, el hermoso león germánico, cada vez que se le presenta la ocasión saluda a grandes voces, desde su docta armonía, las endemoniadas y angélicas melodías de nuestro "cisne" en reposo. Y Rossini, archicontento, acepta estas ilustres sonrisas y las devuelve multiplicadas, pues — diferencia del país en que se nace — es mucho más expansivo que aquél. De este modo, Wagner y Rossini se devuelven ceremonias y cumplidos como grandes reyes. Pues cada uno de ellos es rey a su manera y sus reinos son tan infinitos que podría decirse como del imperio de Carlos V, que sobre ellos no se pone nunca el sol"... .

Y otro día — tercera página de mi amarillento cuaderno — así decía, como terminando mi abuelo:

—“He estado en París, en el 1868, en los funerales de Rossini. Estas son cosas, nieto, casi imposibles de describir... Yo mismo, que lo había tanto amado durante treinta años, no sufría en aquel momento, pues en torno a mí lo lloraban, no tan sólo Italia, sino el mundo entero; y cuando todo el universo lloraba, mi pobre llanto estaba de más. Y además, ¿cómo era posible llorar a aquel hombre que en el tardío fin de una vida estupenda, moría en la gloria, entre honores de soberano; y en este gran París en donde concurrían las cinco partes del mundo llevaba a cabo su transición desde lo temporal a lo eterno, desde la tierra hasta el cielo, desde lo humano limitado hasta lo divino infinito, desde este mundo de nuestras pequeñas y pobres palabras de hombres hasta las maravillosas y grandes armonías de un eterno concierto de ángeles?

Me parecía más bien que éstos, allá arriba, mientras el Maestro se acercaba al cielo, estarían ya afinando los celestes instrumentos para recibirlo tocando divinamente—música propia del Paraíso — su "Stabat Mate"... Y en la iglesia parisiense donde el Gran Italiano fué bendecido, era inútil rogar por él. Yendo hacia Dios, Rossini rogaba él mismo al Señor, con su propia música, esto es, con su última obra maestra, su "Misa de Réquiem", que brotaba de los tubos de plata del órgano en raudales de armonía. Intenté arrodillarme en la iglesia, pero no me fué posible. Me parecía oír la voz de Gioacchino, el maestro, decirme alegremente, como me hablaba siempre, riendo con toda su alma, allá en su villa de Passy, antes de tomar parte en una de esas suntuosas cenas, cuando por aquella época un buen guisado le parecía cosa mejor que una melodía, y un gran cocinero, el mejor compañero y amigo, mucho más que un director de orquesta: "Le vântate, mi viejo amigo, no te arrodilles. ¿Por qué quieres tú rezar por mí, pobrecito? Es un trabajo inútil. Cuando se ha escrito el "Barbiere", al empezar, y se ha terminado componiendo esta "Misa" que llega hasta el mismo Dios, los rezos tuyos o los de los demás huelgan. Dios me reconocerá aunque llegue solo. Soy un enviado del Creador, mandado a Italia, tierra bendita, para demostrar a los hombres, por medio de la música, la existencia de Dios; un mensajero, el cual una vez realizada su obra — y sus obras— vuelve hoy a aquel "celeste soglio" que ha cantado en el "Moisés". Adiós, por lo tanto, mi buen amigo, pobre y sencillo hombre. Cantando divinamente, he estado entre vosotros largo tiempo, y me creísteis un gran hombre pero, sin embargo, siempre un hombre. Enorme equivocación, querido. Quedaos vosotros en la tierra para aplaudirme eternamente. Pues en cuanto a mí, de allí arriba vine, y allí me vuelvo"...

CARTAS DE ITALIA
RECORDANDO A ROSSINI



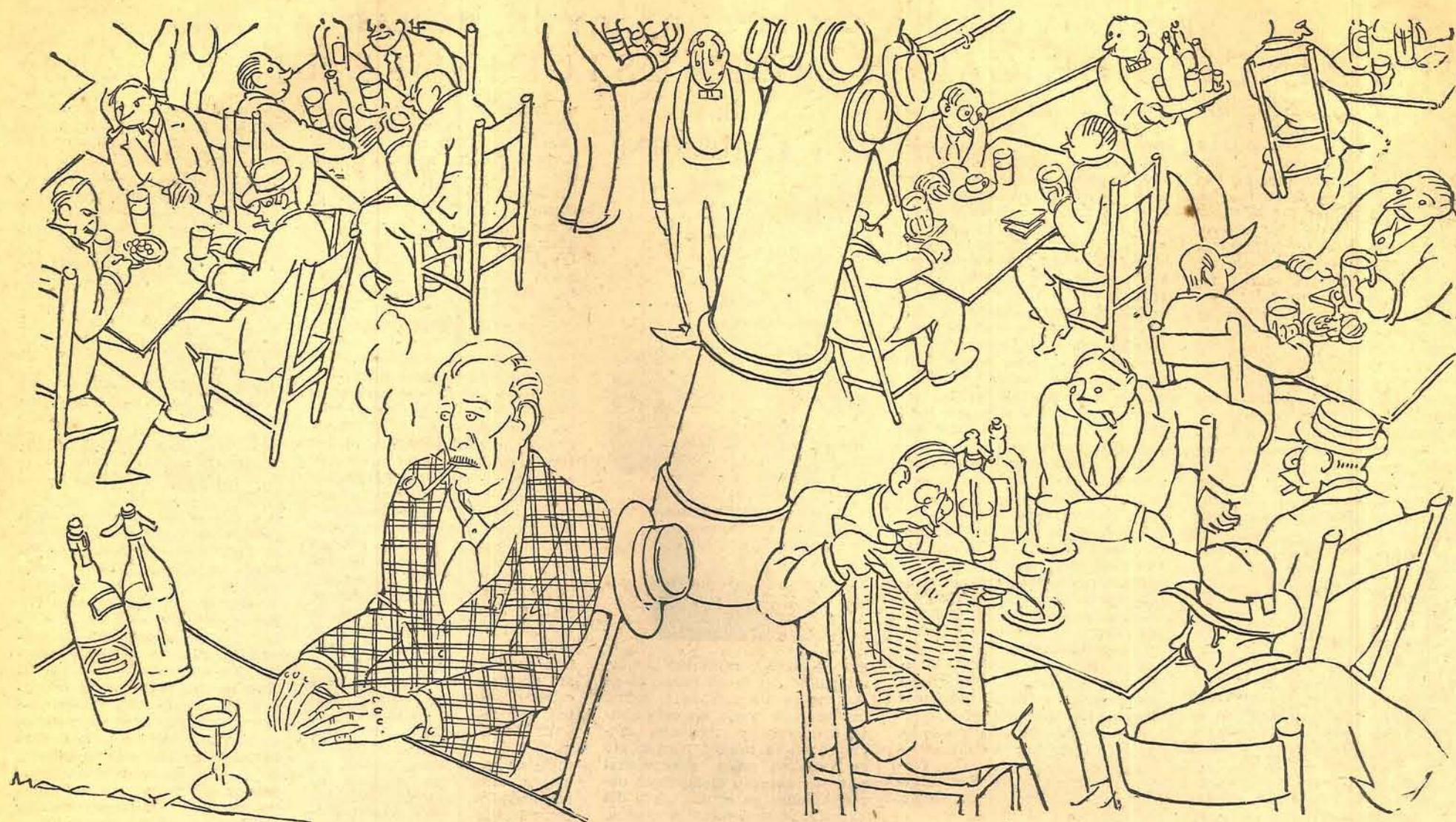
ROSSINI

se él también al piano, los entonaba y los dirigía. Rossini podía contar todo aquello que le viniera en gana a sus parisienses, decirles que de música no quería ni oír hablar y que cualquier otra cosa le interesaba más que las siete notas musicales de Guido A'Arzeno; a nosotros, milaneses, el buen hombre no nos embaucaba. Nosotros le hemos visto en los teatros italianos gozar de la gloria en su propia casa llevados por los brazos de una muchedumbre en delirio. Nosotros le hemos visto llorar de alegría, cansado de aplausos, y taparse los oídos de tanto como retumbaban en ellos las aclamaciones en la Scala, en la Fenice, al Regio, a l'Argentina, al San Carlo. Y cuando le oímos decir, a los franceses que le escuchaban, "bouche bée", que en lo sucesivo tan sólo pondría en música la lista de sus cenas de glotón, nosotros, cogiéndole por un brazo y fijando la mirada en sus ojos sonrientes y burlones, le decíamos: "Maestro, en el universo, después de Dios está su música... Maestro, "el Barbiere", donde está toda la risa de la comedia humana... Maestro, "La Italiana en Algeria", donde toda el al-

LUCIO
D'AMBRA

(Para LA NACION)

ROMA, enero de 1931.



ON Juan O'Flaherty llegaba al bar hacia las ocho de la noche, bebía despaciosamente su tercio de "whiskies" y poco después de las nueve se retiraba. Jamás habló con nadie ni se le conocieron amigos en aquel saloncito esquinero de Corrientes y Reconquista, que a la hora de los aperitivos se ponía espeso de conversaciones y de humo. Y así, diez años. En esos diez años, a don Juan no se le conoció otra comunicación humana que el buenas tardes musitado al mozo que lo servía y una leve inclinación de cabeza al pasar por frente a la caja registradora ante cuyo teclado rumiaba su enriquecimiento Pedro Martínez, el dueño de la borrachería.

En esa hora de su diaria recalada en el bar, don Juan era una presencia física y una evidente ausencia espiritual. Le eran extrañas todas sus circunstancias, sin excluir cualquier ruidosa disputa que se encendiera entre parroquianos de mal vino. Sus ojos verdes se alargaban perennemente en una melancólica mirada que por el camino de sus pensamientos salía a la calle y se hundía en el mundo. Grávidos de comprensiva tristeza, esos ojos no miraban a nadie: eran simplemente la exhalación vital de una tristeza definitiva.

Por una casualidad se supo, al cabo de diez años, que aquella ensimismada humanidad se llamaba Juan O'Flaherty.

Se lo preguntó el patrón del bar a un inglesito aturdido que una noche saludó a don Juan con desusado respeto.

—¿Que si lo conozco? No lo conozco mucho, pero me animaría a decir que soy una de las cuatro o cinco personas que lo conocen algo. Trabaja, como yo, en la Eastern Line y sé que es un individuo importante. Era uno de los industriales ricos de Dublín, cuando la guerra le mató un hijo de veinte años. John O'Flaherty liquidó malamente sus negocios, cortó toda atadura con el mundo y se alistó como voluntario en el ejército británico. Estuvo en Ypres y de allí lo devolvieron un día a Dublín convalescente de un traumatismo cerebral que parecía haberlo inutilizado para siempre. No fué así; en dos años se repuso y se vino a América. En la Eastern Line es ahora un empleado modelo, pero la Eastern no se va a arruinar nunca por pagarle demasiado a John O'Flaherty. Como es irlandés, difícilmente le pagarán lo necesario para que se pueda comprar un chalet en Hurlingham o siquiera para que los sábados juegue al golf en San Andrés. El gerente de la Eastern no puede olvidar nunca que John

O'Flaherty sufrió un traumatismo cerebral. Lo dice asimismo, cada vez que se ofrece; con esas mismas endiabladas palabras, para descargar su conciencia de gerente: ¡traumatismo cerebral!... A mí me parece que John O'Flaherty es uno de esos hombres que por no decir todo lo que llevan adentro, optan por no decir nada. El suyo es un traumatismo moral.

El dueño de la borrachería no entendió gran cosa del discurso del inglesito que conocía algo acerca de don Juan O'Flaherty. Pero por esa especie de supersticioso respeto que siente un chivo al paso de una locomotora, desde aquel día don Pedro Martínez devolvió con singular solicitud el mudo saludo diario del "inglés que se sienta en la mesa del fondo".

Desde que el inglesito aturdido dijo lo que sabía de la vida de Juan O'Flaherty, los mozos del bar — un valenciano que se llamaba Paco, un italiano Silvio y un canario Eduardo que se hacía pasar por inglés — se convirtieron insensiblemente en protectores del cliente silencioso.

Sin haberse puesto de acuerdo, a cualquiera de los tres que le tocara atenderlo le pasaba lo mismo: no tenían valor para llevarle marcada la botella. Y se daban maña para hacérselo entender al interesado, como si le dijeran: "Sírvese nomás; no importa que use usted el "whisky" con pretina alta".

Un día don Pedro se dió cuenta de que los mozos le brindaban a don Juan O'Flaherty una mula de "whisky", y no dijo nada. Una extraña fuerza interior dominaba en ese caso la avaricia del dueño de la borrachería. De tiempo en tiempo, Pedro Martínez se desquitaba de esa liberalidad rellenoando con soda mermadas botellas de champaña, de esas que se enchufan cuello abajo en una canilla, para preparar "cocktails". A favor de tan metódicas compensaciones, la simpatía iba tirando en favor de don Juan O'Flaherty, el hombre del traumatismo cerebral. Y llegó a tanto la devoción unánime que inspiraba el taciturno parroquiano del

Mánchester Bar, que un 31 de diciembre por la noche, Paco, Silvio y Eduardo, cada uno por su lado y recatándose de los otros dos, fué dejando sobre la mesa de O'Flaherty un habano con tubo de vidrio, cinta amarilla y corcho lacrado:

—Le manda don Pedro. Feliz año nuevo, don Juan.

Aquella noche Juan O'Flaherty salió del bar sin saludar a nadie. Aprovechó una puerta lateral del Mánchester para no enfrentarse con la caja registradora.

Y no volvió al día siguiente.

Ni volvió nunca más. Don Pedro Martínez, desconsolado por ese inexplicable repentino desamor del hombre silencioso, hurgó en su memoria buscando alguna irreflexiva inconveniencia que hubiera cometido; interrogó a Paco, a Silvio y a Eduardo, por si alguno de ellos hubiera pecado contra la consideración debida a quien durante más de diez años tuvo para con la casa la misma asiduidad infalible del camión del sodero. La conciencia de don Pedro y la de sus tres lugartenientes estaba tan limpia de reproches como la caja al amanecer.

Don Juan debía estar enfermo. O acaso la Eastern Line lo había destinado a su agencia en Montevideo o en Río de Janeiro.

¿O se habría muerto don Juan O'Flaherty?...

Esta duda se le ocurrió al canario que se decía hijo de Bristol, y aquella noche el patrón y los tres mozos se entretuvieron largamente en examinar esa hipótesis, al fin y al cabo tan verosímil.

—Padecía una enfermedad muy embromada — dijo por ahí Pedro Martínez ante sus tres cómplices de la borrachería —. Tenía traumatismo en la cabeza. Me lo dijo hace tiempo ese inglés que hace trampa con los dados. Y el traumatismo no se cura...

—¿Cuál inglés?

—El rubiecito ese que se sienta al lado de la puerta...

—¿El que acusa los sandwiches de menos?

—¡Ese mismo!... — remató gozoso Paco, el valenciano.

Dió el reloj la una, y seguía la charla, vacío ya el Mánchester y sumido en silencio todo aquel barrio que queda desierto a la medianoche porque su clientela es de naveros y empleados de escritorio.

Dió las dos el reloj. Se agotaron las especulaciones sobre el por qué de la desaparición de don Juan O'Flaherty. Pepe, el lavacopas, cabeceaba su sueño invencible, a la espera de que esa charla absurda terminara. El Mánchester solía cerrar a la una, y Pepe era un consuetudinario pasajero del 86 que pasa a la 1 y 13 por Reconquista y Corrientes.

—¿No se habrá muerto don Juan?

Volvía como un ritornello la hipótesis peor de todas las razonables. En su examen se hizo muda la intriga de los cuatro intrigados. Duró ese silencio. Se hizo espeso. Don Pedro jugueteaba con un dedo sobre la tecla de los 20 centavos. Paco sobaba su repasador pausadamente. El canario disfrazado se miraba la punta del botín izquierdo. Silvio se extasiaba hurgándose una oreja con un palillo. Dormitaba el lavacopas, soñando con las lejanías de Villa Devoto...

En eso, los cuatro — y muy luego los cinco, el lavacopas incluso — se despabilaron de pronto, como si una ráfaga helada se hubiera metido por un agujero de un postigo en el Mánchester Bar. Uno a otro se miraron los cinco.

—Vámonos — dijo don Pedro.

Y agregó, mirando hacia la mesita del fondo:

—Paco: en aquella mesa se le queda un vaso.

—¿En cuál?

—Allá, al fondo: justamente en la mesa de don Juan. ¿No la ve usted? Si parece que el pobre inglés nos hubiera demorado el cierre de la casa esta madrugada...

Paco el valenciano dejó el servicio del Mánchester Bar. Vino a cobrar lo suyo al día siguiente, y explicó así su retiro:

—Don Pedro está loco. Anoche veía un vaso en la mesa de don Juan. Habría que ver que el traumatismo me contagiara a mí también...

Esa tarde misma, el inglesito aturdido trajo una noticia al Mánchester Bar:

—¿No saben? Anoche se murió don Juan... Dejó una carta diciendo que habría querido despedirse de todos ustedes, porque habían sido sus únicos amigos, los únicos que no le hicieran daño ni le dieran consejos. Estaba loco. El traumatismo aquel...

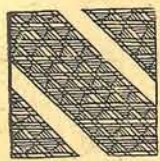
LA
COPA
VACÍA



POR
GUILLERMO
ZALAZAR
ALTAMIRA

ILUSTRACIÓN
DE LUIS MACAYA

DE LA VIDA DE UN FUTURO GRAN MONARCA EL PRINCIPE DE GALES COMO ESTUDIANTE EN OXFORD



No es difícil imaginar al Príncipe de Gales siéndolo o haciéndolo todo; pero, cualquiera que sea la tarea que le impone su deber o que le dictan sus inclinaciones, siempre es un muchacho perfectamente correcto y sin arrogancia, características que le han valido la formidable popularidad de que goza actualmente.

Presentaremos ahora al lector a Su Alteza Real de birrete y toga, como estudiante del Magdalen College de Oxford. Actualmente se ha graduado en varias Universidades, pero hubo una época, no hace mucho tiempo, en que era apenas un novicio en una de las Universidades más grandes del mundo.

El 9 de octubre de 1912 terminó la estada anual de la familia real en Balmoral y todos regresaron a Londres. Dos días más tarde el Príncipe tomó el tren en Paddington con destino a Oxford, donde debía comenzar su educación universitaria. Lo acompañaban Mr. H. P. Hansell y el mayor William Cadogan (quien fué muerto unos años más tarde en Francia).

Amanecía cuando el Príncipe llegó a la estación de Oxford, y cuando bajó al andén, escasamente iluminado, fué recibido con vitores por el reducido número de personas que había obtenido un permiso especial para esperar el tren. Pero no necesitaba tal permiso la multitud que se apiñaba fuera de la estación, y cuando el príncipe Eduardo, acompañado por el jefe de policía de Oxford, subió al automóvil destinado a su uso personal, fué saludado con gritos entusiastas de bienvenida.

El joven estudiante hizo un esfuerzo para hacer frente a esta recepción totalmente inesperada. Era un tanto desconcertante esta exposición en plena luz después de la quietud de las Highlands de Balmoral, que brindaban siempre un descanso del activo torbellino de la vida en la Corte. El príncipe Eduardo agradeció, sin embargo, gravemente, las aclamaciones con su acostumbrada cortesía.

Pero lo que más vivamente deseaba era ser considerado desde un principio como un estudiante ordinario; mientras estuviera en Oxford, por larga que fuera su permanencia, su único deseo era trabajar mucho y tratar a la gente sobre un plano común.

Durante diez y ocho años había cumplido obedientemente todos los deseos de sus padres. Su carácter, plástico aun, había sido modelado dentro de una severa disciplina. La armada le había dado más confianza en sí; su viaje a Francia había despertado en su espíritu ideas e ideales menos conservadores y más generosos. La instrucción religiosa y el ejemplo de sus padres había abierto sus ojos y su corazón a algo más que un leve destello de la realidad de la existencia. Su educación teórica, sentada sobre buenas bases, había llegado al punto en que se siente el deseo de nuevas "luzes". Era un buen poliglota y, de acuerdo con la sabia sentencia de que "un hombre con dos idiomas vale por dos" comprendía que por encima de la unidad de raza, que es de por sí una cosa bella, se precisaba una mayor cooperación entre los hombres de todos los países y climas. El Príncipe era de aspecto físicamente débil, más en apariencia que en realidad, a causa de su actitud modesta y sin orgullo. De todos modos, era sumamente joven para su edad bajo muchos aspectos y tenía quizá más ideales de los que podrían sobrevivir a la existencia de Oxford y al contacto con todos los ma-

tices de la opinión y de la inteligencia. En aquella época era el Príncipe una mezcla particular de niño y de hombre, a pesar de que había llegado a su mayoría de edad oficial y tenía rango en el ejército y la armada, de acuerdo con el antiguo principio de que el heredero del trono debía estar vinculado a ambos servicios.

Ahora experimentaba el deseo de defenderse por sus propios medios. Contrariamente al rey Eduardo, que, comparativamente, no había gustado nunca la dulzura de la libertad durante el período en que era Príncipe de Gales, el príncipe Eduardo gozó—merced a la sabiduría de su padre—de la máxima libertad compatible con su real estado.

Se había resuelto, pues, definitivamente, que el Príncipe de Gales cursara estudios, durante un plazo que las circunstancias determinarían, en el Magdalen College de Oxford. Influyó no poco en la decisión del Rey el Príncipe mismo, quien consideraba seguro que iría a Oxford y hablaba siempre con orgullo de la época en que podría llamarse estudiante de aquella Universidad.

En medio de aclamaciones, el Príncipe fué conducido a Magdalen, donde el Dr. Warren (actualmente Sir Herbert), presidente del Colegio, lo recibió en el patio.

Fué un momento importante el de la primera visita nocturna del Príncipe al célebre colegio, visita realizada en compañía de su tutor, que le explicó la historia del célebre edificio y le mostró todo cuanto podía interesarle. El Príncipe no habló mucho. Estaba impresionado, como debe estarlo todo muchacho, por la tranquila atmósfera de estudio tradicional y por los ilustres recuerdos que viven en el Colegio. Revestido de birrete y toga, cruzó los claustros pavimentados de piedra y, al llegar a una de las ventanas góticas, se puso a mirar hacia afuera y cayó en profunda meditación. Las sombras de los gloriosos desaparecidos envían mensajes a los reyes y príncipes lo mismo que a los menos encumbrados.

Aquella noche cenó en el "hall". ¡Qué contraste con su real predecesor, que, trece años antes, honró a Magdalen con su presencia! Cuando el príncipe Enrique, hijo de Jaime I, y entonces Príncipe de Gales, fué agasajado en Magdalen en 1605, cenó con brillante ceremonia, en el medio de la mesa alta, rodeado por su séquito, mientras los estudiantes, vestidos con sus togas, sentados a lo largo de las paredes de la sala, esperaban humildemente las órdenes del Príncipe. Después de comer el Príncipe alzó su copa y brindó por Magdalen y sus estudiantes, calificando a la institución de "su propio Colegio".

El príncipe Eduardo hubiera podido decir lo mismo, pero no en medio de pompa y ceremonias. Era la última cosa que hubiera deseado.

Hubo una marcada diferencia entre la actitud del Príncipe durante su estada en Oxford y el modo de vivir del rey Eduardo durante sus estudios universitarios. El abuelo del Príncipe, por ejemplo, no se inició en la vida del colegio con la desenvoltura y la falta de ostentación que caracterizó a la entrada del príncipe Eduardo en Magdalen. Fué alquilada una casa especial para que residiera en ella el rey Eduardo durante su estada en Oxford y allí recibió gran parte de su instrucción privadamente. Estaba inscripto además como personaje noble y llevaba birrete y toga especiales. En realidad, el rey Eduardo no pertenecía nunca a Christ Church, el colegio en el cual estaba inscripto oficialmente. ¡Qué ausencia total de formalidades

POR

W. y L. TOWNSEND



protocolares caracterizó la permanencia del joven Eduardo en la célebre Universidad! Debía ser tratado como un estudiante ordinario y figuraba inscripto en la misma forma. No se preparó nada excepcional para él, excepto el modesto departamento en el ala norte del claustro, que domina la capilla, el "hall" y el "edificio nuevo". Sus caballerizas no estaban en el colegio. La pieza de entrada del departamento del Príncipe, que daba a la escalera No. 4, estaba instalada con gusto, con muebles Sheraton y adornaban las paredes antiguos planos de Oxford, Winchester y otros lugares históricos. La pieza interior era más amable y cálida en sus colores. Había algunos cuadros buenos, incluso figuras impresas de pájaros.

Como se había proyectado que el Príncipe siguiera la carrera de las armas después de sus estudios en Oxford, los temas a los cuales se dedicó diferían un tanto del programa ordinario, y el Príncipe concentró su atención en la historia, la geografía, los idiomas franceses y alemán, la literatura inglesa, la ciencia política y la economía. A pesar de las modificaciones necesarias en la educación del Príncipe — pues siempre tuvo que estudiar mucho más rápidamente que cualquier otro joven, con objeto de conocer la materia en un plazo breve—, asistió a las clases ordinarias, contrariamente a su abuelo, y sometió sus ensayos al presidente. También asistió a cursos que no se dictaban en Magdalen; el plan de sus estudios exigía que siguiera las clases profesoriales e intercollegiales dadas por los directores de colegio y accesibles a todos los estudiantes.

Si bien necesitó más tiempo para afianzarse que los novicios en general, el Príncipe recuperó pronto el tiempo perdido. Ninguna de las actividades del Príncipe era ignorada por sus compañeros, quienes conocían sus idas y venidas, sus amigos íntimos, sus decepciones, sus esperanzas y sus ambiciones.

★

Su Alteza Real no ha tenido nunca ambiciones literarias; siempre ha preferido las realizaciones activas a las pasivas. Pero en Oxford aprendió a redactar bellas composiciones originales que merecieron el aplauso del presidente, Sir Herbert Warren. Hoy, el Príncipe no revela particular interés por realizar obra de autor, pero halla placer y satisfacción en contestar personalmente parte de su correspondencia privada.

En su deseo de progresar lo más rápidamente posible, el príncipe Eduardo prefirió adoptar el sistema de escribir sus lecciones y someterlas al juicio

de los profesores en vez de asistir a los cursos generales. Pronto adquirió una memoria sorprendente en materia de hechos y cifras o fechas, y más tarde se desarrolló su vivísima memoria visual, que se reveló a las claras en el curso de la gran guerra, pues reconocía en Londres a los soldados que conoció en Francia y los saludaba, causándoles sorpresa y placer.

Cuando corrió el primer rumor de que el Príncipe iría a Oxford, los estudiantes comenzaron a preguntarse qué colegio lo recibiría. Finalmente se llegó a la conclusión de que tal honor correspondería a Christ Church, donde estudiara el extinto rey Eduardo. Causó sorpresa y no poca consternación la comprobación de que las suposiciones eran erróneas. Primeramente se sugirió que Christ Church ya no era el colegio privilegiado, hasta que un estudiante disipó las dudas diciendo: "Naturalmente, el Príncipe de Gales desea ponerse en contacto con el estudiante ordinario", y entonces, ¿para qué iría a Christ Church? Hipótesis un poco sutil, quizá, pero característica de los regocijantes celos de los estudiantes.

El Príncipe de Gales no siguió las reglas ordinarias al ingresar a la Universidad; en efecto, aparte de algunos casos aislados, siempre se había considerado poco conveniente que los hijos de los reyes se mezclaran libremente con la gente del estado llano. Aun la carrera restringida del rey Eduardo en Christ Church fué considerada como una violación de las convenciones reales, aunque se habían tomado toda clase de medidas para preservar absolutamente su dignidad y mantener su elevada posición. La forma en que el Príncipe de Gales entró en Magdalen constituyó una especie de ruptura con el precedente real, pero ni la dignidad del príncipe Eduardo ni su desarrollo parecen haber sufrido desmedro por el hecho de que cortara tan temprano los lazos de restricción que han atado a los miembros de la familia real durante tantas generaciones.

El Príncipe estuvo en completa libertad en Magdalen y por primera vez no fué visto con tanta frecuencia en compañía de Mr. Hansell. Aparentemente, no se buscaron compañeros seleccionados para él, como se creyó en aquella época. El Príncipe asistía libremente a las clases con los otros estudiantes y comía con ellos en el hall. A menudo charlaba con ellos, sin reservas, en la sala común. En resumidas cuentas, podía decir sinceramente que era "de Magdalen".

Con sus profesores, siempre fué encantadoramente cortés y atento. Entre el difunto Sir William Anson y el Príncipe nació una cálida amistad—vínculo que hizo que el segundo deseara vivamente estudiar y el primero se preocupara seriamente de enseñar. Naturalmente, el joven Príncipe estaba encantado con su libertad recién descubierta, y disfrutaba sobremanera de ella. Trabajó relaciones con toda clase de personas, desde el estudiante provinciano hasta el hombre educado en las grandes escuelas públicas. Cuando salió de Oxford era un ejemplo representativo de lo mejor que producen nuestras universidades.

Una tentativa de los estudiantes para coartar su libertad fué malograda por Eduardo. Se cuenta que el Príncipe había aceptado asistir a una pequeña reunión, con la condición estricta de que no habrían discursos. Sin embargo, cuando la comida terminaba, uno de los estudiantes pidió al Príncipe que hablara. A pesar de la recomendación previa,

los demás comensales se hicieron eco de este pedido y los gritos cesaron solamente cuando el huésped se puso de pie. Pero el tumulto seguía y el Príncipe esperó, golpeando impacientemente la mesa con los dedos, hasta que se hizo el silencio completo. Todas las miradas se dirigían, impasibles, hacia el Príncipe de Gales. "Muchachos—declaró el joven orador—quisiera que no molestaran tanto"—y siguió comiendo, en medio de un silencio algo temeroso.

Las distracciones que se permitía el joven Príncipe después de las horas de estudio eran numerosas y variadas, pero no pertenecían a la categoría "extenuante"; reconocía que su físico delicado no le ofrecía perspectivas equitativas frente a los atletas que estudiaban con él, de modo que se limitaba a pasear en automóvil, perseguir liebres con sus perros, realizar cacerías montadas con sus propios caballos y jugar al golf, al tenis, al polo y al football Asociación. No era poco el tiempo que dedicaba a los ejercicios de adiestramiento preparatorio de oficiales, pues ello le serviría mucho cuando se consagrara seriamente a sus tareas de soldado. También se veía a menudo al Príncipe con la camiseta roja del equipo remando o piloteando las lanchas de Magdalen. Después de practicar afanosamente el football y recibir muchos golpes, el príncipe Eduardo conquistó un puesto en el segundo "team" de Magdalen. ¿Cómo recordarán algunos hombres afortunados, con una sonrisa, la época en que cubrían de barro al heredero del trono, siempre de buen humor, en una de esas inevitables colisiones que se producen frente a la valla! El Príncipe se entretuvo mucho jugando al polo en Oxford—juego que practicó más tarde con el rey Alfonso de España, que es realmente un jugador de primer orden, desempeñándose maravillosamente bien. En las mañanas hermosas se levantaba temprano para ejercitarse en Port Meadow. Más tarde, tuvo media docena de ponies de polo en Oxford.

Lo mismo que en Dartmouth, el Príncipe sintió el temor de resultar inferior en comparación con sus compañeros. Pero no necesitaba preocuparse por ello, porque junto con él llegaron cuarenta y nueve novicios que abrigaban las mismas esperanzas y dudas que su distinguido compañero.

El Príncipe no deseaba revelarse como un campeón formidable en los ejercicios atléticos ni elevarse a tal altura del conocimiento y de la instrucción, que sus compañeros estudiantes aparecieran mediocres y atrasados, comparativamente. No tenía deseos particulares de brillar en nada. Todo lo que quería era cumplir con su deber, y eso completamente!

A causa de su absoluta carencia de orgullo no transcurrió mucho tiempo sin que aun aquellos que habían expresado dudas respecto de la actitud humana del Príncipe, declararan que era "un buen muchacho". En efecto, una vez que pasó la novedad de la presencia del príncipe de Gales entre ellos, los estudiantes no se apartaban de su camino para conversar con él, ni vacilaban en bromear con él cuando se ofrecía una oportunidad de hacerlo. El Príncipe era uno de los suyos, y esto resume en pocas palabras toda la situación.

La vida de Oxford era decididamente agradable. El trato con toda clase de tipos de hombres—herederos de títulos venerables o hijos de manufactureros—era agradable. (Continúa en la pág. 23)

Casaux habría sido un gran actor de cine

Casaux en una de sus caracterizaciones de alemán



de nuestra escena. Como Casaux, Emil Jannings tiene el físico fuerte y basto. Como Casaux, tiene el andar pesado, la mirada melancólica y el aire bonachón. Como Casaux, tiene la facultad, en grado superlativo, de la caracterización. Como Emil Jannings, Casaux tenía el sentido de la emoción interior y suave. Como Emil Jannings, nuestro gran actor ponía en los rasgos fisonómicos de cada uno de sus personajes, tanto cuidado y en cada detalle tan pintoresca intención, que sus tipos quedaban grabados en la retina como si tuviera la facultad, no sólo de interpretar caracteres, sino de crear entes físicos. Como Emil Jannings, Casaux tenía en el semblante transparencia de alma y en todos sus juegos faciales elocuencia de estados de espíritu. El profesor alemán de "El ángel azul" es, con mayor envergadura en el personaje, porque el papel tiene más grandeza que todos los que se le escribieron a Casaux, con mayor fuerza en su dolor porque también su drama es más hondo, pero es, en fisonomía, en tipo, en carácter, en medios escénicos, cualquiera de los profesores alemanes que Casaux puso sobre las tablas, agigantándolos con su trabajo personal, con todo lo que su talento agregaba a cada tipo, con su sentido admirable de la raza ingenua y sapiente. Teniendo delante a Emil Jannings, a cada momento me parecía ver a Casaux en la pantalla.



Casaux habría sido un gran actor de cine. Había en él todas las condiciones que se necesitan para el género. No habría sido, naturalmente, un actor brillante, sino un actor hondo. Podría haber sido, como el mismo Emil Jannings, no el hombre de los papeles vistosos, sino el hombre de los grandes papeles. El cinematógrafo, para liberarse de la leyenda superficial y mundana que lo persigue, necesita precisamente de estos intérpretes de medula, para disimular sus intérpretes de brillo. Hay un tipo de actores que tan poco se ha explotado en el cinematógrafo y que tan admirablemente habría hecho Casaux: el actor de carácter. Para ello lo tenía todo. Poseía, como ninguno de nuestros actores, la facultad de transfiguración física. Creaba siempre un tipo, no sólo de carácter íntimo y definido, sino también un tipo externo, de firme contorno, que habría salido en la tela, como se ha perpetuado en cada una de sus mil fotografías. Era fotogénico; y fotogénico, no con belleza ni con gracia, sino con fuerza y relieve. La palabra era en Casaux complemento certero y exacto; la pronunciación convencional y deformada de cada tipo y de cada raza, formaba parte integrante de su perfecto trabajo escénico. Pero — y aparte de la significación mayor o menor del "film" hablado, que ya rebasaría del tema —, desde el punto de vista de la elocuencia visual, Casaux era un actor de caracterizaciones insuperables y de juegos faciales inigualablemente poderosos. Había algo que es el documento viviente de los actores físicamente expresivos: sus fotografías. La galería fotográfica de Casaux se nos presenta, cada vez que volvemos a hojearla, y valga la paradoja, como un panteón viviente. El gran actor se ha ido; pero cada uno de sus personajes vive distinto en los contornos pintorescos de la caracterización formidable, en la fuerza prominente de la fisonomía. Era diverso de una raza a otra y tenía la intuición de todas las razas. Fue igualmente admirable como alemán en "El profesor Müller"; como vasco, en todos los que hizo; como francés, en "Mr. Ferdinand Pontac"; como judío, en la obra de Pelay; como inglés en más de una pieza, hasta como criollo cuando hizo "El grillo". Y fue diferente siempre hasta dentro de una misma raza y aun en tipos análogos. Hizo más de diez alemanes, y todos eran distintos. Esta facultad y esta variedad admirables de caracterización son las condi-

ciones más valiosas del gran actor de cine, que necesita ser, como fué Casaux, siempre física y fisonómicamente diferente. Casaux era un gran actor íntimo; podía ser, como lo fué muchas veces, con los medios más puros, con los recursos más sencillos, un intérprete de almas. Pero para el público las almas llegan por su representación física. Casaux acompañaba todos sus trabajos de la pronunciación justa, expresivamente pintoresca de cada raza. Pero la palabra, con ser siempre exacta y lograda, parecía, en su media voz, pasar a segundo plano, después de la caracterización insuperable. Aunque Casaux no hubiera hablado, aunque se hubiera paseado un rato por la escena sin despegar los labios, todos habríamos sabido de inmediato, no ya la nacionalidad, sino hasta el alma del personaje que esa noche llevaba al proscenio. Esos personajes ingenuos y buenos como su intérprete, candorosos y bien intencionados, con la picardía infantil de los hombres sin mundo que suelen ser siempre los extranjeros que se vuelcan en un medio extraño, los transmitía Casaux sin necesidad de palabras, con las únicas armas de la beatitud de su sonrisa y la tristeza de su mirada. No necesitaba hablar para hacerse comprender, para volcar íntegramente el alma del personaje en la elocuencia de la expresión. ¿Qué otro don define mejor que éste la superlativa condición del actor de la pantalla?

Tal vez a Casaux en su modestia infinita, increíble para los que no tuvieron oportunidad de conocerla muy de cerca, ni siquiera se le habrá ocurrido nunca una posibilidad tan amplia y tan alta. Conversando sobre una empresa de mucho menores proporciones, su proyectado viaje a España, que se cortó con su muerte, me decía una vez:

—¿Y usted cree que yo gustaré en España?

Con poco que examinara su propio arte, con una sola ojeada a sus cien creaciones tenía que darse cuenta de que no podía dejar de gustar en España. Además, infinidad de personas que de allí venían se lo aseguraban día tras día. Le afirmaban que sería la nota de curiosidad, de asombro, de ruidoso éxito. El también tenía que comprenderlo así; pero, tal vez no por falta de fe, sino por irresolución, por timidez, por falta de impulso para lanzarse a una nueva empresa no se decidió nunca a realizarla. ¿Cuántos mayores no habrían sido sus reparos, sus dudas, su falta de confianza para abordar una empresa tanto más arriesgada como intentar el cinematógrafo? Además, Casaux era poco ambicioso. Tenía una ambición artística parca, medida, temerosa. Cuidaba con anhelo escrupulosidad todos los detalles de cada tipo que iba creando; estudiaba todos sus papeles tan a conciencia, que era el único actor de su compañía que los sabía de memoria; le daba una importancia enorme hasta a los personajes más endebles, y quería hacer de ellos, por más flojos que fueran, una pequeña obra de arte. Buscaba siempre superarse. Trataba de que le escribieran obras de enjundia y hurgaba en el teatro extranjero en busca del personaje de medula; y aunque muy poco recurrió a ellos, estaba en sus últimos días decidido a hacerlo, ante la falta desesperante del tipo de relieve que nuestros autores ya no le daban. Cada estreno era para él una nueva prueba. Después de haber llevado a escena cien tipos distintos, con éxito rendido de público, con éxito incondicional de crítica, cada vez que abordaba uno nuevo, que muchas veces era sólo uno más, la repetición de varios anteriores, lo hacía con un temor visible, con unos nervios irrefrenables, como si se tratara de un actor que hace su primer papel de importancia y se va jugando el porvenir de su carrera. ¿Qué nervios, qué incertidumbre, qué temor no habría tenido si alguna vez se hubiera decidido a hacerla, en su primera prueba cinematográfica? Además, Casaux era poco, por no decir nada ambicioso, de todas

las recompensas materiales que traen aparejadas el éxito y la fama. Era sencillo, modesto, retraído. No ambicionaba el dinero; y la prueba de que nunca lo ambicionó ni lo cuidó está en que después de una serie de brillantes temporadas a teatro lleno, tan sólo porque le fué mal en las dos últimas, murió sin dejar nada, o casi nada. Se sentía feliz con sólo descansar, rodeado de unos pocos amigos, en su quinta de Martínez. Con el más fino, el más noble, el más sensible sentido artístico, era, personalmente, un buen burgués, apacible y cordial. No era el hombre de la gran aventura, del largo viaje, de la empresa nueva y arriesgada. Se avenía con gusto a su destino artístico y nunca soñó con hacerlo más alto, con cambiarle de rumbo, ni con tentar nuevas posibilidades. Vivió encadenado a nuestro ambiente, en el que se destacó con robusta prominencia, pero que le quedaba chico a sus grandes facultades.

Tal vez todos estos rasgos de carácter expliquen por qué Casaux no llegó a culminar en el gran actor de cinematógrafo, que pudo y debió ser. En su modestia y en su espíritu sin sueños ni proyectos, sin duda ni siquiera se le ocurrió nunca que el cinematógrafo podía abrirle sus puertas incommensurables. Para comprenderlo le habría bastado tan sólo con que se le cruzara la idea cuando, lápiz en mano, veía reflejada en el espejo su caracterización, de extraordinario relieve fotográfico. Pero nunca debe habersele aparecido la idea que, si se la hubieran sugerido, él habría encontrado irrealizable, desproporcionada a sus medios, que él valoraba con tan parca y en realidad con tan injusta medida. Apatía de carácter, falta de voluntad avasalladora, él que la tenía resignada para el ensayo diario y el papel nuevo cada tantos días, falta de plena confianza en sí mismo, factores todos tan ajenos al valor artístico impidieron tener un gran actor argentino en el cinematógrafo mundial.

La ambición de subir, de gloria, de fama y hasta de vanidad y de dinero son, cuando se ponen al servicio de dotes superiores, palancas de superación y de triunfo. ¿Y habría sido Casaux un gran actor de cine? Habría sido el actor de las producciones hondas y medulares, de las que sólo de tanto en tanto se hacen, sin ninguna concesión a los gustos del público, como un drama humano, como un hombre que sufre, como una nota superior de arte. Habría sido, al mismo tiempo, el actor de alma y de rasgos pintorescos, de sonriente comicidad exterior que envuelve la beatitud, el ensueño, la ingenuidad o el sufrimiento de un espíritu transparentados en la elocuencia cristalina de la máscara. Tenía todo para haberlo sido. Su arte escénico, con ser tan interior y tan hondo, era al mismo tiempo, y como en ningún otro de nuestros intérpretes, un arte visual y físico. Sin necesidad de palabras, todos los rasgos de un carácter, todos los estados de ánimo de un hombre, todos los rasgos espirituales de todas las razas se reflejaban en el prisma transparente de su semblante, se registraban en el más pequeño movimiento de su múltiple máscara facial. Casaux habría sido un extraordinario actor de cine.



Emil Jannings, en "El ángel azul"

Octavio Ramírez

Y entonces empecé a ver en conjunto y en detalle toda la analogía, toda la íntima similitud que había entre el trabajo del gran actor cinematográfico y el del gran actor que fué

LAS GRANDES POETISAS DE AMERICA

LA TRAGICA DELMIRA AGUSTINI - LA PANTEISTA JUANA DE IBARBOUROU



DELMIRA AGUSTINI, la inquietante poetisa uruguaya, era de origen italiano; civilización y arte, caducos, de puro maduros y perfeccionados, se mezclan a la ardiente y nueva sangre aborigen americana, y producen este género de poesía fuerte, inquietante, exaltadísimo.

Muerta a los veintiséis años, y nacida y educada en un ambiente tranquilo y acomodado, una extraña herencia la hizo vibrar en una intensa vida interior y clamar, a los diez y siete años, dolores, sensaciones, desencantos y angustias que únicamente de un modo cerebral podía haber sentido. Su alma no conoció el amor, y por un capricho de su destino, capricho como una burlesca mueca, murió trágicamente, en una ficción de amor, de amor apasionado y vehemente que anhelaba y que no llegó a sentir.

Es una extraña flor Delmira Agustini en el jardín poético; ella misma se interroga, vagamente sorprendida en "El vampiro".

"¿Soy flor de una especie obscura?"

Flor rara es; flor de mortífero y amargo perfume; flor espléndida y roja con irradiaciones de fuego.

No hay ni ha habido poetisa que en plena adolescencia haya producido una tan intensa obra poética; y no sé de otro caso. Extraña y terrible, su obra es la de un espíritu que ha soñado, que ha vivido, que ha sentido hondamente, inmensamente; es el espíritu cansado de las viejas civilizaciones, que habla por su voz juvenil, pero su inteligencia poderosa se deformó al encontrarse en los estrechos límites de una vida fácil, tranquila, sin preocupaciones por las necesidades materiales, sin el espolazo de la lucha por la vida, que es la piedra de toque para muchos sentimientos y el freno para la exaltación de muchas inteligencias.



DELMIRA AGUSTINI

Delmira, imaginación fogosa, se entregó a su vida interior de un modo apasionado y absoluto, desdénando la realidad de la vida y buscándose complicaciones sentimentales y sociales, de las que la hubiera salvado un poco de buen sentido.

He oído varias opiniones sobre la Agustini, y hay de todo; desde la que la califica de vesánica, hasta la que la conceptúa sublime y perfecta; ni una cosa ni otra, también oí hace poco asegurar que el extravío poético de la Agustini en muchas de sus poesías, se debió a: halago constante de su familia y de sus admiradores, que la hizo creerse un ser superior e incomprendido; que tal vez una educación severa habría conseguido enfrenar el vuelo fantástico de su imaginación. Sin negar que el sistema de halagos no es el más a propósito para aquilatar el mérito, creo que en el caso de la Agustini la educación no hubiera sido bastante a variar su temperamento; era la vida, con sus golpes con sus rudos vaivenes, lo que habría templado el ánimo de la poetisa y le hubiera evitado esa neurosis que se manifiesta en su obra poética; la educación no varía los caracteres ni los temperamentos, falsea y disimula, pero no transforma ni mejora; es el sufrimiento, el dolor, lo que puede realizar el prodigioso cambio. El padecimiento puede llegar a sanar un cerebro enfermo y ablandar un corazón duro.

Del genio poético de Delmira Agustini dan muestra entre otras, las composiciones "Desde lejos" y "Nocturno", donde su musa está dolorida, pero no exaltada:

"DESDE LEJOS"

"En el silencio siento pasar hora tras hora, como un cortejo lento, acompasado y frío... Ah! Cuando tú estás lejos, mi vida toda llora, y al rumor de tus pasos, hasta en sueños, sonrío.

Yo sé que volverás, que brillará otra aurora en mi horizonte, grave como un ceño sombrío; revivirá en mis bosques tu gran risa sonora, que los cruzaba alegre, como el cristal de un río.

Un día, al encontrarnos, tristes en el camino, yo puse entre tus manos pálidas mi destino... y nada de más grande, jamás han de ofrecerte!

Me alma es frente a tu alma, como el mar frente al cielo; pasarán entre ellas, tal la sombra de un vuelo, la tormenta y el Tiempo, y la Vida y la Muerte!"

"NOCTURNO"

"Engarzado en la noche el lago de tu alma, diríase una tela de cristal y de calma tramada por las grandes arañas del desvelo.

Nata de agua lustral en vaso de alabastos, espejo de pureza que abrigas los astros, y reflejas la sima de la vida en un cielo!

Yo soy el cisne errante de los sangrientos rastros; voy manchando los lagos, y remantando el vuelo!"

Bellas, espléndidas, son las imágenes en las poesías de la Agustini:

POR

ROSA CANTO

"La tienda de la noche se ha rasgado hacia Oriente, tu espíritu amanece maravillosamente..."

dice en "Día nuestro" y en "Primavera" eclosiona un optimismo raro en ella:

"¡Oh, despertar glorioso de mi lira transfigurada, poderosa libre, con los brazos abiertos, tal dos alas fúlgidas, apuntadas al futuro!

¡Oh, despertar glorioso de mi lira, como un sol nuevo sobre un nuevo mundo!"

Reconcentren sus sombras los abismos; empinense soberbias las montañas;

en los vergeles estelares ardan otras maravillosas florescencias;

agucen sus aceros las tormentas; todo el amor del mundo reflorézca en palpitantes cármes humanos.

¡Mi lira era un capullo, sus dos brazos abrieron armoniosos como pétalos de una animada flor maravillosa, ¡dorada a sol y electrizada a luna!

Los brazos de mi lira se han abierto puros y ardientes como el fuego; ebrios del ansia visionaria de un abrazo tan grande, tan potente, tan amante ¡que haga besarse el fango con los astros!"

Sorprenden sus aciertos de expresión; estos versos de "Elegías dulces" dan una idea exacta de la tenacidad de un alma aferrada a un imposible:

"¡Pobre mi corazón que se desangra, como clépsidra trágica, en silencio, sin el milagro de inefables bálsamos en las vendas tremantes de tus dedos!

¡Pobre mi alma, tuya, acurrucada en el pórtico en ruinas del Recuerdo, esperando de espaldas a la Vida... que acaso, un día, retroceda el Tiempo!"

"Esperando de espaldas a la Vida...", ¿no se ve la amargura inenarrable de un corazón condenado a la desesperanza?

Hay en sus poesías, desbordantes de lirismo, magnificencia, originalidad; su fantasía la lleva a sentir ilusión de amor por una estatua; su fuego es tal, que se siente capaz de animar el yerto mármol, y clama al corazón imposible de aquella efigie de emperador, que:

"Con la frente en Mañana y la planta en Ayer" deja que el deseo extraño ascienda y se le enrosque al inerte pecho marmóreo.

En "La estatua" pide un alma, pide vida para ella; la angustia la quietud de la forma, la inmovilidad inerte de la piedra que finge tan bella figura humana; y es en la "Plegaria" donde pide a Eros piedad para las estatuas, donde culmina la originalidad de la poetisa; donde ruega al dios Amor, compasión para esos cuerpos,

"vestidos, del armiño solemne de la calma" para sus ojos que,

"nunca ven nada por mirar tan lejos"

y para sus labios,

"labios que nunca fueron, que no apresaron nunca un vampiro de fuego, con más sed y más hambre que un abismo!"

¡Bella poesía por la forma y por la idea, esta plegaria a Eros!

Los versos de Delmira Agustini son de una exaltación que embriagan; no es posible citar ni transcribir todas las poesías dignas de ello, pero queremos terminar con la impresión noble de una de las pocas, serenas, que brotaron de su lira; estos versos son de "El poeta leva el ancla".

"El ancla de oro canta..."

¡Partamos, musa mía!

¡El momento supremo!... Yo me estremezco; ¡acaso sueño lo que me aguarda en los mundos no vistos?

¿Tal vez un fresco ramo de laureles fragantes, el toisón reluciente, el cetro de diamantes, el naufragio, o la eterna corona de los Cristos?"

Aquí aparece el ideal noble, sin los erotismos de la mayoría; con el predominio del espíritu sobre la materia, del alma sobre la carne.

Si esta mujer no hubiera muerto en lo más dorado de su juventud, ¿a dónde la habría llevado el poderoso impulso de su vuelo imaginativo?

"Sean con ella la gloria, el amor y la felicidad", dijo hablando de ella Rubén Darío. Todo parecía para ella y, sin embargo... ¡mal profeta fué el bardo! Ni amor, ni felicidad... ¡ni vida, siquiera! Los elegidos de los dioses mueren jóvenes! Gloria... sí; pero, por amor, por solo un poco del amor que soñaba delirante, hubiera dado Delmira toda la gloria que aureola

su nombre; gloria deslumbradora de artista, pero fría para su alma, sin cordialidad ni emoción; como las estatuas para las cuales pedía piedad y compasión a Eros!...

Juana de Ibarbourou, la uruguaya descendiente de españoles, que de soltera ostenta el españolísimo nombre de Juana Fernández, adopta el apellido de su esposo para firmar su obra poética. La soñadora provincianita, de alegre y jubiloso optimismo, convierte sus sueños en realidad; la indecisa poesía que revoloteaba en su cerebro, y que agitaba su corazón, cobró forma firme y definida, al pasar los años, en el contacto con la ciudad, y la chiquilla de quince años, de inconsciente y salvaje alegría, según sus propias palabras, se convirtió en la mujer consciente, en la poetisa segura y triunfadora; en la "Juana de América", en fin.

Juana de Ibarbourou tiene al amparo de su tranquilo hogar, la consideración y el respeto de todos; un esposo digno y un hijo que es el amor de sus amores; como mujer no se puede pedir más. El signo de infelicidad que parece presidir el destino de todo gran artista no la alcanzó, y como poetisa tiene lo que ninguna otra contemporánea ha logrado: la consagración ofrendada por sus compatriotas al coronarla con el majestuoso apelativo de "Juana de América", apresurando una consagración, que indudablemente confirmaría el tiempo, pero que ha de pesar con enorme responsabilidad sobre la elegida; aun la poetisa no ha terminado su obra, de sus dotes cabe esperar que la obra futura afirme la presente, la mejor, si es posible; mas tal vez "Juana del Uruguay" hubiera sido menos solemne, en espera de que el tiempo y la obra poética, lograda y perfecta, asegurara el amplio gesto de abarcar todo un continente y hacerlo gravitar sobre la frente de la poetisa.

¡Cuánto amor a la Naturaleza en sus versos, olorosos a retama, a fresas, a tomillo, a romero y a manzanas! Una sana y optimista alegría que tiene el encanto del paganismo griego corre a lo largo de sus libros, en los que hasta los títulos hablan de amor panteísta: "Raíz salvaje", "El cántaro fresco"; nada más bellamente original que su modo de hablar de la muerte en "Vida-Garfio", espléndida poesía donde el título es un acierto:

"Amante, no me lleves si muero, al camposanto. A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente alboroto divino de alguna pajarrera, o junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos alargados en tallos, suban a ver de nuevo la lámpara salvaje de los ocasos rojos.

Arrojame semillas; yo quiero que se enraicen en la greda amarilla de mis huesos menguados... ¡Por la parda escalera de las raíces vivas yo subiré a mirarte en los lirios morados!"

Algunas veces roza su mano una cuerda melancólica en su lira y brotan entonces las lindas poesías: "Redención", "Hiel", "La angustia del agua quieta" y "Lamentación", donde exclama:

"Soy enredadera ¡bendecida el hacha que mi tronco hiera!"

Lámpara votiva maldigo el aceite que me tiene viva.

Falena rosada sueño en una espina para ser clavada."

Pero vuelve en seguida a los alegres sonos, que son, sobre sus versos, como un himno de triunfante esperanza en todo.

"Caronte: yo seré un escándalo en tu barca. Mientras las otras sombras recen, giman o lloren,

Yo iré como una alondra cantando por el río y llevaré a tu barca mi perfume salvaje

Poi más que tú no quieras, por más guiños siniestros que me hagan tus dos ojos, en el terror maestros, Caronte, yo en tu barca seré como un escándalo."

Dice en "Rebelde", con gracia y desentado no igualado por poetisa alguna; la siniestra barca y su terrible remero no amedrentan a la heroína, impávida ante los más graves peligros.

"Se ha hecho espina mi ansia de tocar y de ver"

dice el último verso de "Inmovilidad". Ansias, ansias del campo, de los campos selváticos de su Cerro Largo, gritan en los primeros versos que sirven de prólogo a "Raíz salvaje":

"¡Si estoy harta de vida civilizada! ¡Si tengo ansias sin nombre de ser libre y feliz;

INGLESES Y VASCOS

si aunque florezca en rosas nadie podrá cambiarme la salvaje raíz!"

Toda ella se funde en un inmenso amor a la tierra, a las plantas, a los árboles; se complace en imaginar su cama, un roble; la cuna de su hijo, un cedro: calor de nido encuentra en ellas, le parece escuchar los aleteos y los arrullos de los pájaros que en aquellos troncos hoy tan pulimentados hicieron sus nidos.

"Mi cama fué un roble, yo duermo en un árbol, en un árbol amigo del agua, del sol y la brisa, del cielo y del musgo, de lagartos de ojuelos dorados, y de orugas de un verde esmeralda".

"¿Qué rezongue el viento, que gruñan la lluvia, contigo, en el nido, no sé lo que es miedo!"

"Si yo supiera de qué selva vino el árbol vigoroso que dió el cedro para tornear la cuna de mi hijo..."

... el árbol que nació con el destino de ser tan puro y diminuto lecho.

... Debió de ser tan alto y tan erguido

... Tenía el aspecto de un gigante bueno con su gran tronco y su ramaje amplio.

Arbol inmenso que te hiciste humilde para acunar un niño entre tus gajos: ¡Has de mecer los hijos de mis hijos! ¡Toda mi raza dormirá en tus brazos!"

¡Qué belleza en estos versos en los que canta al árbol, lecho de su amor y nido de su dulzura! ¡Cuánto amor a la Naturaleza llena el alma de la poetisa! Con profunda ternura considera a la tierra, al agua, al viento, al árbol, a las flores; todo lo abarca. Su carne, su propio cuerpo juvenil lo ofrece como tema en muchas de sus composiciones, considerándolo como fruto de la tierra, en su amor panteísta:

"Mi cuerpo está impregnado del aroma ardoroso de los pastos maduros. Mi cabello sombrero esparce al destrenzarlo, olor a sol y a heno, a salvia, a yerbabuena y a flores de centeno.

¡Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena cual si fuese la diosa del trigo y de la avena!"

Su propia desnudez la atrae:

"Y la suprema delicia de la más casta impudicia: dormir desnuda en tus brazos".

Pero con mostrar muchos de sus versos un tranquilo impudor, no hay en ellos sensualidad ni lujuria: en todos resplandece el más puro sentimiento artístico, y como en las estatuas clásicas, el desnudo es casto. Una de las poesías que mejor definen este matiz es "Noche de lluvia". La lluvia en otra poesía, bellísima, le hace sentir un profundo goce espiritual y físico.

Es Juana de Ibarbourou el clavel rosado de sensual y penetrante aroma, tanto, que a veces ya no parece sólo de una flor, sino de algo más material, de clavel, de canela, de algo que llega más a los sentidos que un florido perfume.

En su último libro, "La rosa de los vientos", Juana de Ibarbourou se deja llevar por la nueva modalidad... nueva, relativamente, puesto que a fuerza de años ya va siendo vieja, y a fuerza de cultivadores ha perdido aquella orgullosa originalidad con que una minoría se erigió en rebelde y selecta. La corona de laurel de la poetisa está formada por las robustísimas ramas de "Raíz salvaje", "Lenguas de diamante" y "El cántaro fresco". Esta última obra, conjunto de breves impresiones en prosa, tiene armonías de verso por lo lírico de los temas y por el bello e impecable estilo.

Nada más tierno que aquellos en que trata del hijo niño; toda la dulzura del mundo se expresa en esos artículos, en los que detalla, deleitándose, las gracias y los enfados infantiles:

"Los dos piecitos rosados, golpeando con violencia contra el brazo del sillón, el ceño decididamente tempestuoso, el grave síntoma de haberse quitado de la boca, rojísima, húmeda aun de la leche bebida hace poco, la chupeta inseparable, anuncian un inminente chaparrón de llanto malhumorado que hay que conjurar a toda costa".

"¿Señor! ¿No habrá en América una madre poeta capaz de escribir canciones hermosas, eternas, fáciles de prenderse al labio y a cuyo ritmo todas las madres del presente y del porvenir arrullen a sus hijos?"

Es un recreo para el espíritu la lectura de estos bellos trozos en que Juana de Ibarbourou habla de su hijo; el amor maternal, sublime y único, embellecido por el lirismo de la poetisa, es un regalo de ternura y de encanto. Es Juana de Ibarbourou el más alto timbre de orgullo de su país, y por su amor a la Naturaleza y su manera de expresarlo, una de las voces que más profundamente penetran en el corazón de todos los que sientan amor a lo inferior, a lo inerte, sintiéndolo a la manera de Francisco de Asís. "¡Hermano árbol!..." "¡Hermano pájaro!..." "¡Hermana agua!..."



ELOTA vasca, lengua vasca y boina vasca: un juego espléndido, un habla antigua y una forma peculiar de sombrero, he aquí todo

lo que eran hasta hace poco los vascos para el común de los ingleses. De diez años apenas a esta parte, durante los cuales el país vasco ha ocupado el lugar que por derecho le corresponde como centro turístico de primer orden, mis compatriotas han empezado a familiarizarse con esta raza tan fascinadora.

La Costa de Plata, que antes de la guerra europea no atraía más que a un puñado de fieles amigos británicos, que volvían a ella año tras año, se ha convertido en uno de los lugares que toda persona "bien" debe visitar. Como era de esperarse, su encanto y el de sus pobladores se han acrecentado con el trato, y ahora se advierte aquí un interés creciente por la raza vasca y por los múltiples problemas relacionados con su origen y sus tradiciones.

Este interés se ha manifestado en muchas formas. Explica en parte la aclamación de los campeones mundiales Borotra y Pierre Etchebaster; la afluencia de artículos más o menos bien informados a los periódicos ingleses; el uso generalizado de



la boina vasca, implantado en este país por persona no menos augusta que el Príncipe de Gales, y la recepción entusiasta tributada a los maravillosos danzarines vascos, que en los tres años últimos han llenado dos veces el Albert Hall con diez mil espectadores entusiastas.

Hoy el visitante británico del país vasco no echa raíces, como hace diez o veinte años, en las canchas de golf o en las playas balnearias de la costa, sino que se aventura en los primorosos valles mediterráneos, dispuesto a familiarizarse con una raza con la que advierte, sorprendido, que tiene mucho de común.

No es exagerado decir que entre ambas razas hay un verdadero lazo de simpatía que asombra a la una no menos que a la otra, pues ambas son famosas desde tiempo atrás por aquella peculiar actitud suya para con los extranjeros, conocida en Inglaterra con el nombre de insularidad y que, sin llegar al andén ni siquiera al desapego, se caracteriza por una repugnancia acentuada a tener con ellos más trato que el necesario. El vasco, como el inglés, mira al extranjero con sospecha que se traduce no en descortesía, sino en actitud de reserva y alejamiento.

Pero ésta no es con mucho la única característica que comparten ambas razas.

Chuchen chuchena
Bethi aintzina
Dabil Eskualduna

Así reza un proverbio vasco favorito, que puede traducirse: derecho y recto, siempre adelante, marcha el vasco. Es honrado, recto y sincero, y la clave de su carácter ha de hallarse en una sencillez de visión que el inglés admira especialmente. Le inspira respeto simpático a la reserva del vasco, tan impenetrable como impenetrable, y está dispuesto a responder a su sencillez, mal llamada democrática, cuando en realidad es tan esencialmente aristocrática. Por último, el vasco tiene a los ojos

del inglés el mérito inestimable de llevar una vida ruda y sana al aire libre, que le ha dotado de fuerza física, presteza de manos y de ojos y calidades de energía e iniciativa que el inglés ha adquirido, a veces, a sus expensas.

Porque vascos y británicos han tenido muchas relaciones en el curso de la historia, no todas tan amistosas como las actuales. De 1150 a 1450 las provincias de la Vasconia francesa estuvieron, como el resto de la Aquitania, bajo el señorío inglés, y al Rey Eduardo I de Inglaterra acompañaron en sus campañas de Gales mercenarios vascos, (quienes acaso llevaron consigo el arco del siglo XIII, labrada con ornamentación típicamente vasca, que se exhibe actualmente en el Museo de Alberto y Victoria de Londres.

Devuelta la Aquitania a Francia, vascos y británicos encontraronse principalmente en alta mar. Los vascos, no hay que olvidarlo, fueron los primeros europeos que practicaron el arte de la caza de ballenas y durante mucho tiempo conservaron el monopolio indisputado de esta industria tan remunerativa. En el siglo XVI, para su ruina, enseñaron sus secretos a los ingleses que, andando el tiempo, convirtieron en sus más formidables rivales.

Pero los vascos no anduvieron lerdos en desquitarse. Los rudos balleneros se hicieron corsarios intrépidos y, desde mediados del siglo XVII hasta fines de la era napoleónica, muchas presas cayeron en sus manos.

Ahora la rivalidad entre vascos y británicos continúa, más amistosa, en el continente del futuro, en las grandes repúblicas sudamericanas, donde la energía y la iniciativa de ambas razas ha encontrado vasto campo de acción y bien ganada recompensa.

Más curiosas aun que las semejanzas de carácter entre vascos e ingleses son las analogías que se advierten en sus costumbres respectivas. El país vasco, como las Islas Británicas, es casi excepcional como caudaloso depósito de tesoros de folklore y costumbres tradicionales, si bien las condiciones que han favorecido esas supervivencias no son las mismas en ambos países. En Inglaterra, una larga sucesión de razas invasoras superpuso culturas, y siempre los indígenas sojuzgados se aferraron a sus costumbres y prácticas en remotos rincones del país, de suerte que el folklore del Reino Unido no tiene par en punto a variedad.

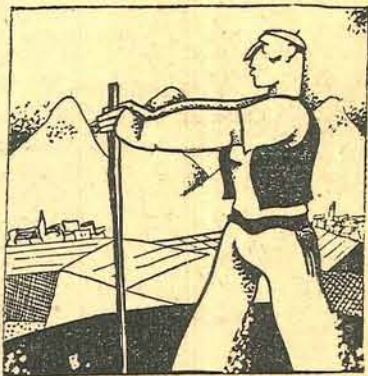
En la tierra vasca, por otro lado, una raza homogénea ha conservado tanto su pureza como su vitalidad durante cientos y hasta miles de años, y las invasores de Norte y Sur no han impreso huella permanente en los altivos e independientes vascos. Así, éstos han conservado intactas costumbres que se remontan a la mayor antigüedad europea, desaparecidas ya por doquiera, salvo en los tranquilos remansos de las Islas Británicas, donde una tenacidad y un conservadurismo afines a los de los vascos, las han mantenido vivas.

El sentido original de esas costumbres, muchas de las cuales son de fuente pagana, ha sido olvidado por los que hoy las practican. Y quienes las estudian sin confrontarlas con prácticas similares ha tiempo desusadas, incurren en lastimosos yerros al explicar su significado primitivo.

Así, por ejemplo, tanto en Gales como en Navarra, se acostumbra en la víspera de

Año Nuevo, que los niños roden las casas llevando cubos con agua de pozo recién sacada y entonando una canción que demuestra que miran el agua como un amuleto que trae aparejadas paz, salud y abundancia. En ambos países, muchos días especiales del año se celebran con los mismos festejos. En las provincias vascas el Día de Santa Agata (Santa Agueda), la Epifanía y el Carnaval, son fiestas favoritas, como en Inglaterra la Noche de Navidad y el 5 de noviembre. En tales festividades, los chicos pasean figurones rellenos de paja, que, una vez cumplido su papel de mediadores para que los rapaces ganen unos centimos, son quemados en alegre fogata. Cosas de chicos, se dirá; pero lo cierto es que tanto los Guy Fawkes ingleses como los Olenzoro de Guipúzcoa tuvieron su origen en la infancia de la raza humana, cuando se "mataba" a un muñeco que personificaba al invierno para que la primavera pudiese llegar más pronto.

Más notables aun son las similitudes entre las danzas populares vascas y las inglesas. No aludo tanto a las que pueden mirarse como recreativas, cuanto a las que se realizan en ocasiones especiales y cuyo origen ha de hallarse indudablemente en los primitivos ri-



tos primaverales. Así ocurre en Inglaterra con las danzas "Sword and Morris (morisco)" y en tierra vasca con las "Espatadantzak" y "Maskaradak". Los danzarines que las ejecutan son en ambos países mozos que llevan campanas (que el hombre primitivo creía que tenían virtud especial contra el mal de ojo), y que se adornan con cintas de vivos colores, que evocan a los celebrantes de los antiguos ritos paganos.

En la provincia de Soule (Zuberea) acompañan la "Maskaradak" varias figuras curiosas que también se asemejan mucho a los personajes de la danza ritual inglesa. El foco de todas las miradas es el "Hobby-Horse" (en español, caballete) o caballito, montado por la cantinera, un hombre vestido de mujer. Estos dos personajes aparecen en ambos países y van acompañados por un barrendero que los precede, limpiando el camino, y por otro danzarín, cuyo papel se asemeja al de un bufón. Este bufón reaparece en las danzas de Ochagavía (Valle del Salazar) y Oyón (Alava).

Los danzarines españoles con espadas (espatadantzaris), dibujan figuras complejas y golpean con sus bastones lo mismo que los ingleses; y en ambos países la danza suele acabar con el asesinato simulado del capitán, que en Vizcaya es alzado por dos de sus camaradas. Y allí permanece rígido y quieto como el cadáver de una víctima propiciatoria, en tanto que los demás danzarines bailan triunfalmente en su derredor.

El espacio de que dispongo me impide seguir hablando de la abundancia de analogías que se advierte en las tradiciones de ambos países; pero baste decir que, además de los múltiples contactos históricos de ambos pueblos, aquéllas parecen indicar que pudo haber comercio de ideas entre ambas razas en tiempos prehistóricos. Tales analogías bastan, por lo menos, para que el inglés de hoy se sienta fascinado por el pueblo vasco, el más antiguo de Europa.

RODNEY
GALLOP

(Para LA NACION)

LONDRES, enero de 1931.

MOLINEAUX

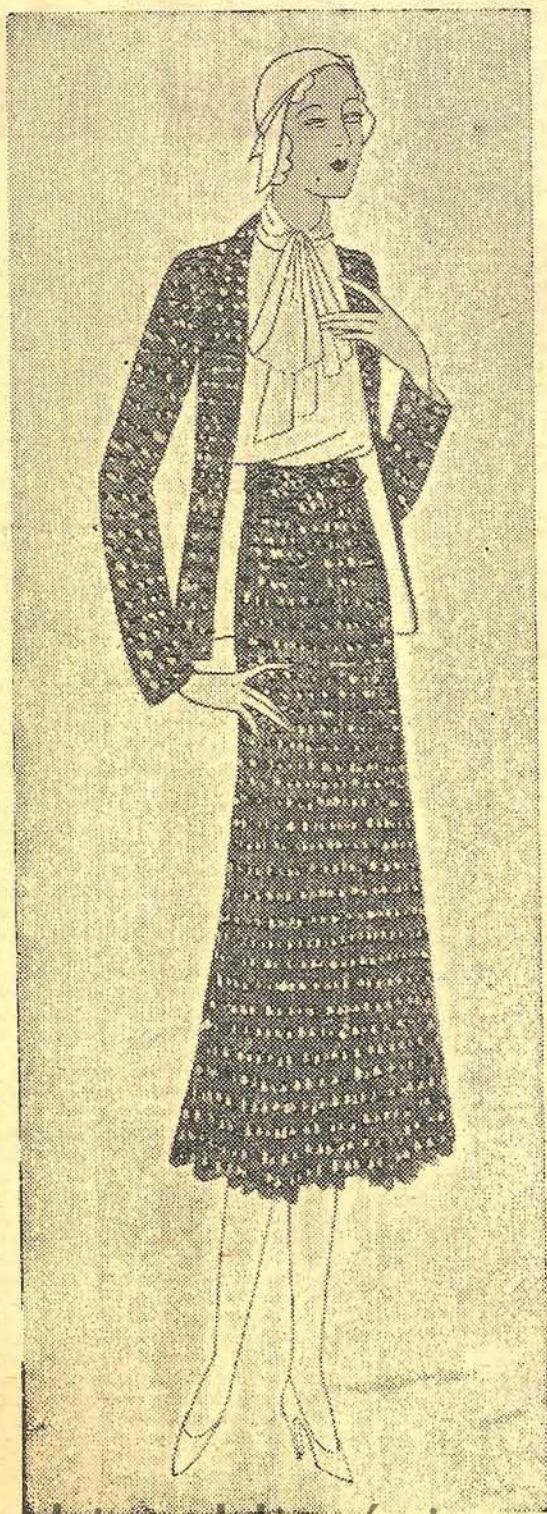
Modelo en "crêpe" de seda, con chaqueta corta y falda plisada. El cinturón es en la misma tela. Una elegante y sencilla "robe" para el verano puede llevarse con sombrero y guantes negros o marrones

MARIA GUY

Este sombrero en fieltro gris muy claro, deja ver parte del cabello en la frente despejada que encuadra en dobleces formando el ala. Como adorno lleva en la parte superior dos pompones de crin gris claro y negro

MIRANDE

Vestido en jersey jaspeado, verde, blanco y negro, con una blusa de satén blanco y una echarpe igual, la falda plegada.



DIBUJO DE REYNALDO LUZA

TEMPORADA DE VACACIONES EN INVIERNO

POR LA MARQUESA DE SAN CARLOS

UNA preocupación inquietaba últimamente el espíritu de las "parisiennes" ¿a dónde ir para pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo?... Es evidente que muchas de ellas debieron encontrar una solución agradable al problema que tantas tentaciones ofrecía y de diversos lugares nos llegan ya noticias muy simpáticas contándonos la vida y las ocupaciones de amigas que momentáneamente nos han abandonado yendo en busca de sol, del buen tiempo y también para descansar del ambiente agitado de la ciudad.

Cannes o Biarritz han sido, tal vez, los puntos de mayor atracción con objeto de pasar ocho o diez días fuera de París, mientras que en St. Moritz se prepara una larga y brillante temporada que sólo terminará con el deshielo en los últimos días de febrero y a continuación de la cual muchas de nosotras nos dirigiremos hacia la Costa Azul.

Este programa que parece tan sencillo y fácil de realizar, presenta una complicación del mayor interés, que se explica, con el deseo que todas tenemos de seguir "bien vestidas" y elegantes cuando nos hayamos separado de las "toilettes" propias de París.

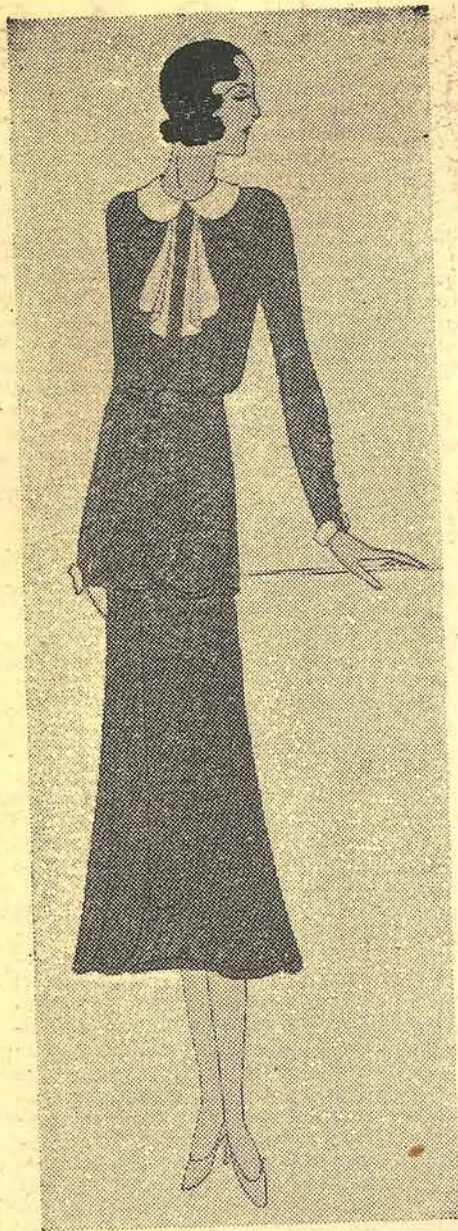
Empezamos por elegir los trajes o vestidos de viaje con abrigos formando conjunto y a veces forrados de piel. El marrón, gris oscuro y azul marino son los colores predilectos que más nos agradan. Un sombrero pequeño o el gorrito sencillo del mismo color, será el complemento de este conjunto, sin olvidar que los zapatos, guantes y bolso de mano, deberán buscar la nota de perfecta armonía que les corresponde.

■ ■ ■

El "sport" en la montaña es todavía y lo será durante algún tiempo, una costumbre de lujo y una originalidad de buen tono que aun no se ha vulgarizado a pesar de que cada año crece considerablemente el número de sus adeptos.

"Snobismo" sin duda, pero también verdadero placer, alegría sana e higiene, atracción a la novedad... Añadiremos a estas fuerzas de seducción, el instinto de coquetería como el más influyente, resultando que la temporada de las nieves tiene su moda, y las "vedettes deportivas" son al mismo tiempo las "vedettes" de la elegancia.

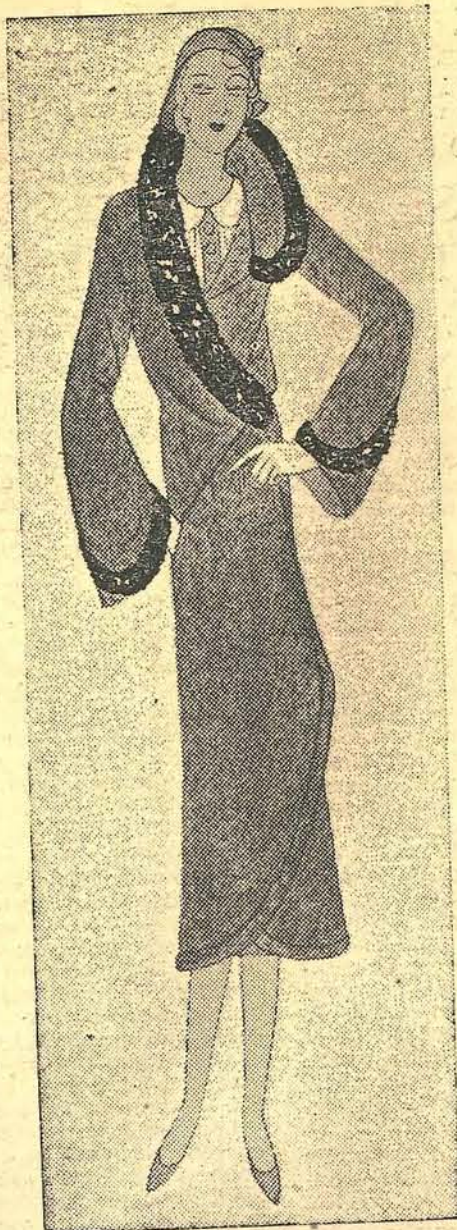
Las casas más importantes de costura crean ya todos los años modelos de trajes de "ski" que son origina



LUCIEN - LELONG

Vestido de lana jaspeada gris, con adornos en "crêpe de Chine" blanco y cinturón de cuero gris

Tapado de LELONG en lana jaspeada beige con piel de astrakán marrón



Modelo de la casa MIRANDE en jersey marrón, cuyo "tricot" es de colores vivos: rojo, negro, amarillo, azul y blanco. Este vestido será también para el "golf"

les y nuevos a la vez que prácticos, pues han sido estudiados con el conocimiento del deporte a que se destinan, con la ventaja de poseer, al mismo tiempo, esos detalles de elegancia y de buen gusto, seguros de existir donde aparece la firma de un gran costurero de París.

En St. Moritz el traje de "ski" es de absoluta necesidad y lo llevan lo mismo las que por una u otra razón no participan a los deportes de la nieve, asegurándonos que es el atavío más cómodo y que abriga mejor que cualquier otro, pero la verdadera razón se descubre viendo cuánto más bonita y elegante resulta la mujer que sabe vestirse con el traje adecuado al ambiente que la rodea!...

Preciosas combinaciones de "sweaters" y echarpes de colores vivos permiten efectos originales e inesperados, que aun mejor se destacan sobre la nieve.

Por la noche, esas mismas entusiastas de la montaña se convierten en coquetas mundanas que llegan en trineo al establecimiento de moda, donde bajo el resplandor de las luces nos sorprenden sus maravillosos vestidos, obras de arte de la costura "parisienne".

Faldas largas, siluetas finas y esbeltas... Entre la mujer deportiva de día y la mundana de noche, puede decirse que hay un mundo, así lo ha querido y lo ha realizado la noche.

■ ■ ■

Mientras que las unas escalan las cimas y gozan de la nieve, otras adelantan ya la primavera huyendo de las ciudades tristes y lluviosas para ir en busca del sol y de la suave claridad. Consigo se llevan allá donde hay rosas, los atavíos que admirábamos hace algunas semanas cuando nos los enseñaron los "mannequins" en las casas de costura. El deseo de pensar en cosas agradables y de olvidar la atmósfera de bruma, hace tal vez que jamás se hayan visto tantos colores de tonos claros. El azul más celeste y el rosa más delicado, parecen ser los dos colores en boga para las "toilettes" de primavera, y desde ahora serán nuestros predilectos cuando la posibilidad nos ofrezca un viaje por la Costa Azul.

El uso de una nota de color es la principal característica de la moda actual y puede asegurarse que es un hecho que se acentuará aún más llegando la primavera y tratándose, no obstante, de una moda individual, el color no podrá llegar a ser una cosa arbitraria. Es cierto que hay colores en boga y combinaciones de más popularidad que otras, pero todo estará admitido y así el carácter de un conjunto se verá modificado de tal modo, que varias señoras podrán llevar la misma "toilette" sin tener la impresión de uniformidad.

En algunos casos, los trajes de falda y chaqueta pueden resultar muy aventajados por la combinación de una bonita blusa. No olvidemos que las blusas vuelven a ocupar un lugar muy importante en las últimas colecciones, tanto para acompañar los trajes de "sport" como para dar una nota de detalle y de color a un traje oscuro. Las blusas de "sport" son frecuentemente cruzadas formando chaleco, mientras que las "de vestir" son complicadas de corte y a menudo se convierten en túnicas, permitiendo así un efecto muy lindo, cuando en ciertos momentos se suprime la chaqueta.

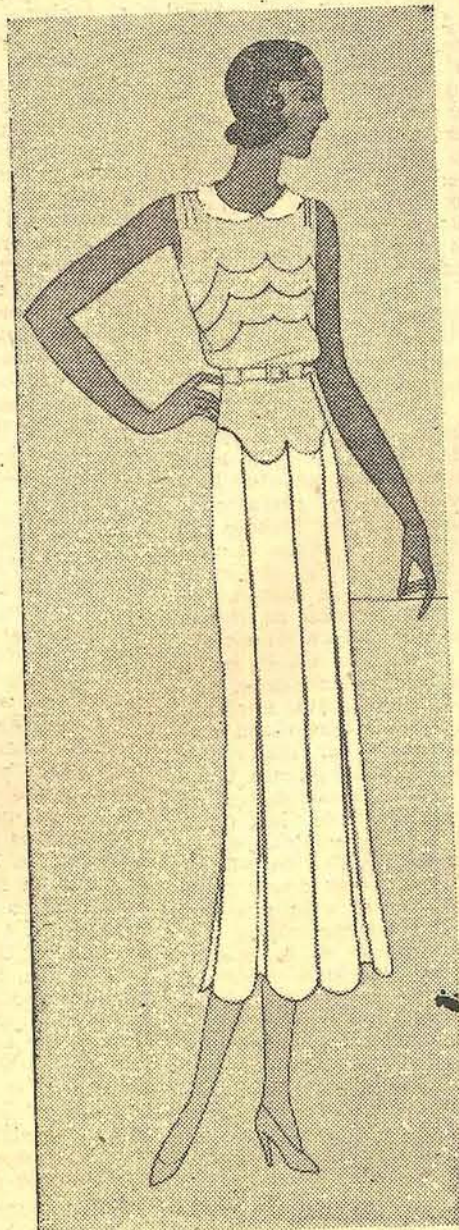
Las "toilettes" de tres piezas o sea falda, chaqueta y abrigo largo, pueden concebirse de diferente modo, siempre que el abrigo forme conjunto o que sea de un clasicismo que le permita ser llevado sobre varios trajes.

Y con estas ideas nos alejamos de París para acercarnos prematuramente, a una estación que esperamos con impaciencia.

(Para LA NACION)

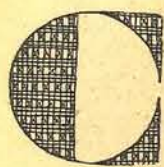
PARIS, enero de 1931.

Dos vestidos de tennis en "crêpe de Chine" blanco de la casa PATOU. Uno lleva un abriguito de punto, rojo



LA S M I L Y U N A A V E N T U R A S

CAPITULO XII



CUANDO D. Manuel González Prada, que se encontró a sí mismo dentro de la guerra del 79, golpeó mi tierra natal con su pie de gigante, brotó, como por arte de encantamiento, un grupo de escritores nuevos que, en el sentido de la tragedia, fué el coro griego que rodeó a quien, de esta suerte, apareció en el teatro político del Perú atrayendo la atención pública a la manera de un personaje central, que ejercía un a modo de apostolado con el auxilio de un buen número de discípulos.

Entre los escritores que actuaron al lado de D. Manuel González Prada señaláronse no pocos que alcanzaron luego personalidad propia. Don Germán Leguía y Martínez fué uno de ellos: cerebro poderoso, voluntad de acero, honradez catoniana, no hace mucho que ha muerto, imponiendo respeto a sus propios enemigos, que tienen que descubrirse silenciosos ante el recuerdo que me complace en levantar sobre las ruinas de un régimen, cuya zozobra empezó en el preciso momento en que le faltó el puntal de ese nombre, sinónimo de inteligencia, energía y honradez, esas tres cualidades indispensables para hacer, como en el caso también de D. Nicolás de Piérola, la inmortalidad de un repúblico.

Carlos Germán Amézaga fué un poeta de estro vibrante con cierta entonación heroica, a quien, como nacido unos veinte años antes de la guerra, deformó el gusto, la afición al epigrama, en que malgastó muchas veces su ingenio, dando sentido pedestre y expresión prosaica, con el solo propósito de merecer una sonrisa picaresca, a asuntos poemáticos de la calidad sombría y coruscante de "La Procesión del Señor de los Milagros", que hace el efecto de un gran cuadro de Zurbarán o Rivera visto en un espejo cóncavo o convexo, que devolviera la imagen caricaturizada. La mejor obra de arte de Carlos G. Amézaga es un extenso poema titulado "Los Niños", que, adivinándose, cuando recién yo empezaba, él tuvo el acierto de dedicarme: ese poema, que yo no he visto recogido hasta ahora en ninguna antología es, de todos los de Amézaga, el que me gustaría más que fuese mío.

Victor González Mantilla, gran poeta taciturno, conocido por antonomasia como el poeta de la "Cautiva", estaba dotado singularmente de lo que pudiera llamarse un talento poético, nutrido, en este caso, de sólida cultura derivada, sobre todo, de los maestros ingleses: sumó él, en mi concepto, remozándolas, todas las cualidades líricas de Márquez, Salaverry y Althaus, siendo autor de numerosos poemas, comparables con los mejores de nuestra América en su tiempo.

Luis Felipe Ulloa, gran estilista y poeta notable, fué, como tengo dicho, el verdadero precursor del "Modernismo" en el Perú, y hoy es historiógrafo de resonancia universal, empeñado como está en españolizar a Colón.

Teobaldo Elías Corpancho, hombre de la generación de González Prada y heredero de la lírica romántica de su ilustre padre, es autor de poemas de tan fina factura como "La Samaritana", en que el agua de la tolerancia es escanciada en estrofas del más puro cristal. Este temperamento elegante ha sabido, al contacto de sus compañeros de lucha, moldear ciertos sonetos broncíneos que con el título fulminante de "Rayos Olímpicos" él guarda inéditos y que a mí se

PRENSA Y TEATROS DE FIN DE SIGLO

POR
JOSE
SANTOS
CHOCANO

me antojan hierros candentes que con la marca de Juvenal hacen chirriar las carnes de la corrupción criolla. Recuerdo uno en que el agio judío de cierto comprador de montepíos, dueño de una suntuosa joyería de la Lima de entonces, logra que por arte de alquimia inmisericorde las lágrimas de las viudas y de los huérfanos se le conviertan en diamantes...

Carlos Rey de Castro es el crítico que en tal grupo se destaca, con la autoridad que le diera su afinada inteligencia y su disciplinado buen gusto.

¿Para qué más nombres? Todos estos escritores fueron arrebatados a los campos de la literatura por el minotauro de la política.

La acción de González Prada y su coro de nuevos escritores se hizo sentir con frecuencia en el periodismo nacional, pero no llegó a dominarlo. No todos fueron en tal acción periódicos efímeros ni hojas eventuales: el grupo radical llegó a tener dos expresiones permanentes en el semanario "Integridad" que dirigiera Abelardo M. Gamarra—y en el cual publiqué yo no pocos de mis poemas iniciales—y el semanario "Idea Libre", que dirigiera Glicerio Tassara, y algunos de cuyos números fueron dirigidos por el propio González Prada.

No es del caso recordar luchas apasionadas que originaron uno y otro semanario, en los que predominó siempre el interés de decir claramente la verdad.

Contemplada con desapasionamiento la vida periodística del Perú, después de la guerra del 79, tiene que reconocerse que el órgano de información más copiosa es "El Comercio" y el periodista más destacado es el Dr. D. Andrés Avelino Aramburú.

Respecto a "El Comercio"—diario que me es hostil, como lo fué D. Manuel González Prada—me abstengo de emitir opiniones ni proporcionar datos que pudieran atribuirse a propósitos de represalia. Dejo constancia histórica de que he llenado páginas enteras de dicho periódico, en verso y prosa, con publicaciones de carácter sólo artístico o patriótico; pero la mano con que le presté esas colaboraciones no recogió jamás de las ventanillas de la administración una sola moneda de tal empresa comercial.

Respecto a Andrés Avelino Aramburú, su recuerdo personal se dibuja en el ambiente de aquella época con caracteres indelebles. Alguien le hubo de comparar con Girardin. Era, en verdad, un tipo perfecto de atildado periodista francés. El estilo era en él como el vestido bien cortado con que exhibía sus ideas, en la misma forma en que paseaba su figura elegante por las calles céntricas de la ciudad. Así su estilo era pulcro, móvil, nervioso, brillante. Su elogio oía a rosas; su ataque era hecho con florete esgrimido por mano calzada siempre con guante blanco. Yo no he conocido, en el tiempo que llevo de vida, a un periodista más completo, en la acepción polifásica de tal palabra. El era un director de periódico con el más práctico sentido de organización y sin el menor abuso ni la menor presión de autoridad. Escribía íntegramente su periódico, "La Opinión Nacional", renovándose todos los días, desde el editorial hasta la sátira política, que nunca tuvo en el Perú una expresión de mejor gusto que la que tal periodista hubo de darle en su sección, humorísticamente titulada "Mentiras y Candideces".

Nunca recibí del Dr. Aram-

burú nada que pudiera hacer aparecer parcializado mi juicio, resueltamente favorable para él. Como buen periodista, era un gran captador de voluntades, sugestivo, simpático, envolvente. A la brumosa profundidad germana, prefería él la sonriente superficialidad francesa. Aristócrata en el fondo de su espíritu, caminaba por en medio de las prácticas democráticas con un gesto de gran señor, que ha renunciado voluntariamente a sus títulos y no quiere distinguirse de los demás sino por la elevación de su talento. Así es cómo su diario no era un órgano de información, sino —al margen de todas las opiniones que vertiera, muchas veces contradictorias como la vida misma— lo que podría llamarse, propiamente, una hoja de lectura selecta, sobre el panorama circunstancial. Si Aramburú hubiese universalizado su pluma y literatizado su labor, cronista tan maravilloso pudiera haber sido que Enrique Gómez Carrillo tuviera, sin duda, como su antecesor.

Me di el gusto de conocerle además en otro aspecto: Aramburú era un orador mágico, que con igual facilidad y gallardía tribunicia improvisaba una arenga popular, como, en ágape anacreónico, sabía ceñir con su palabra lauros a las frentes recias y mirtos a las cabelleras venusinas. Era un limeño antiguo, en cuyos labios y en cuya pluma cobraba vida nueva la pompa virreinal.

Descontada "La Opinión Nacional" que tenía el aspecto y el espíritu inconfundible de su director, la prensa toda de Lima, hasta las postrimerías de la pasada centuria, ofrecía un fondo rancio bajo una forma anquilosada. Un editorial curulesco, unas notas del día inspidas y poco alimenticias como oleas, una longaniza de cablegramas sin la menor distinción ni orden preferencial, las resoluciones oficiales de la vispera, una crónica muy grave sobre todos los asuntos sin importancia ocurridos en las calles con una mezcla de notas de sociedad y sucesos de policía, una que otra reseña de espectáculos, la insoportable correspondencia del Callao; y, finalmente, una sección abierta al público con alta tarifa, bajo el falso título de "Intereses generales", así como otra sección de la misma índole, a baja tarifa, con el expresivo título de "Comunicados", en que, a través de disputas personales, se vaciaban todos los detritus de las bajas pasiones de la Capital: a manera de folletín, en la parte inferior de todas las páginas, publicábase el "Diario de los Debates" que solían pagar muy bien—y hasta por dos veces, bajo cuerda— las inútiles y apócrifas Cámaras de Diputados y Senadores de la República. La primera y la última página del diario típico de tal época eran siempre de avisos. Así es como D. Manuel González Prada me dijo un día, con su estilo siempre sentencioso, refiriéndose a un diario que no quiero nombrar: "Es un 'sandwich' de lengua podrida y aprensada entre dos rebanadas secas del pan nuestro de cada día". Sería injusto especializar el concepto, y referirlo a uno solo de los diarios limeños de entonces.

Había, pues, que inyectar vida nueva a la prensa nacional.

Se imponía la necesidad de romper con el tradicionalismo retardatario, que oponía, en fondo y forma, gran resistencia a toda innovación, por insignificante que ésta fuera. La empresa no dejaba de ser quijotesca; y confieso que, naturalmente, hablé a mi fantasía y sedujo a mi audacia.

Fundé con mi propio esfuerzo y sin más positivo capital que mi juventud, un diario nuevo, con el nombre de "El Siglo XX", cuando aun estaba lejos de asomarse el primer sol de este siglo.

Con poco más de veintinueve años de edad, fui director y propietario de este periódico, que vivió algunos meses gracias sólo al favor público y que al desaparecer, por falta de todo capital de resistencia y de todo auxilio extraño a mi exclusiva voluntad, dejó planeada la transformación que luego hubo de sobrevenir en el periodismo nacional.

Como mi temperamento combativo de entonces sobrado estaba de energía, busqué para equilibrarlo la colaboración de la madura sesudez del Dr. Heráclides Pérez; y derramé sobre las olas siempre encrespadas de mi natural turbulencia, el óleo tranquilizador de escritor tan moderada como fué Da. Lastenia La Riva de Llonza.

Los estudiosos que en la Biblioteca Nacional de Lima repasan la colección del "Siglo XX", formada por dos ediciones diarias durante varios meses, se sorprenderán si la comparan con la de los demás diarios de tal época.

Tomando como modelos los diarios de Méjico — pues los de la Argentina eran ya, desde entonces, familiares en Lima — traté de remozar el espíritu del diarismo en mi país, dándole movilidad y variedad, llevando éstas también al aspecto material, esto es, al formato y distribución de la lectura. No es el caso de hacerme un elogio a mí mismo por lo que se refiere al esfuerzo que hube de realizar en "El Siglo XX"; pero los estudiosos podrían encontrar muy curiosas observaciones que anotar al respecto. Para no referirme sino a pormenores de orden material, afirmo — enfáticamente, como parece ser que se ha puesto de moda el hacerlo — que "El Siglo XX" fué el primer periódico en Lima en donde se publicaron notas de "Vida Social" y notas de "Vida Obrera"; y "El Siglo XX" fué el primer diario que tuvo la osadía de publicar en Lima artículos con titulares a dos y tres columnas y cablegramas separados con encabezamientos distintivos. Con prescindencia del orden espiritual, "El Siglo XX" fué el primer diario en Lima que no se presentó como un embutido de noticias, sino que desintegró toda su lectura y la ofreció en manifestaciones distintas, infundiendo a cada una su respectiva vida propia, tal como ocurre en el periodismo moderno.

Miembro de la redacción de "El Comercio", que también lo fué de la de "El Siglo XX" — Marcial Helguero y Paz Soldán — podría desmentirme.

Así como he hecho constar que fui yo quien primero usó fotografías en el periodismo ilustrado del Perú, hago constar también que fui yo quien en el Perú hizo, con "El Siglo XX", el primer ensayo de periodismo moderno.

Recuerdo que me viene atraído por el ambiente literario en que me estoy moviendo, es el de la más alta figura del Arte escénico español, que por aquel entonces vino a cerrar la trayectoria de su vida en una jira

que alcanzó a hacer a través de toda nuestra América. He mencionado a D. Antonio Vico.

Vencido por la edad, paseó su Arte con la melancolía y el orgullo de quien se siente solo que va a ponerse.

Tenía él, cuando le conocí y traté, gran parecido, en rostro y cuerpo, con Rubén Darío en los últimos años. Movíase parsimoniosamente; y hablaba con una voz enronquecida por los años, que sonaba a manera de una campana rota. Bajo sus espesas cejas — sombra única en la palidez de su faz rasurada — solían moverse como por un resorte los encendidos ojos, que iban del uno al otro lado en busca de algo que no encontraron nunca...

Sombra de sí mismo, tenía él en su trato la majestad doliente de un Rey descoronado. Actor trágico por excelencia, sentíase él movido en nuestra América por el soplo de la Fatalidad griega y parecía esconder bajo la bóveda de su frente la respuesta a la Esfinge, según era su actitud y según era su ritmo, que lo hacían aparecer en su propia vida como un héroe de Sófocles y Esquilo.

Hube yo de escribir para la prensa críticas de su Arte, en forma que le movieron a expresarme su reconocimiento con el deseo de conocerme y tratarme. Me impresionó como hombre no menos intensamente que como actor en los momentos culminantes de su Arte. Comprendía que su tragedia interior era tan grande como las mayores que fingía en la escena. Un celeste presagio le hacía aparecer a mis ojos seguro de llevar en su Compañía, como primera dama, a la Muerte.

Trasgado, dolido, neurasténico, ofrecíase él mismo como un protagonista admirable para un drama de la gloria sometida al trabajo por la necesidad.

Después de verle como actor y tratarle como hombre, don Antonio Vico me hizo pensar que tenía él buena parte de responsabilidad en los excesos del teatro de Echegaray. "O locura o Santidad" no podía haber sido concebida como tragedia que es, sino a través de las condiciones artísticas y personales de D. Antonio Vico. Personalidad hercúlea invita a que se le cifa con pesada armadura.

A pesar de sus años, de sus injustas mortificaciones y de sus explicables cóleras, D. Antonio Vico, cuando quería — o, quizá, sin querer — dejaba adivinar, con un botón de muestra, el florido rosar de su Arte, en que el corazón salpicaba entre espigas cuajarones de sangre. La hoguera encendida en el espíritu de ese artista formidable, vino a apagarse en nuestra América; pero cualquiera de sus últimos chispazos era bastante para producir un incendio de entusiasmo, en que los públicos electrizados se ponían de pie como un solo hombre, para ovacionar a quien muchas veces con el gesto de un instante hacía olvidar tres horas de su aburrimiento.

Durante siete representaciones teatrales, estaba D. Antonio Vico desdeñoso para consigo mismo y poco menos que intolerante; pero en la octava representación y cuando el contagioso bostezo apenas se disimulaba bajo el abanico de las damas o contra el pañuelo apretado de los caballeros, el león que dormía en el desierto del esplín del gran artista, se despertaba... y un zarpazo, un sacudimiento de melena, un rugido, una expresión cualquiera ponía un calofrío unánime que hacía vibrar los nervios de todo el público, como si una varilla recorriese las cuerdas de un arpa.

Yo he visto hacer a D. Antonio Vico la famosa escena del diván, en el segundo acto de "Un drama nuevo", de Tamayo y Baus, en forma y de

ANDRES ESPINOSA, EL SOLITARIO DE LAS CUMBRES SUS RECIENTES EXCURSIONES AL SINAI Y AL KILIMANJARO



Andrés Avelino Aramburu

manera como fuera imposible que intentara hacerlo igual ningún otro actor.

Yo he visto hacer a D. Antonio Vico un detalle cualquiera, en la lectura de la carta reveladora de la traición en "Juan José", de Dicenta, que valía, como expresión de estado de alma, por el drama entero.

Yo he visto hacer a D. Antonio Vico, con sus largos sesenta años, el "Don Juan Tenorio" de Zorrilla, como mejor no se lo he visto a nadie.

Por eso es que, lejos de extrañarme, me confirmé en el alto aprecio en que tengo como artista insuperable en su Arte a D. Enrique Borrás, al ver, a manera de único adorno, en el camarín de éste, cuando su última visita a Lima, el retrato de D. Antonio Vico. Felicite al gran Borrás por ello; y él me dijo, serenamente:—El es el único...

Dios ha guardado bien en mis recuerdos — como se ve — a Don Antonio Vico, el Único.

(Continuaré)

El famoso actor español Antonio Vico



EL PRINCIPE QUE MURIO DE AMOR

(Continuación de la pág. 12)

Doña Juana de Austria no supo la muerte del marido sino pasados diez y ocho días de haber dado a luz una criatura (20 de enero de 1554) que fué el glorioso y malogrado príncipe Don Sebastián. En el doble dolor de su viudez y de su pretendida responsabilidad — que no le ocultaron — de la muerte del príncipe Don Juan, la pobre princesa, deshecha en lágrimas, quiso cortarse los cabellos, lo que entonces (cómo cambian los tiem-



N el pueblo de Amorebieta, situado a unos veinte kilómetros de Bilbao, se recibió el domingo 26 de octubre, con gran algazara y con un sincero entusiasmo, al "solitario" Andrés Espinosa Echevarría. Amorebieta es su pueblo natal y allí acudieron representaciones de todos los clubs deportivos del País Vasco y un número crecido de socios de la Federación Vasco Navarra de Alpinismo, para saludar a Espinosa y para ofrecerle, en una gran masa, toda su admiración y simpatía.

El caso de Espinosa es extraordinario. Un mozo de 27 años, alto, enjuto, fuerte y decidido, que realiza completamente solo y sin apenas recursos económicos, las más arriesgadas excursiones de montaña.

De una voluntad de hierro, de una sobriedad que apenas puede explicarse, Espinosa tiene ya un historial de cumbres que muy pocos habrán igualado en el mundo.

Las montañas del País Vasco, que ha recorrido cien veces, le hablaron de horizontes nuevos. Ha escalado todo lo que hay que escalar en España. A continuación coronó el Teide, que como las mujeres canarias, según la copla popular, "tiene nieve en el semblante y fuego en el corazón".

Los Pirineos le vieron más tarde, siempre solo, sin guías y con su modesta provisión de frutas secas, en lo alto de todas las agujas de la cordillera. Luego, los Alpes. Subió el Mont Blanc y el Cervino con una facilidad desconcertante, orientándose con su maravilloso instinto de paloma mensajera...

Esta última expedición le abrió, ya definitivamente, las puertas de la fama alpina. Se habló de él en todos los periódicos españoles y la narración que hizo de su viaje en la revista especializada "Pyrenica" puso de relieve las extraordinarias dificultades que había encontrado en su intento, llevado a cabo por último felizmente, y la energía que había tenido que desplegar para vencerlas. Realizó esta excursión, precisamente, en una época en la que los accidentes habían sido numerosos. Los guías consideraban su expedición solitaria como el proyecto de un loco. Pero él contaba

con sus inagotables recursos de voluntad y con su espíritu de héroe. Subió, recorrió aquellas crestas, bajó y contó luego lo que había visto, con la sencillez y la gracia que le acompañan siempre.

Ahora se le ha recibido de regreso de una expedición de mayores vuelos. Cuando volvió de los Alpes, le preguntábamos:

—¿Y ahora qué va a hacer usted?

Espinosa sonreía. El tenía un proyecto de gran envergadura. Pero no quería decir nada.

—Es difícil salir de Bilbao. Esto es lo más difícil... Todo lo demás es sencillo.

Se refería, probablemente, a la sujeción de su empleo—casi el último de a bordo, en una modesta tienda de telas—y a la resistencia que encontraba en su familia, alarmada e in-

biertas que hervían de emigrantes árabes y negros, sin por su cuerpo, su manta y el cielo. La ascensión al Kilimanjaro la hizo después de nueve días y ocho noches de marcha, solo por una región salvaje aun, en la que abundan las fieras y en la que acecha siempre la mosca del sueño.

Todavía se conocen pocos detalles de su expedición, que reserva en exclusiva para un gran diario de Madrid. Pero algunas cartas que ha dirigido a sus amigos anticipan ya que la escalada resultó penosísima y que Espinosa fué durante ella el hombre de recursos ilimitados para la lucha, frente a frente con todos los rigores de la tierra.

Espinosa se desprende en sus ascensiones de todo lo superfluo. Y lo superfluo es para él lo que para todos los demás parece imprescindible. Sube

huían y se ocultaban seguramente sin que yo me diera cuenta. Yo atravesaba la selva completamente solo, sin ver nada, pero sentía la impresión de que los rebaños de elefantes contemplaban, ocultos, mi paso por aquellos lugares. Una impresión muy parecida a la que se tiene recorriendo una vieja calle de una vieja ciudad mahometana; todo en silencio, todo sin nadie, pero sintiendo que desde cada celosía todo un mundo metido en sombras y en silencio contempla nuestra marcha.

Y sus observaciones y los detalles con que enriquece sus relatos son de una fuerza y de una emoción extraordinarias.

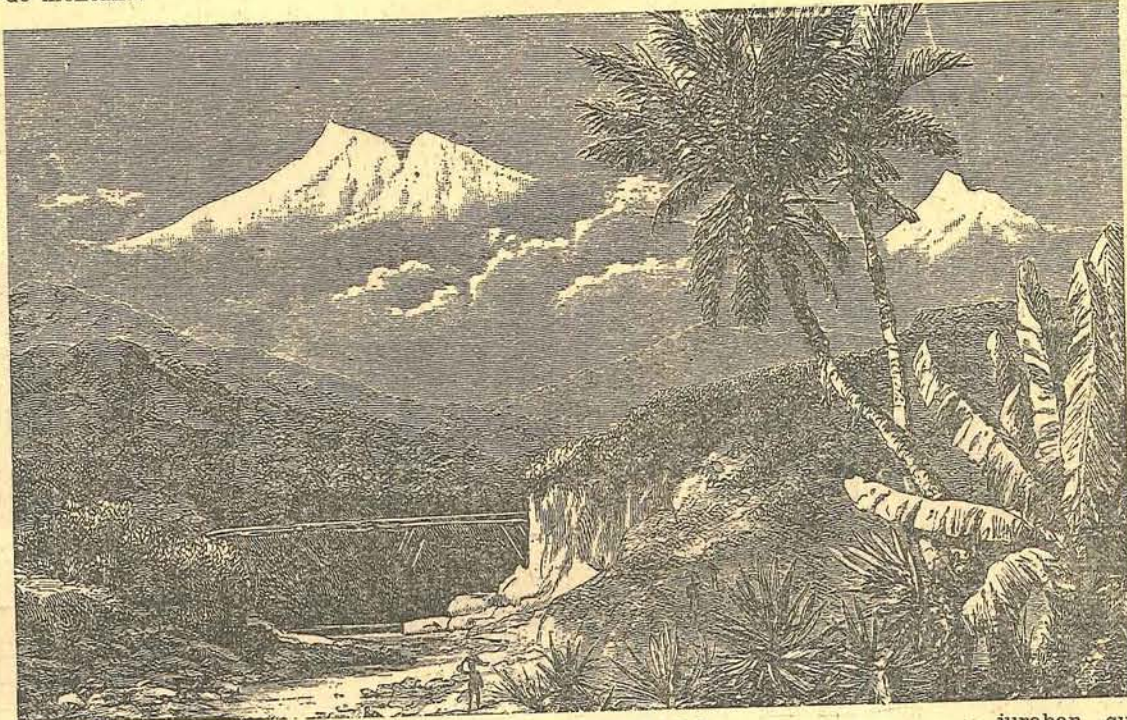
De su capacidad para adaptarse a todo y para vivir en cualquier medio, puede dar fe, entre otras cosas, este episodio que nos cuenta:

—En El Cairo tomé un barco para trasladarme a Mombassa. Mi billete era de cuarta clase y pagué por él cuatro libras. Ibamos en cubierta, amontonados todos los que teníamos que reducir nuestro confort a ese límite: mucho negro, mucho hindú, algún hebreo y yo. Nos servían un rancho que debía ser infecto porque todos mis compañeros de camarote — el aire libre y la luna en lo alto — rechazaban indignados la comida. Los hebreos, de una manera especial,

juraban que el capitán pretendía desembarcar cadáveres al final del viaje. A mí, en cambio, todo me parecía bien. Y comía magníficamente. Después de mis marchas por el desierto y por el macizo del Sinai, comiendo o no comiendo, bebiendo o no bebiendo, marchando días y días en todo caso, aquello me parecía hasta principesco.

Prepara ahora Espinosa sus conferencias y sus artículos, que toda España espera con extraordinario interés. Es un Gerbault de tierra, lleno de audacia, hambriento de emociones, con un espíritu abierto y optimista. Su gran fe religiosa es su compañera inseparable. El afronta todos los riesgos con absoluta confianza. Está seguro que en el momento más difícil un ángel bajará a ayudarlo.

Está seguro que el ángel ya le ha salvado de la muerte muchas veces.



EL KILIMANJARO

tranquila siempre ante su audacia.

Pero un día desapareció de Bilbao. Había abandonado su puesto en el mostrador de la tienda; había reunido un número limitadísimo de pesetas, producto de sus ahorros, y navegaba rumbo al Monte Sinai, llevado por su misticismo religioso. Solo, siempre solo, ha atravesado el desierto que se interpone ante la cumbre bíblica; y a continuación, siguiendo su idea, se dirigió al África oriental para coronar el Kilimanjaro, la cima más alta de aquel continente.

Espinosa ha realizado esta última hazaña en tales condiciones de desamparo, con tal limitación de recursos, que parece inexplicable. Ha viajado en barcos de fortuna; en cu-

con su traje de montaña, ligerísimo, y con una mochila. De esa forma se defiende contra el frío de las cumbres y atiende a su alimentación durante días y días. Ni una manta. Así ha dormido al aire libre muchas noches en temperaturas de diez bajo cero.

Es un gran observador y un hombre preparado para las emociones más sutiles.

—¿Ha encontrado usted fieras subiendo al Kilimanjaro? —acabamos de preguntarle.

—Las he visto, pero de lejos. La selva en la zona media del Kilimanjaro debe estar llena de elefantes, porque podía comprobar sus huellas recientes y gran cantidad de excrementos frescos. Pero estos paquidermos que, como usted sabe, tienen un olfato finísimo,

JACINTO MIQUELARENA

(Para LA NACION) BILBAO, enero de 1931

aún más doloroso — de un hijo recién nacido. Llegada a su país, nunca jamás abandonó las ropas de viuda. Fría, ceremoniosa, exaltada por el orgullo de raza — refiere Flores, "Reinas Católicas", II, 873 — andaba tan cuidadosamente velada y arrebujada de negro, que a cada paso, para ser reconocida, tenía que decir: "Yo soy la princesa". Brantome, que la visitó, que le habló de su hijo — tan parecido a ella — la describe, en sus "Femmes Galantes", "os tentative et fiere á la mode espagnole". Pensó aún, casi a los cuarenta años, en la gloria de ceñir la corona de Francia, por casa-

miento con Carlos IX, el tuberculoso siniestro del que nos queda un busto tristemente expresivo de Pilón; pero Catalina de Médicis la encontró vieja y no la quiso para nuera. Perdida la última esperanza de realeza, Juana de Austria, cuya fisonomía el maestro de Utrecht interpretó maravillosamente, se recogió en el convento de las franciscanas descalzas de Santa Clara, en Madrid, donde melómana piadosa, fundó una capilla de música, y allí, a través de la reja dorada del coro, oyendo los motetes de Cipriano, serenamente, beatamente, murió. El día en que la enterraron — dice el

cronista Baião — su bello cuerpo, que matara de amor a un príncipe, olía a incienso y a rosas.

POLVO
VASENOL
ANTI-SUDORAL
PARA LOS
PIES, MANOS
Y AXILAS

EL NOVIO DE ROSITA

Va ve que he cumplido. El traje le queda que ni pintado. Además, el sombrero imitación Panamá, la corbata, el chaleco de fantasía y los guantes, hacen juego entre sí. Cuando aparezca en el corso con su novia, las otras chicas la envidiarán. Y todo por 85 \$: 5 al contado y el resto en 16 cuotas.

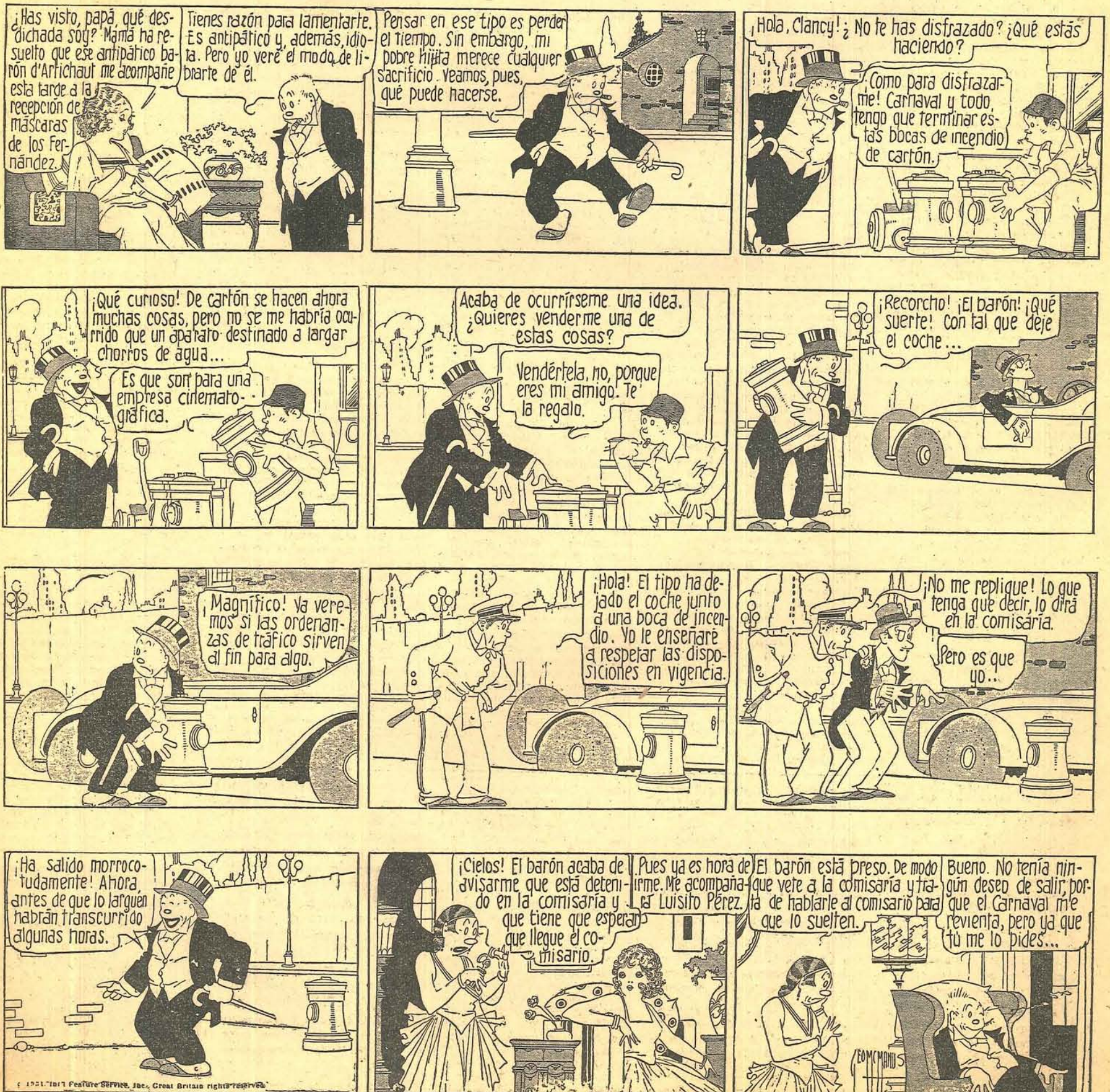
¡Cáspita! Es en verdad una pichincha. Rosita se va a quedar boquiabierta.

Con este conjunto de 85 \$ debo parecer un millonario.



EN DEFENSA DE DORITA

Dibujos de GEO McMANUS



El misterioso crimen del escarabajo

CAPITULO XVII



L comisario alzó los brazos y los dejó caer con ademán infinito de resignación. Luego subió la escalera y minutos

después regresó en compañía de Scarlett.

Vance acercó varias sillas. Por la grave seriedad de su gesto comprendí que atribuía gran importancia a la conferencia con Scarlett. No adiviné de momento sus planes ni tampoco la razón de que hubiese elegido a Scarlett para obtener los informes que necesitaba. Pero antes de que transcurriera el día supe los motivos en cuestión. Con ingenio y perspicacia sutiles, mi amigo había acudido al único hombre que se hallaba en condiciones de proporcionarle los datos imprescindibles para la solución del asesinato de Kyle. Y las cosas que Vance oyó de labios de Scarlett contribuyeron por modo fundamental a despejar la misteriosa incógnita.

Vance dió cuenta a Scarlett sin preámbulos de la modificación del "status" de Bliss.

—Mr. Markham ha acordado aplazar la detención del doctor. Las pruebas que en este instante poseemos son de índole profundamente contradictoria. Hemos descubierto varios pormenores que arrojan serias dudas acerca de la culpabilidad del doctor desde el punto de vista legal. Hemos llegado, en definitiva, a la conclusión de que precisamos realizar investigaciones más amplias antes de poder adoptar una medida concreta.

Scarlett pareció muy aliviado.

—¿No sabe usted lo que me alegro de oírsele decir, Vance! — exclamó —. No es posible pensar en la culpabilidad del doctor Bliss. ¿Por qué iba a cometer un crimen tan absurdo? Kyle era su bienhechor, y...

—¿Tiene usted alguna opinión personal sobre el asunto? — le interrumpió Vance.

Scarlett negó gravemente.

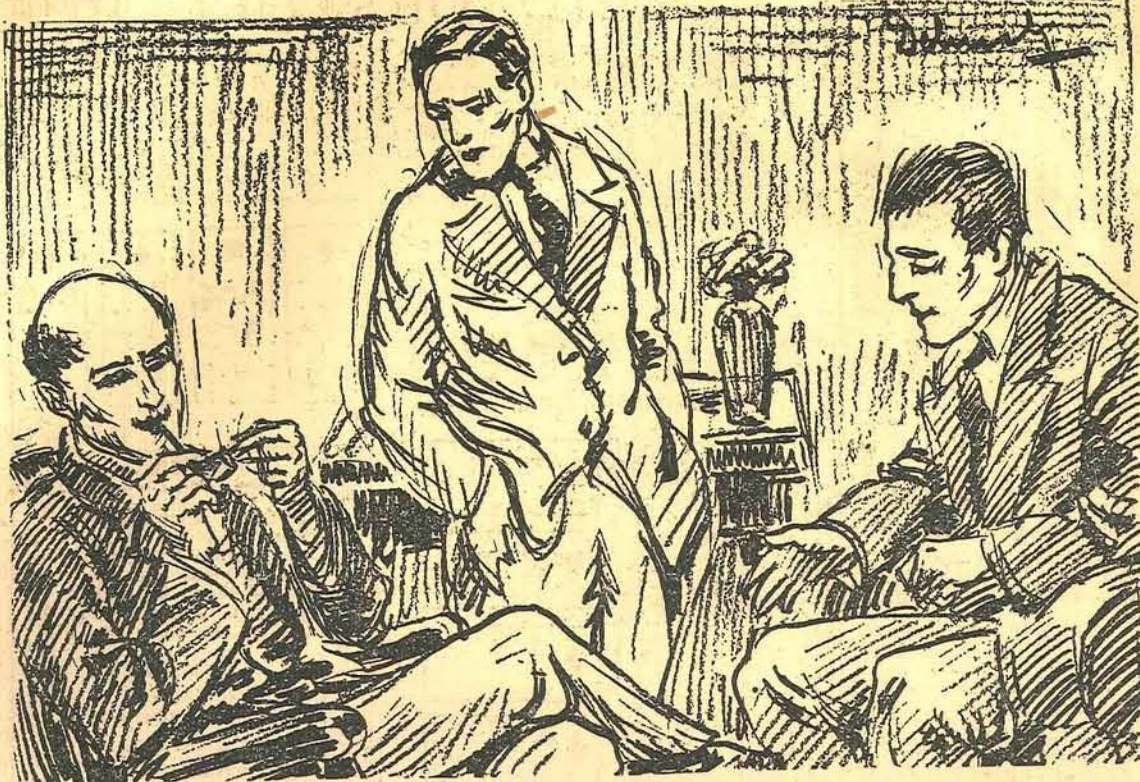
—Ni siquiera un asomo de idea. El crimen me ha dejado anonadado. No puedo concebir cómo ha ocurrido.

—Todo se presenta misterioso, en efecto... — murmuró Vance —. No será forzoso descubrir la verdad a través del hallazgo de los motivos, y por eso precisamente hemos acudido a usted. Necesitamos saber la situación interior, las relaciones mutuas de las personas que aquí viven. Dada su condición de extranjero en cierto modo a la familia, usted podrá facilitar valiosamente nuestros proyectos. Le oí a usted mencionar, por ejemplo, la afectuosa intimidad que existía entre Kyle y el padre de la señora Bliss. ¿Quiere usted referirnos todo lo que sepa en relación con ello?

—Se trata de una historia un tanto romántica, pero sencillísima al mismo tiempo — respondió Scarlett.

Hizo una pausa, se quitó de la boca la pipa, la encendió reposadamente y siguió así:

—Ya conocen ustedes la historia del viejo Abercrombie, el padre de Meryt. Marchó a Egipto en 1885 y al año siguiente se convirtió en ayudante de Grebaut cuando Sir Gastón Maspere regresó a Francia para ocupar de nuevo su cátedra en el "Collège de France". Maspere volvió a Egipto en 1889 y conservó la dirección del "Service des Anti-



quités", de El Cairo, hasta que en 1914 presentó la dimisión al ser elegido secretario permanente de la "Académie des Inscriptions et Belles Lettres" de París. Abercrombie sucedió entonces a Maspere en el cargo de director de Antigüedades del Museo de El Cairo. En 1898 había contraído matrimonio con una dama copta. Meryt nació dos años después, en 1900.

La pipa de Scarlett no andaba bien. Tuvo que encender dos cerillas para prenderla de nuevo.

—Kyle apareció en escena cuatro años antes del nacimiento de Meryt—prosiguió—. Fué a Egipto en 1896 como representante de un grupo de banqueros neoyorquinos que tenían intereses financieros en el proyecto de riego del Nilo. (Scarlett se refería al sistema de irrigación que cristalizó en la construcción de diversas represas y canales). Conoció a Abercrombie, a la sazón ayudante de Grebaut, y ambos llegaron bien pronto a ser amigos fraternos. Kyle volvió a Egipto casi todos los años hasta la terminación de las obras hidráulicas, o sea hasta 1902. Fué, naturalmente, presentado a la dama copta que iba a convertirse poco después en esposa de Abercrombie, y tengo poderosas razones para creer que se prendó de ella. Sin embargo, como era un caballero y como Abercrombie era amigo suyo, mantuvo sus sentimientos dentro de los límites de la más perfecta corrección. Cuando la madre murió al dar a luz a Meryt, trasladó todo el afecto que aquella le inspiraba a la criatura. Hizo de padre adoptivo suyo y la rodeó de atenciones y mimos como si se tratara de su propia hija. Kyle sabía ser un gran señor.

—¿Y Bliss?

Bliss fué a Egipto por vez primera en el invierno de 1913. Trató relación con Abercrombie y se hicieron también amigos. Meryt contaba por entonces trece años de edad. El joven Salveter presentó a Bliss a su tío, y en el invierno de 1921-22 quedó organizada la primera expedición egiptológica. Bliss. Abercrombie falleció en el verano de 1922 y Meryt quedó bajo la tutela de Hani, viejo servidor de confianza de la familia de la madre. La segunda expedición Bliss se realizó en 1922-23. Bliss se encontró de nuevo con Meryt, que tenía por entonces veintitrés años, y en la primavera siguiente se casaron... Usted conoció a Meryt, Vance, en ocasión de la expedición tercera de Bliss, en 1924. Bliss trajo a su mujer a América del Norte al terminar la se-

gunda expedición, y el año pasado incorporó a Hani al personal de aquella. Hani desempeñaba entonces el cargo de subinspector de antigüedades nombrado por el gobierno egipcio. Y estas son, en resumen, las relaciones que existían entre Bliss y Kyle y Abercrombie y Meryt. ¿Es esto lo que quería usted saber?

—Exactamente — respondió Vance sacudiendo con aire pensativo la ceniza de su cigarrillo. Dicho en dos palabras, que Kyle sentía interés por la esposa de Bliss a causa del amor que le había inspirado su madre, y que no cabe por consecuencia duda de que entre las razones que le movían a financiar las expediciones de Bliss figuraba la de que el doctor Bliss se hubiera casado con la hija de su perdido amor. ¿No es cierto?

—La suposición es perfectamente razonable.

—En tal caso, hay que pensar también que Kyle no habrá probablemente olvidado en su testamento a la esposa del doctor Bliss. ¿Sabe usted por casualidad, Scarlett, si hay algo al respecto?

—Según tengo entendido, Kyle deja a Meryt una considerable fortuna. Lo sé únicamente porque me lo dijo un día Hani, exultante de satisfacción. No ignoran ustedes que Hani siente por Meryt una devoción que pudiéramos calificar de peruna.

—¿Y en cuanto a Salveter?

—Me imagino que Kyle se habrá mostrado asimismo generoso con él. Kyle era soltero—ignoro hasta qué punto se debería ello a su lealtad a la memoria de la madre de Meryt—y no tenía más sobrino que Salveter. Además, le quería entrañablemente. Soy de opinión que cuando se abra el testamento de Kyle veremos que deja a Meryt y Salveter herencias iguales.

Vance se volvió hacia Markham.

—¿No podría usted lograr que uno de sus varios colaboradores diplomáticos se enterase confidencialmente de la índole del testamento de Kyle? Me parece que nos sería muy útil conocerla.

—Lo conseguiremos—afirmó Markham—. En cuanto los periodistas hagan público el asesinato de Kyle, empezarán a acudir sus abogados y ejerceré sobre ellos un poco de presión. Vance se dirigió de nuevo a Scarlett.

—Si mal no recuerdo, me dijo usted que Kyle había comenzado recientemente a lamentarse de los gastos que le irrogaban las expediciones de Bliss. ¿Puede usted atribuir estas lamentaciones a alguna causa distinta de la falta de resultados inmediatos?

Scarlett meditó un instante.

—No. Ya sabe usted que unas expediciones como las que el doctor Bliss organizaba son costosísimas, y los resultados, desde luego, problemáticos. Por otra parte, aunque consigan los fines propuestos, se hace necesario mucho tiempo para demostrar la evidencia tangible de su valor. Kyle se impacientaba cada vez más. No era egiptólogo ni sabía apenas de estas cosas, y quizá pensara que el doctor Bliss realizaba a costa suya extravagantes experimentos inútiles. Lo cierto es que el año último anunció ya que si en las próximas excavaciones no se lograban resultados concretos, suspendería las subvenciones. De aquí que el doctor tuviera tantísimo interés en presentar a Kyle un informe financiero de los gastos y en mostrarle los tesoros llegados ayer.

—¿No había en la actitud de Kyle nada personal?

—Nada en absoluto. Por el contrario, las relaciones entre él y Bliss eran muy cordiales. Kyle sentía amistad y admiración por Bliss, y Bliss no tenía para Kyle más que palabras de elogio y gratitud... No, Vance; no es posible pensar nada malo desde ese punto de vista.

—¿Qué opinaba anoche el doctor Bliss acerca de las posibles consecuencias de su entrevista con Kyle? ¿Mostraba disgusto o excitación?

Scarlett arrugó el ceño y dió unas fumadas a la pipa.

—Ni una cosa ni otra—respondió al fin—. Su estado de ánimo era lo que podríamos llamar filosófico. Bliss es un hombre fácil de llevar. Gusta de aceptar las cosas tales como vienen y posee un raro dominio de sí mismo. El hombre de ciencia a todas horas y en todo momento, si me comprenden de usted lo que quiero decir.

—Perfectamente...—asintió Vance tirando el cigarrillo y colocándose ambas manos detrás de la cabeza—. Pero ¿qué efecto cree usted que hubiera hecho al doctor Bliss una negativa de Kyle a seguir financiando las expediciones?

—Es difícil pronosticarlo... Probablemente hubiese buscado capitales en alguna otra parte. Recuerde usted que ha realizado descubrimientos notables a pesar de que no penetró todavía en la tumba de Intef.

—¿Y cuál era la actitud del joven Salveter frente a una posible suspensión de las excavaciones?

—Parecía más impresionado que el mismo doctor. Salveter siente por su labor un entusiasmo sin límites y había pedido reiteradamente a su tío que continuara financiando los trabajos. La negativa definitiva

Un interrogatorio de importancia oculta ~
Por S.S. Van Dine

Ilustración de
Pedro Delucchi

La pipa de Scarlett no andaba bien. Tuvo que encender dos cerillas para prenderla de nuevo

de Kyle habría seguramente sido causa de un enorme disgusto para Salveter. Tengo entendido que llegó a decir que renunciaría a la herencia a cambio de que Kyle continuara costeando los gastos de las expediciones.

—No cabe duda de que el entusiasmo de Salveter era muy grande...—comentó Vance.

Hubo una larga pausa. Por último, Vance tomó la cigarra, pero no la abrió. Empezó a tamborilear en ella con los dedos y se dejó caer de nuevo en la silla.

—Otra cosa quiero preguntarle a usted, Scarlett—añadió—. ¿Qué concepto le merece a la señora Bliss la obra de su marido?

La pregunta había sido formulada con deliberada vaguedad, creo yo, y Scarlett quedó indeciso unos segundos.

—Meryt es el prototipo de la esposa leal—contestó al fin—. Durante el primer año de matrimonio se interesaba muchísimo por todo lo que hacía el doctor. Como usted sabe, llegó incluso a acompañarle en la expedición de 1924, vivió en una carpa y pareció completamente feliz. Pero si he de serle a usted franco, Vance... estimo que su interés ha venido decayendo desde entonces. Yo lo atribuyo a una reacción racial. La sangre egipcia que corre por sus venas ejerce en ella una poderosa influencia. Su madre era casi fanática en lo referente a la santidad de las cosas egipcias, de las que sentía orgullo. Se dolía amargamente de las depredaciones y saqueos de las tumbas de sus antepasados por los "bárbaros occidentales", como llamaba a los hombres de ciencia extranjeros. Meryt, sin embargo, no ha expuesto jamás opiniones por el estilo, y yo me limito a suponer que haya surgido involuntariamente en ella algo del espíritu de su madre. Nada serio, desde luego, enténdame usted. Meryt procede con lealtad absoluta hacia su marido y la tarea a que éste quiso dedicarse.

—Tal vez tenga Hani algo que ver con su estado de ánimo...—sugirió Vance.

Scarlett le miró con aire interrogativo.

—Tal vez—admitió de mala gana, y cayó en hosco silencio. Pero Vance insistió, tenaz, en el tema.

—Muy probablemente, diría yo. Y me atrevería incluso a llegar a más. Sospecho que el mismo doctor Bliss se daba cuenta de la influencia que Hani ejercía sobre su mujer, y que le guardaba rencor por ello. Recuerde usted el discurso que le dedicó esta mañana cuando bajó al museo. Le acusó abiertamente de estar envenenando los pensamientos de la señora Bliss.

Scarlett se movió nerviosamente en la silla y mordió la boquilla de su pipa.

(Continuad)

Modas de París Los cabellos rubios

Hoy hacen furor en París las mujeres rubias, pero no todas son "legítimas". Las francesas están empleando un método muy eficaz y original para cambiar el color obscuro del cabello por el claro o rubio dorado: "el método de 3 días". Consiste en aplicarse 3 veces seguidas la manzanilla Verum (que se encuentra en las farmacias), preparada como una loción. Luego la usan una vez por semana para mantener el color deseado.



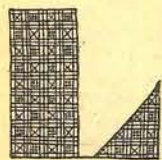
Manifestación de muchachas otomanas, celebrando la independencia de la mujer turca

LAS MUJERES TURCAS A LA VANGUARDIA :: SU PAPEL EN LA REGENERACION NACIONAL :: EL DESUSO DEL VELO

POR

SIRDAR IKBAL ALI SHAH

(De los servicios especiales de LA NACION)



LAS mujeres que se cubrían el rostro al acercarse a un hombre y le volvían la espalda hasta que pasaba, no existían ya en Constantinopla; en su lugar hay otras que adoran lo moderno, y a quienes preocupa sobre todo la reforma del traje. Empezaron por abandonar el yashmak, y ya no se las ve vistiendo la feriji, o capa de vivos colores, que llevaron durante siglos, con la sumisión esclava del clero musulmán de Oriente. Han adoptado el saco y la falda de las occidentales, pero aun no se atreven a gastar cerca de once libras en un sombrero, y utilizan en su lugar un velo apenas coloreado, que les ciñe la cabeza. Rara vez se ponen trajes largos. He observado que emplean con la mayor fidelidad los polvos y el "rouge" tradicionales y muchos otros elementos de belleza de la mujer de Occidente, y que en la calle las delatan sus pestañas ennegrecidas. Usan calzado de tacones tan altos, que recuerdo haber visto a dos de ellas caer en las calles empedradas, cerca de la Sublime Puerta, al correr para no ser atropelladas por un carro de bueyes. Y, en verdad, me pregunto si el Gran Visir, que llegó al extremo de amenazar a la cancillería de la Rusia Imperial, no se desplomaría en su tumba si pudiese ver a las dos señoritas turcas que yo vi, calzando zapatos de tacones tan altos, franquear el dintel de Bab Ali, donde los embajadores de los reyes se detienen atemorizados, temblando al acercarse a la fachada blanca, vedada al extranjero, de la Augusta Puerta de los poderosos Sultanes.

No lejos de los terrenos del antiguo Palacio, ábrese al viajero un parque público, y el forastero advertirá con asombro que una chica turca de ojos de gacela, vestida con una falda excesivamente corta, cobijada por amplia sombra, invita a unas personas a que se pesen en una balanza, por un penique. Más adelante verá a otras muchachas charlando como lindos pájaros gorjeadores, mientras pasean, y embobadas luego contemplando la estatua bronceada de Ghazi Mustafá Kemal Pachá. En un rincón soleado de la avenida de los Sicomoros, una joven señora ayuda a su marido a retratar a su hijo. Todo es risa y canciones, ni más ni menos que en West End o Hyde Park, una bulliciosa tarde de domingo.

Pero cuando se viaja por el interior, todo cambia. Incluso

en Angora, la nueva Capital, la vida es fundamentalmente distinta. Allí está el verdadero hogar turco, pues a pesar de que los esfuerzos de modernización del nuevo régimen han sido coronados por un éxito sin precedentes, y de que puede verse modelos de París en la Gran Avenida, al pie del cerro donde se asienta Angora, los barrios antiguos de la ciudad ofrecen rudo contraste al viajero. Aquí no usan ya velo algunas mujeres; pero ninguna ha abandonado aún la capa de color negro.

Como la mujer turca es propensa a la robustez, no camina con paso tan ágil como la occidental; pero su manera de andar es tan distinguida, que casi no se advierte su nacionalidad hasta que se da vuelta. Entonces se ve un tipo femenino purísimo, un rostro de ojos en forma de almendra, pómulos un tanto salientes, y expresión de conjunto tan vivaz, tan luminoso como apenas se encuentra ya ni en las más lindas mujeres de Damasco.

Cuando conversan con el extranjero estas damas no le miran la cara. Sentadas, con los ojos bajos, no los alzan hasta que una salida chistosa ilumina sus rostros. Y hay entonces en sus ojos una luz risueña, fugaz, por desgracia, como la puesta de sol en las distantes colinas de Estambul.

En inteligencia, las muchachas turcas parecen que aventajan infinitamente a los muchachos. Su perspicacia es prodigiosa, y su sencillez resulta casi infantil, pues ignoran las medias tintas: o aman u odian.

—Fuimos una gran nación— me dijo una muchacha de veinte años en fácil persa,—pero seremos más grandes aun.

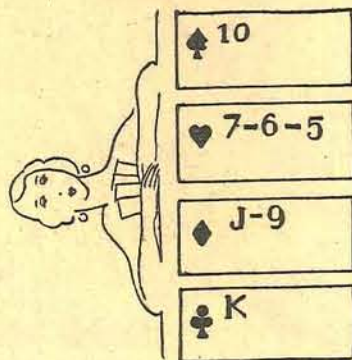
Esta opinión me permitió darme cuenta del gran fuego nacionalista que arde en el alma de todos los turcos de hoy.

—¿Por qué nos hemos de guiar por el juicio de otras naciones?—preguntó una prima de mi interlocutora, maestra en una escuela de niños de una ciudad de Anatolia. Los griegos, los ingleses, los alemanes y otros pueblos han sido amigos y enemigos nuestros; pero nosotros queremos caminar sin andadores.

Hablaba en tono muy categórico, y yo me preguntaba si no estaba glosando un pasaje de un discurso recientemente pronunciado en Esmirna por un conocido nacionalista turco.

Dejé que estas opiniones maduraran en mi espíritu antes de sacar de ellas conclusión alguna, pues las damas que me hablaron pertenecían a las viejas familias; y pensando

HEl jugado mucho bridge y la mayoría de las veces con aficionados distinguidos, intelectuales, algunos de ellos destacados profesionales de brillante actuación, pero que al sentarse a la mesa de juego sufren tal transformación, que sólo resultan muñecos automáticos desorientados y tímidos. En cambio, he enfrentado jugadores científicos y magistrales que han dado



pocas pruebas de su capacidad en los órdenes prácticos de la vida diaria.

Estos jugadores extraordinarios poseen el entusiasmo, la dedicación y los otros factores indispensables para el juego, que no son tal vez los mismos que se necesitan para triunfar con éxito en los negocios. Ellos deducen con una lógica admirable la propiedad y ubicación de una carta, arriesgan con oportunidad y sólo cuando el "score" lo requiere, respetan las reglas y saben apartarse de ellas cuando conviene, y nada hay más importante para sus mentalidades que el cumplimiento de un contrato. Estas personas tienen sin duda el "sentido de los naipes".

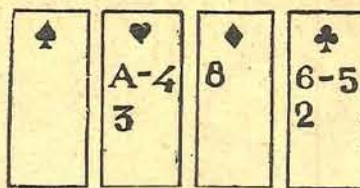
Son el contraste perfecto con los jugadores automáticos, devotos de los textos, sin ninguna imaginación, que no aprenden a razonar prácticamente de y en el remate y que juegan aceptando como infalibles las reglas generales. En ningún caso jugarán ellos otra carta que la cuarta mejor de su palo largo contra un sin triunfo de los adversarios si no han tenido información de determinado palo de su compañero; no doblarán jamás si no poseen en su propia mano las bazas estrictamente necesarias que le aseguren que el contrario no podrá cumplir su contrato; ni nunca se darán el trabajo de construir un plan lógico y previo para jugar las manos combinadas de su juego y el del "muerto". Ellos no justificarán jamás una declaración de ataque o defensa que no sea reglamentaria. Son los esclavos del libro que carecen en absoluto de ese "sentido de los naipes", y para ellos el bridge resulta tal trabajo mental que pierde todos los caracteres de distracción. Y son los que tildan de "buena suerte" las jugadas razonadas de un aficionado que sabe oportunamente apartarse de una regla y que se alarman de no ganar jamás cumpliendo estrictamente con las leyes del bridge.

Creo que al jugador capaz se lo reconoce más fácilmente

que las aristocracias se asemejan en todas partes, preferí descubrir la verdadera tendencia nacional en las capas sociales inferiores. Esta verdad se me reveló con cierta rudeza en la oficina de una agencia de viajes, en el sur de Anatolia.

—Usted no parece negociante— me dijo detrás del mostrador de su oficina una señorita de sangre turca, a quien insinué la conveniencia de un largo viaje por ferrocarril en vez de uno por automóvil en Siria—. El mundo ha cambiado

BRIDGE CUALIDADES DEL BUEN JUGADOR

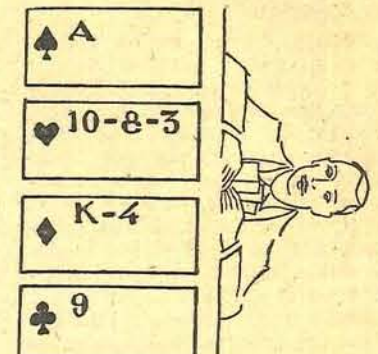
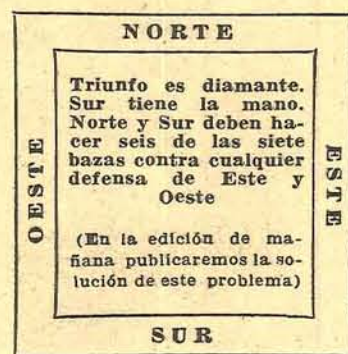


fo fácil. Cuánto placer causa ganar la última batalla después de haber defendido valerosamente un "rubber".

Todas las declaraciones deben tener por base dos factores principales:

10. El valor real de las cartas que se posee; y

20. La valuación extra que debe saber darles su tenedor por las informaciones producidas y la psicología de los declaradores.

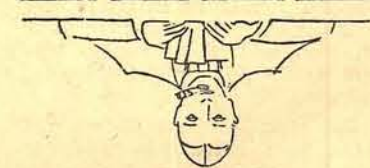
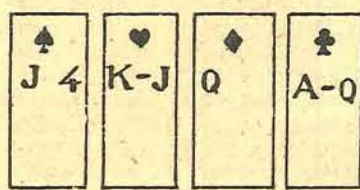


Si Vd. está jugando entre aficionados que tienen la escuela de mantenerse dentro de la estrictez de las reglas y que no conciben que se puede introducir algo de "bleuff" en el remate, usted sabe a ciencia cierta a qué atenerse respecto a la posesión de las cartas importantes. Pero si, en cambio, usted forma parte de una mesa en que predomina la escuela de "aviación", necesita aguzar su ingenio considerando los jugadores en relación a su posición en el "score" más que en sus declaraciones. Saber distinguir lo verdadero de lo falso y juzgar con acierto, debe ser cualidad principal del buen jugador.

En más de una oportunidad me han preguntado la razón de algunas de mis declaraciones algo agresivas por que arrancaba de dos o tres de un palo, sin estar ello muy justificado aparentemente. Sin embargo, siempre han sido conscientes y la razón de ellas era la psicología especial de mis adversarios. En muchas ocasiones tenía la certeza de que mi remate sería superado inevitablemente por el jugador de mi izquierda, quien era uno de aquellos que no saben "pasar" y que caería infaliblemente en un buen "doble" de mi compañero.

En el bridge hay mucho más que saber declarar ateniéndose textualmente a los reglamentos.

Con lo expuesto no pretendo decir que sea inútil el estudio hecho en los libros de los principios y normas que rigen el juego. No, creo simplemente que la teoría no es suficiente para formar un buen jugador y que la práctica con quienes hagan buen bridge, es indispensable. Atención, uso activo de los sentidos, poder de abstracción para reflexionar y ligero, y con tranquilidad y determinación en los procedimientos sólo se adquiere declarando y carateando. Y si con ello se llega a conseguir la fuerza mental necesaria para seguir una larga serie de jugadas sin perder un detalle, reteniendo en la memoria lo indispensable de las mismas, se habrá conseguido todo para jugar bien al bridge.



en sus declaraciones defensivas que en cualquier otra situación normal. Sabiendo arriesgar en buena proporción, pueden salvarse muchos partidos con pérdidas pequeñas, posibles ellas de amplia compensación en otra mano. La libertad, con un concepto liberal y amplio en la interpretación de las convenciones, que no puede ser materia de una reglamentación, es arma de ataque y defensa utilizable sólo por quienes dominan el juego, que son los menos.

El audaz que sabe declarar "un sin triunfo" a tiempo para detener a los adversarios en un remate triunfal, salva muchas veces un partido a costa de una pequeña pérdida. El casi "bleuff" de una declaración de dos de un palo para detener unos "sin triunfos" que amenazan arrasar con todo, es maniobra que puede costar cara en alguna ocasión, pero que enormidad de veces tiene éxito.

Es claro que estas defensas suman puntos en contra, pero debe tenerse presente que no todo es malgastado, porque sin ellas los adversarios habrían tenido el beneficio inmediato de su victoria. Es incalculable el beneficio que se obtiene de una declaración oportuna que consigue interrumpir las informaciones que de sus manos respectivas tratan de hacerse los oponentes aun a riesgo de una pequeña multa. Encuentro que hay más mérito en la habilidad para estas escaramuzas que el que puede resultar de un triunfo.

LEON CASABAL

—me recordó—. Me disculparé que le aconseje su ruta, considerando que quiero servirle. Aquí en Turquía se nos educa para que compartamos el peso de la carga de los demás. Los hombres soportan ya mucha.

Hacia muy poco tiempo que había sido diplomada en una escuela secundaria de señoritas, me contó, y participado de una manifestación que en homenaje a la emancipación de la mujer turca se celebró semanas atrás. Entretanto, su padre, un anciano genuino de Uzbek, sentado a la sombra

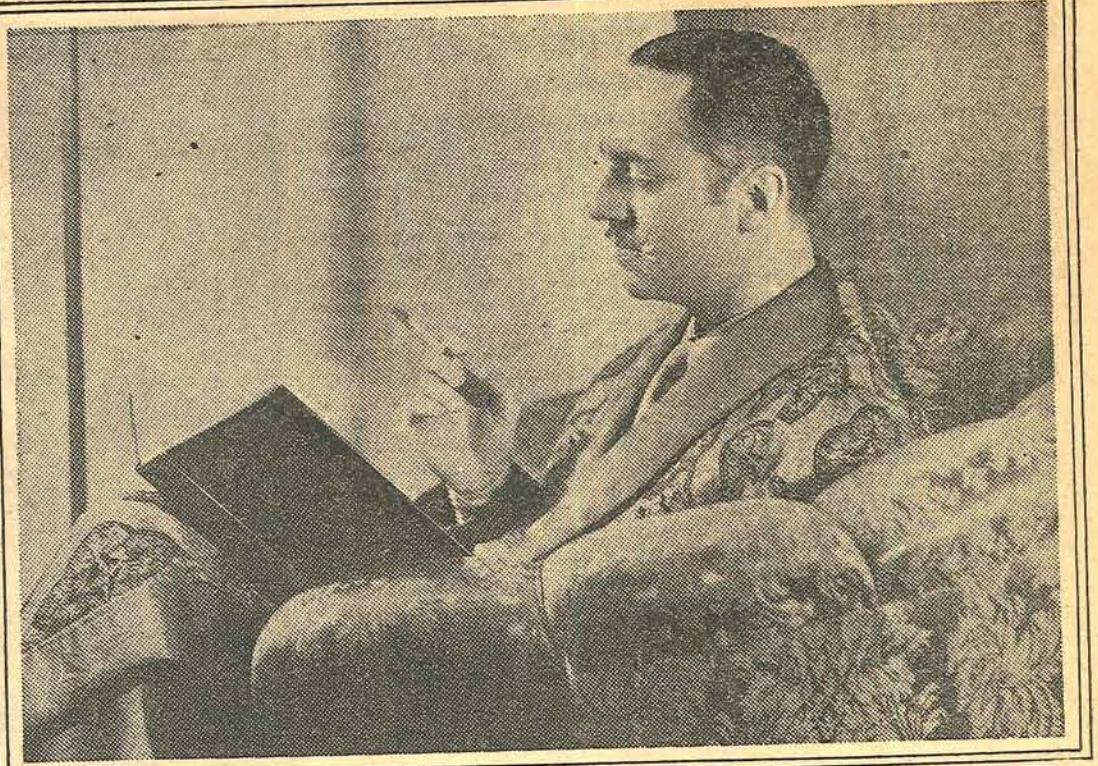
de una morera, fumaba su narguilé y bebía café.

—Soy musulmán— me dijo— haciéndome con la mano señal de que me apartara, al ver que le enfocaba mi cámara—. Nadie me retratará.

Así lo viejo hostiga a lo nuevo, pero no le hace mella. No creo exagerar al decir que si la educación de la mujer turca sigue progresando, no es incierto el futuro de Turquía; porque esa mujer se muestra ahora como un factor altamente significativo en la regeneración de su país.



Harold Lloyd y Bárbara Kent en una escena de su última película cuyo título en inglés es "Fiet First"



William Powell en una de sus creaciones policiales

CARTA DE HOLLYWOOD POR WHITE SCREEN

(Para LA NACION) HOLLYWOOD, enero de 1930

HEMOS experimentado un inesperado y violento retroceso al verano, haciendo que la colonia íntegra se apresurara a buscar alivio en las playas locales y en las cálidas aguas del Pacífico. Y entre zambullida y zambullida he podido oír repetidas veces un tema especial de conversación que, por lo visto, se había hecho general en la concurrencia.

El anuncio del compromiso de Lila Lee con John Farw ha tomado por sorpresa a los entendidos en los "goings" de la colonia, que estaban convencidos de la seriedad de la amistad romántica de John y la actriz irlandesa Maureen O'Sullivan, y a quienes los entendidos les diagnosticaron padecer de uno de esos casos de "amistad disfrazada" que termina con el anillo matrimonial bendecido por un clérigo y un órgano haciendo sentir una música apropiada a la ceremonia.

Pero Hollywood tiene la propiedad de hacer actuar a sus habitantes en una forma un poco rara: cuando la colectividad ha visto a un joven actor acompañando durante todo el invierno a una chica rubia, llega la primavera y un cambio, seguro se ha producido en el corazón del joven actor, que ha terminado por casarse con una chica morena.

Justamente cuando uno cree tener el dedo en el pulso de Hollywood ocurren en el preciso momento ciertas circunstancias que indican que uno es un pésimo profeta. Y durante todo el tiempo que John Farw y Maureen O'Sullivan, aparecían en teatros, comidas y un sinnúmero de reuniones sociales, en un sanatorio de Arizona una chica batallaba por su vida que, como la de muchos otros, había caído en la trampa de Hollywood. La trampa en este caso es el exceso de trabajo en los "sets" cinematográficos, más las dietas de reducción a que se someten, y la terrible y constante preocupación de mantener perfecta la línea estética a punto de cámara, con masajes eléctricos y otros procedimientos en perpetua moda entre las actrices de Hollywood. Y en esta trampa fué donde Bárbara La Marr perdió su vida, e infinidad de damas del celuloide han llegado hasta el final trágico a causa de haberse sometido a esta esclavitud física. Actualmente Renee Adoree está atendiendo su salud quebrantada en el mismo sanatorio donde se encontraba Lila Lee, pero ésta pudo pasar la crisis de su enfermedad y triunfante ahora se nos presenta, completamente restablecida, luciendo más hermosa que nunca y ostentando los brotes de un nuevo romance.

Septimo
arte



Maurice Chevalier en una de sus recientes caracterizaciones

Sally O'Neil y George Carpentier en una escena de la película "En el segundo round", recientemente estrenada



DE LA VIDA DE UN FUTURO GRAN MONARCA

EL PRINCIPE DE GALES COMO ESTUDIANTE EN OXFORD

(Continuación de la pág. 16)

ros—produjo un cambio considerable en las ideas del Príncipe. La pomposa púrpura oficial no brilló muchas veces en los pacíficos días de 1913, en lo que se refiere al príncipe de Gales; sin que esto significara que su democrática actitud afectara a su dignidad. Seguía siendo el príncipe de Gales.

Sus padres no ignoraban que existía un gran peligro: el de que el Príncipe, en su vivo deseo de ser "uno de tantos", agradara a cierto sector de los súbditos de Su Majestad pero rebajara la dignidad de la corona desde el punto de vista de las grandes colonias o quizá de los demás países europeos. Sin embargo, el Príncipe no olvidó nunca su condición regia, y si bien al principio firmaba sencillamente "Eduardo", cuando la oportunidad lo requería usaba el título de "príncipe de Gales", aunque actualmente firma solamente "Eduardo P." Pero nunca se presentó el caso de que tuviera que descender de su posición, porque más allá de sus naturales deseos personales, que consideraba justo satisfacer, Eduardo tenía muy fija en la mente la idea de que el deber del Príncipe, en los países constitucionales, no consiste en imponer al pueblo un carácter dominador o destacado, sino en mantener todas las tradiciones sagradas y mostrar al mundo una personalidad atractiva y amistosa, capaz de mantenerse a la altura de las condiciones sociales cambiantes y de apreciar su significado.

Algunos habrán considerado al Príncipe demasiado joven para apreciar la necesidad de ajustar su actitud a las diversas circunstancias que se podían presentar y a las situaciones que resultan inevitablemente de la evolución de las castas. Pero el Príncipe contradijo estas opiniones, como lo demuestra su discusión sobre el "topper" de Eton, tan cargado de tradiciones aparentemente insignificantes y cuya desaparición profetizó el Príncipe, diciendo que se verificaría fatalmente, aunque no se quisiera.

El espíritu de las escuelas públicas, tan manifiesto en el joven príncipe de Gales, no le quitó a S. A. R., como ocurre tan a menudo, su propia individualidad. Tenía dos aspectos completamente distintos: uno era la indiferencia del estudiante ordinario, perceptible cuando escuchaba a medias lo que se decía en la Unión Society—y que a veces era insufriblemente tedioso—y el otro, la actitud en que podía sorprenderlo cualquiera de sus compañeros estudiantes cuando gozaba de su compañía; en tales ocasiones, S. A. R. revelaba ser el mismo muchacho pensativo y atento.

El contacto con los hombres cuyos retratos, dichos y hechos circulan por el mundo entero, no ha hecho del Príncipe un pesimista. Es tan vivo y entusiasta en su aprecio por los grandes hombres verdaderos como cualquier persona común, y no admira menos a los inventores y exploradores que a los héroes. Los primeros experimentos de telegrafía inalámbrica de Marconi le interesaron mucho, lo mismo que los ensayos de vuelo de Claude Grahame-White. Nadie admiró más que él el primer hidroavión que ensayó el "pioneer" del aire en Cowes, en 1912, y cuando Graham-White voló alrededor del Solent, de noche, con su aparato iluminado eléctricamente en sus líneas exteriores, el Príncipe sintió un gran deseo de volar a su vez. Pero, naturalmente, su padre no pudo permitirlo. Desalentado, el Príncipe observó pensativo las personalidades que acompañaban al aviador en cortos vuelos. Hoy los tiem-

pos han cambiado y el aeroplano es uno de los medios regulares de transporte que emplea el Príncipe para cumplir sus deberes.

Aparte de unas cuantas ceremonias públicas a las cuales asistió el Príncipe, sus estudios en Oxford no fueron turbados hasta el principio de la primavera de 1913. Entonces, para desarrollar su educación por medio de los viajes, se consideró conveniente que volviera a visitar el continente. En 1913 no había el menor indicio del conflicto mundial, cuando el Príncipe salió de Londres para visitar por primera vez Alemania, donde estuvo dos veces.

Bajo el nombre de "Conde de Chester" visitó los grandes centros industriales de Coblenza, Düsseldorf, Heidelberg, Stuttgart y Darmstadt. El propósito principal de su viaje era, como cuando fué a Francia, perfeccionar su conocimiento del idioma del país. A tal efecto, lo acompañó el profesor Fiedler, que daba el curso de alemán en Oxford. Durante su viaje admiró muchas de las bellezas de Alemania y se manifestó encantado con los espléndidos panoramas de la selva del Taunus y de la región de Wiesbaden.

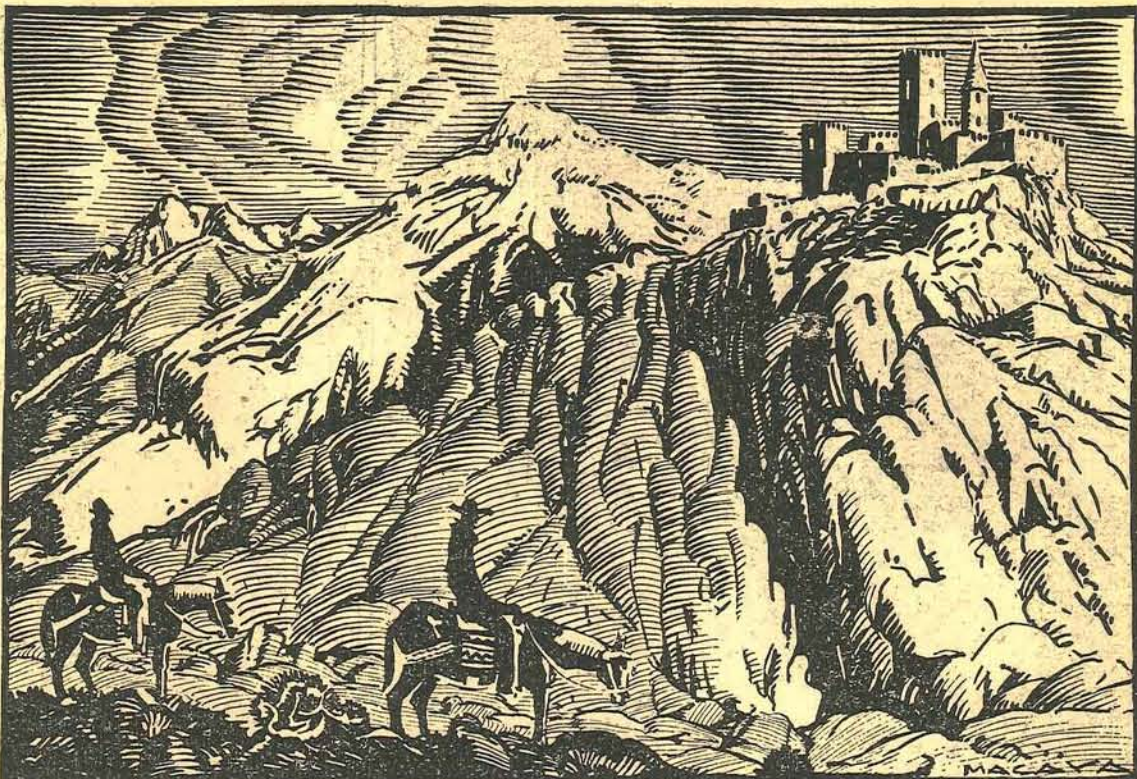
En Stuttgart fué huésped del Rey de Wurtemberg, durante varios días, en el palacio Wilhelm. Pasó horas deliciosas andando a caballo en la Selva Negra, familiarizándose con el país o asistiendo a las representaciones en el teatro de la Corte. Una vez fué a Cronstادت para asistir a la llegada de un dirigible que realizaba un ensayo de vuelo de permanencia. Aunque el zepelín se atrasó, el Príncipe se interesó mucho por las tropas militares que desfilaron.

Parece una triste ironía recordar que el personaje derrocado y exilado en Doorn dió instrucciones para que el hijo de su real primo británico fuera conducido a Friedrichshafen para visitar los talleres de construcción de dirigibles. El Príncipe fué recibido y saludado por el conde Zeppelin, que guió a su huésped por los talleres de construcción y la fábrica de motores. Se llegó a proyectar un vuelo del Príncipe en el Z. 4, el zepelín militar más reciente, que acababa de ser construido. Pero el tiempo no era favorable para realizar el vuelo y éste no se efectuó. Sin embargo, el Príncipe tuvo el privilegio—era entonces un privilegio—de asistir a la partida de un zepelín militar.

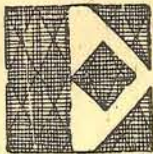
Como la curiosidad y el espíritu de aventuras del Príncipe habían sido despertados, no es de extrañar que unas semanas más tarde, estando en Inglaterra, en el campamento de Mychett Lake, con los miembros del Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales de la Universidad de Oxford, S. A. R. insistiera en probar las emociones del vuelo. Estando en Aldershot, fué en automóvil a Farnborough y se le permitió realizar un vuelo de media hora en el dirigible Beta. El Príncipe manifestó la satisfacción que le proporcionó esta experiencia.

Volvió a Alemania en el mes de julio y estuvo en Berlín, Dresden y Leipzig, visitando luego Praga. Fué huésped del emperador de Alemania, del Rey de Wurtemberg, del Gran Duque de Mecklemburgo Strelitz y del Duque de Sajonia, Coburgo.

A su regreso a Londres, vigorizado por sus nuevas experiencias, el Príncipe prosiguió sus estudios en Oxford, donde, según se enteró con placer, debía de permanecer un año más. Pero apenas había iniciado su curso ese año, chocaron las nubes guerreras que se habían amontonado y el mundo se hundió en el conflicto más grande de la historia.



El Castillo de los Dobles



L camino es árido; todo son peñascos y la luz que nos alumbra es la de un sol muriente. No gorjea un pájaro y sólo el paso de nuestras mulas lleva el compás del tiempo. Mi buen compañero, que me señala el camino a cambio de unas monedas, tiene color de tierra. Es seco y largo, como cuanto nos circunda. Parece que cabalgamos hacia el fin del mundo. Hay momentos en que tengo miedo; pues, según nos distanciamos de la aldea, este hombre se pone más flaco, más pálido; no sé por qué le encuentro parecido a la muerte. Decididamente, tengo miedo. Mil fantasías y recuerdos de consejas hacen que pierda la noción del tiempo y los minutos pasan, pero la presencia de muros desmoronados rompe el estado tenebroso de mi espíritu y nuestro silencio.

—Este es el castillo de Los Dobles — me dice mi compañero —. Apéese, señor, y entremos —. No bien damos unos pasos para internarnos entre ruinas y sombras, sale a nuestro encuentro un anciano enjuto y encorvado. Tiene mechones de pelo grisiento que sólo cubren parte de su cráneo. Su temblorosa mano toma de la mía; siento su presión y, a pesar de lo no agradable de su contacto, se impone a mi voluntad, llevándome adonde el anciano quiere.

Pierdo de vista al guía del camino, de quien no podría decir en qué punto ni en qué momento se separó de nosotros.

—Es tarde, señor — diceme mi nuevo acompañante, quien con su diestra hace girar sobre sus goznes una puerta que, al abrirse, nos da paso a una estancia donde raídos brocados caen por las paredes. Como único mueble veo un atil en el centro y, en él, un libro manchado en sangre.

Siento algo así como respeto o recogimiento ante tanta solemnidad, lo que no impide que pretenda hojear el libro; pero el anciano, rápido en su ademán, me detiene y dice:

—No es bueno que los vivos toquen lo que todas las noches tocan los muertos.

—¿Qué es lo que decís? — observo con tentación de reír, ante el mismo viejo; según se advierte, piensa que lo creo más loco que cuerdo. Y me contesta:

—No, señor, no soy loco ni tonto, pero tan acostumbrado estoy a la idea de la leyenda del castillo y a tantas personas he tenido que contarla, que he concluido por respetarla, como la respetaréis vos mismo cuando la conozcáis.

Escuchad:

Eranse dos hermanos de noble estirpe española, pertenecientes a la fa-

milia de Los Dobles. Aquí nacieron, se casaron y enviudaron, quedando don Diego sólo con su hijo y don Felipe con cuatro. Criáronse juntos los chiquillos, como si fueran hermanos de padre y madre, y jamás se dieron cuenta de las disputas que don Diego solía tener con don Felipe; éste tenía un Dios para fortalecer las almas de sus hijos, pero don Diego no consentía ni creía en dioses; no veía para el hijo más protección y ayuda que la que recibiera de su padre y la que le brindara la naturaleza. Así, con esta soberbia, formó don Diego el alma de don Fadrique, su hijo.

El muchacho era hermoso, sano y fuerte y, según su padre, jamás sería vencido si confiaba en sí mismo. Pero don Felipe, que según decían era santo, sabiendo que esa alma no estaba preparada para luchar y vencer, siempre le decía a su hermano:

—Será vencido. Prestamente, por tu culpa, tarde o temprano, lo será, pues pretendes que consiga lo que sólo se obtiene con lo único que le niegas o, mejor dicho, con lo que le robas: ¡la Fe! Porque él nació con ella, como nace todo el mundo.

Es lo que el hombre tiene de naturaleza divina, que nace en él, cuando él nace.

—¡No admito vencidos! — rugía la soberbia de don Diego; pero... como toda lucha tiene que ser entre armas iguales, pronto don Diego vio que a su hijo le faltaba la del bien en el espíritu. Era fuerte de físico, de inteligencia clara, con gran saber; pero, como "ciencia sin conciencia pierde a un alma", un día vio don Diego a don Fadrique triste y taciturno, con mirar extraviado y melenas enmarañadas, entrar en su aposento.

Preocupado el anciano de tal estado de su hijo, aguarda en silencio en la cámara cercana y, pasados pocos minutos, ve salir de entre los pliegues del cortinado un hilo de sangre... Corre el anciano hacia su hijo don Fadrique, presiente la tragedia y encuentra al hombre, al fuerte, al invencible... ¡vencido!

—¡Horror! ¡Espanto! — grita el anciano—. ¡Yo soy el culpable! — y abrazando al hijo lo sacude, le grita, corre despavorido alrededor de la estancia, se mesa los cabellos, se enloquece...

Y así, con la tortura en el corazón y el remordimiento en el alma, recibieron los dos, de distinto modo, el mismo beso de la muerte.

Aseguran que desde aquel entonces don Diego viene todas las noches, con las manos tintas en la sangre de su hijo, a buscar en estas páginas la Fe que en vida no intentó encontrar...

Salgo del castillo, vuelvo a la aldea pensando en las almas de aquellos hombres.

Maria Pia de Borbon de Padilla



Historia de los angelitos que perdieron sus alas

CINCO angelitos curiosos, que se asomaban continuamente a los balcones de oro del Paraíso, contemplando la alegre y movidiza Tierra, empezaron a desear visitarla un día.

Eran unos angelitos muy chiquitos y encantadores.

El Paraíso en que vivían no estaba muy lejos de nosotros; es por esta razón que ellos hubieran hecho de buena gana el viaje.

Como todo el mundo sabe, los Paraísos se encuentran situados alrededor de la Tierra, más o menos como lo está un anillo alrededor del dedo.

En otros tiempos se creía que las mansiones celestes se encontraban justo encima de la Europa, pero desde que se sabe que la Tierra es redonda, ha parecido más justo pensar que todas las partes del mundo tienen derecho a contar con un Paraíso sobre sus cabezas.

Nuestros angelitos habían oído decir que en algunas partes de la Tierra, los humanos tenían, además de una cabeza encantadora y de ágiles alas, piernas para caminar, brazos y manos para agarrar, cosas que no son útiles en el Paraíso, dado el estado de la atmósfera. A pesar de esto, pudiendo estos suplementos resultarles útiles en su escapada, resolvieron pedir al Padre Eterno estos miembros para el viaje...

El Todopoderoso los recibió sonriendo, como se debe recibir siempre a los niños, pero pronto comprendió por sus semblantes que se trataba de algo muy serio. El dejó que se explicaran confusamente todos a la vez (costumbre muy frecuente entre las personas mayores), hasta que el más chico hizo callar a los otros, gritando más fuerte, y dijo al Padre Eterno que venían en busca de brazos y piernas, para ir a visitar a los bebés de abajo.

—Pequeños imprudentes, ¿qué más quieren que todo lo que les he dado?

—Queremos compartir nuestra alegría con los niños de la Tierra y contarles lo bueno que sois —dijo el más sensible de ellos.

—Queremos juntar flores verdaderas. Queremos jugar en el pasto con las ovejitas y las cabras, porque Santa Genoveva y Juana de Arco nos han dicho un día que es muy lindo cuidar los rebaños.

—A veces, los niños tristes o enfermos nos llaman por la noche; queremos bajar hasta ellos y decirles lo que sabemos: que es necesario querer curarse, querer estar contentos. Todo

lo que los sabios se dicen entre ellos lo hemos oído, y se lo queremos decir a nuestros amiguitos, para que conozcan el mejor camino.

El Padre Eterno se dejó convencer por tantas y tan buenas razones. Hizo a uno por uno mil recomendaciones y les dio, como lo pedían, un adorable cuerpecito lleno de hoyuelos y abrazándolos dulcemente, los contempló.

El color del cielo se reflejaba en sus ojos, toda la armonía, todas las promesas del Paraíso en su sonrisa y en sus gestos.

El mismo Dios quedó encantado con ellos. Como parecían demasiado contentos, demasiado impacientes por alejarse, El quiso advertirlos: ellos iban a intentar una aventura peligrosa, pues es muy difícil ser un ángel en la Tierra a causa de los envidiosos y de los malos, difíciles de convencer de que lo Bueno es lo mejor. Nuestros angelitos escuchaban con mucho respeto, pero su imaginación viajaba ya.

Ellos oyeron confusamente decir que las plumas de sus alas volverían al Paraíso una a una si no se portaban dignos de conservarlas (pero ellos solos conocerían este castigo, pues las alas de los angelitos no son visibles en la Tierra).

Un alegre vuelo, una bendición que los siguió durante mucho tiempo, y nuestros angelitos hicieron el vertiginoso viaje. Una densa nube los envolvió cariñosamente hasta su llegada para evitarles todo golpe.

Fué un día de bendita primavera en el mundo, uno de esos días en que se siente el Paraíso en el aire, y cinco

felices mamás tuvieron cinco angelitos, aun todos aturdidos por el viaje.

¡Tenían unas caras tan interesantes, unos gestos tan seguros, que sus nodrizas no podían comprenderlos! En cuanto a sus papás y sus mamás nunca habían puesto en duda que sus niñitos fueran extraordinarios. Fué por esta razón que nuestros ángeles los habían elegido para padres.

Pronto crecieron en fuerza y en inteligencia: ¡sabían ya tanto! Pero como recordaban vagamente mil cosas admirables del Paraíso, eran muy difíciles de contentar, y perdían la paciencia cuando no entendían lo que ellos explicaban en su delicioso idioma de angelitos, tan mal comprendido por las personas mayores.

A causa de estos enojos se volaron algunas plumitas de sus alas.

Por fin aprendieron a hablar como todos y lo hicieron a las mil maravillas; entonces sintieron orgullo de ellos mismos y desprecio por los que les eran inferiores. Otras plumitas emprendieron el camino del Cielo.

Ellos lo notaban pero no se afugían. Las alas no servían para nada en la Tierra y querían conocer todo antes de volver allá.

Se convirtieron en unos varoncitos audaces, un poco bruscos y autoritarios, llenos de vanidad por sus encantos y sus éxitos. Hacían voluntariamente el bien y el mal, sin pensar en ello.

El contacto con tantas cosas vivas les parecía tan agradable que olvidaban su misión. Ya no sabían hacer más fuertes a los otros porque ellos se hacían más débiles probando de todo sin medida. Su conciencia confusa protestaba y llegó la tristeza: enfermedad rara en el Paraíso.

Las palabras de los sabios volvieron a su memoria y se dijeron que su insulto hacia los humanos hubiera debido parecerse a los rayos del sol que invade todo lo que toca, pero para embellecerlo y fortificarlo... mientras que ellos habían hecho lo que un niño quiere cazar una mariposa; la aplasta apretándola demasiado y luego llora porque ha perdido sus colores y ya no puede volar.

Entonces se sintieron muy pequeños... sus alas habían vuelto al Paraíso, y viéndose débiles y abandonados se pusieron a llorar juntos.

Pero a uno de ellos se le ocurrió que las lágrimas son cosa muy inútil, y después de un momento de reflexión, todos los otros estuvieron de acuerdo: eran unos angelitos llenos de inteligencia.

Buscaron entonces la manera de enmendar sus errores: pues que parecía difícil poder subir nuevamente hasta el cielo y ocupar allí sus puestos, resolvieron bajar a la Tierra su hermoso Paraíso, jurando aclimatarlo aquí, bajo las leyes del amor, de la belleza y de la justicia, que están de moda allí arriba.

Y parece que el Padre Eterno, emocionado con el ánimo de sus pequeños desterrados, trata continuamente de ayudarlos.

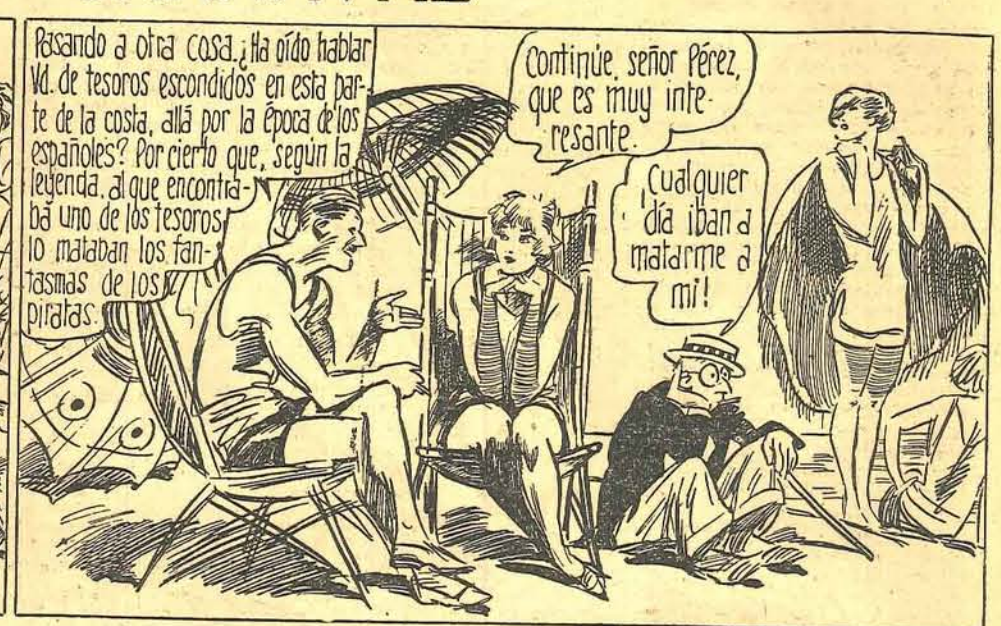
Tal vez hayáis encontrado algunos; han sido los modelos de los héroes de los grandes hombres llenos de valor; ellos guían secretamente a los artistas, los sabios, los poetas que cantan evocando y prometiendo la felicidad perfecta.

Además, algún día todos serán nuestros, gracias a los cinco pequeños angelitos que por amor a la Tierra y a los hombres, abandonaron su maravilloso Paraíso.

Ilustración de
J. C. H. VERGO

Betty POR C. A. Voight

BROMA DE CARNAVAL



BIBLIOGRAFIA NACIONAL Y EXTRANJERA

"EL ARCA"

Por ARMANDO HERRERA

REFIERE en la composición inicial el autor de estos sonetos su hallazgo en un arca antigua, entre reliquias del pasado, y dice haber sido gestados en el dolor y la amargura por un orfebre enamorado. Advierte que en el lirismo de esos frutos de juventud existe un prematuro pesimismo, de rebeliones y de intimas querellas.

Tal sería, en síntesis, la esencia contenida en el arca. Pero su obra es de más riqueza estética y ha sido reunida con gran afición por la mano experta del artista en la artificiosa combinación métrica del soneto, y a pesar de la brevedad logra la expresión de bellos motivos que constituyen poemas breves de agradables líneas.

En "Ruego", su ansia de fraternidad humana le sugiere generosos acentos, como el de su segundo cuarteto: "Altísimo Señor, tú que nos riges — Desde el amplio confin de las estrellas — ¿Por qué hasta aquí tus ojos no diriges — Suprimiendo los odios y querellas?"

La exigencia de mantener la uniformidad de la combinación de catorce versos desmembra un tanto el conjunto, a pesar de que varía la manera de aconsonantar, desde la clásica hasta la más moderna y suele formar también un distico con el último verso del primer terceto y el primero del segundo.

Cuando influyen en su inspiración otros modelos sabe hallarlos benéficos y salva a menudo el ripio que tan fácilmente puede asomar al construir el endecasílabo. Al comentar un libro anterior de Armando Herrera, decíamos que era dado esperar buenos frutos de su musa lírica, y esa es ya su obra presente, en la que se demuestra con vehemente afición al cultivo del arte de la forma, del que tanto necesitan las letras nacionales para evitar excesos antiestéticos de algunos juveniles cultores.

Forman la presente obra capítulos en los que agrupa sonetos de diferente inspiración, aunque entre ellos predomina siempre la lírica. Se cuentan, sin embargo, otros en que posee mucha destreza y valor conceptual, como el titulado "Preceptiva" y los incluidos en el capítulo "Evocaciones".

Las composiciones finales de "El arca" refirman las moda-

COMENTARIOS ACERCA DE LA PRODUCCION ACTUAL.

lidades del poeta, cuya inquietud permanente se revela en "Obsesión", en la cual recuerda que al erigirse magnífica la imagen del amor, la visión placentera se empaña con la certidumbre del no ser y el misterio impenetrable del destino humano.

No desmerecen ante la asiduidad con que trabaja la forma ni la altura de su acento lírico, los sonetos denominados "Del ambiente", en los que el autor revela una eficacia satírica poco común, que merecería haberse inspirado en los mejores sonetos burlescos de la escuela aragonesa.

"CARNE DE SUEÑO"

Por GUILLERMO SARAVI

SEGURO de hallar una remota isla quimérica, el poeta ha ido navegando hacia adentro de su espíritu, como en proceloso océano cuyas brumas no alteraron la certeza de que el término de su ansiedad estética estaba siempre más allá, pero en la ruta interior. Eso explica los extraordinarios contornos del paisaje, en el que los cielos constelados son frondas negras pobladas de astros como flores. Mientras en la tierra anochece, el espíritu se libra de la sombra, orientado por el amor del infinito que le sugiere la posibilidad de que existan playas fabulosas y lo invita a zarpar en su nave rumbo a celestes archipiélagos de eterna bonanza.

Las milagrosas visiones no han perturbado la bondad de su alma, que se torna serena en la angustia inmensa y se fortalece esperando que se cumpla la promesa del alba, "por encima del asco de la vida — y la resignación ante la muerte".

La reiterada contemplación de una misma estrella le ha sugerido a veces la repetición de un mismo acento de su canto y con frecuencia se enamora de la propia armonía de su voz, y blandamente mecido por la rima se deja llevar por sendas de fácil y buena sonoridad, como la de alguna décima.

Después de esta objeción y alguna otra que podría referirse a la repetición de expresiones que no benefician el verso, debe señalarse con elogio una composición que defiende airoso todo el contenido del libro, la titulada "La cuna". To-

da la dulzura sentimental del poeta y su fe cristiana quedan en ese poema en que canta la cuna donde está la vida y el amor que exorna con profusas galas el hogar para la fiesta familiar y solemne. Vuelve a los labios la plegaria olvidada y la imaginación del artista trueca con su ternura la cuna en vaso de flores, en el que se contiene el prodigio de la vida propia prolongada en los seres queridos.

Es este poema clara expresión de emociones profundas, cuya sencillez es un fuerte motivo de belleza. En él deja el poeta las más selectas inquietudes de su espíritu y la promesa de una labor altamente inspirada.

"MIRANDO HACIA ATRAS"

Por C. GUEVARA LABAL

A pesar del loable propósito de reflejar en estas páginas las cosas de la tierra, tratando — con sobrada razón — de conservar, como tesoro de inestimable precio, cuanto contribuye a aumentar el acervo de la tradición nacional, carecen los relatos que forman este libro de verdadero interés dramático, a causa tal vez de la falta de novedad y variedad en los asuntos y el defectuoso desarrollo de la acción. Advértese, sin embargo, un conocimiento cabal de los tipos y costumbres mendocinos, en cuya intimidad ha penetrado el autor con observación apasionada y sagaz. Ello hace pensar en un voluntario abandono de los recursos que pudieran quitar a estas narraciones la uniformidad y monotonía de que adolecen, reduciendo su empeño a pintar hermosos paisajes de la región andina. En este sentido, es preciso reconocer el colorido y vigor de algunos de los cuadros que presenta, particularmente en los relatos "La viuda" y "El gaucho". Un acento de intensa emoción, al evocar recuerdos de la infancia, se añade a esos méritos para dar a los cuentos "Tía Carmelita" y "Un espíritu del cementerio de Junín" un sentido más humano, que hiera más profundamente la sensibilidad.

Con selección más severa en los temas y un intento más definido de lograr una expresión concisa e intensa, pudo realizar el autor, dentro de esa misma sencillez y naturalidad, una obra de verdadera belleza, sin apartarse de la tendencia regionalista, en la que se inició con su obra "Viejo Neuquén", de la que se dijo, en estas columnas, que era una labor bien realizada y significaba un apreciable aporte al conocimiento del folklore nacional.

"SE RUEGA NO DAR LA MANO"

Por ALFREDO MARIO FERREIRO

FIGURA este autor en las avanzadas máximas de la nueva generación literaria del Uruguay y su obra, escasa hasta ahora, se señala por una independencia absoluta en cuanto a escuelas y cánones. De esta dura prueba de libertad y desenfado esencialmente juveniles, en la que tantos escritores noveles naufragaron, sale airoso, con gran ventaja de su parte, y lo consigue por la actitud sincera y graciosa que adopta en la práctica, frente a sus concepciones. Actitud sencilla y despreocupada, además, que denuncia a las claras la presencia de un poeta en estado de pureza y un talento tendido en una amplitud comprensiva. Podrá negársele solidaridad para los enunciados que, quieralo o no, pregonan con sus trabajos; podrá censurársele su desprecio insistente de las fórmulas tradicionales, definitivamente consagradas, pero no es posible, al mismo tiempo, desconocer la enorme fuerza de simpatía que guardan estos poemas suyos, "proféticos", a base de imágenes esmeriladas".

Vale decir que el autor no asume un papel trascendental, ni siquiera levemente profético, ni batallador. Se inclina mejor al rasgo burlón, a la pirueta ejercida con propiedad oportuna. De sus puntos de vista poéticos, informa con terminante e instructiva concisión en el prólogo:

"Por suerte, se han acabado los versos. ¡No hay más, señores! Los poetas de ahora hacen

poemas. Persiste, sin embargo, la tendencia de dejar mucho papel en blanco dentro de los libros de poemas. Pero, poco a poco, a medida que la civilización artística nos vaya calando, pasará también esa manía; como han pasado el laúd, el juglar y el tren de las 15 y 2."

De esta breve profesión de fe se inferirá que el autor no otorga importancia excepcional a la declaración de sus opiniones sobre la materia. Opta por despojarlas de seriedad y ofrecerlas, ya en un plano de realización, al juicio del lector. Es preferible esto. Los elementos de juicio se encuentran a mano y el balance se libra a la iniciativa individual, exento de dificultades considerables. En este caso, arroja saldos muy favorables para el poeta. Contra las objeciones que suscitan las metáforas prodigadas, la síntesis excesiva, el término demasiado audaz, se alcanzan en cambio las muestras de un fino humor y de un espíritu culto, muestras que se repiten en una mayor proporción y se desenvuelven en ajustado equilibrio con el marco.

No se crea, por eso, que en este libro de poemas ha de hallarse únicamente de valor lo externo y pintoresco. En Alfredo Mario Ferreiro hay un poeta puro, integral, próximo a un maduramiento intelectual del que cabe esperar frutos nobles, acaso bastante distintos a los que de él se conocen. Las composiciones que componen "La esfera sin horas", capítulo del volumen de que nos ocupamos, y la titulada "Canto del ombú para los cuatro horizontes", modelo de contenida dramaticidad las primeras y de égloga moderna la última, permiten, entre otras, vaticinarlo con firmeza.

"NOTICULAS DE UN CRONISTA"

Por LUIS BRAVO Y TABOADA

DESPUES de veinte años de cronista de la vida mundana, el autor de estas noticias juzga de interés reunir los relatos de sucesos sobresalientes en un homogéneo conjunto que revele al avezado revistero de salones.

Dice con verdad el señor Bravo y Taboada que la vida del gran mundo exige una aptitud especial en el periodista, el que debe poseer el estilo adecuado

para deleitar a los lectores con evocaciones de belleza, y recuerda antecedentes ilustres de la crónica mundana, cultivada por esclarecidos ingenios en las viejas cortes de Europa y en los centros cultos de América.

Señala también otras particularidades para las cuales se requiere, dentro del oficio periodístico, condiciones adecuadas para exornar el comentario con el oportuno alifio que puede darle la categoría literaria.

Forman este libro una serie de crónicas escritas con la prisa propia de la tarea periodística y algunos ensayos literarios que revelan una selecta preocupación artística.

"MANUAL DEL FUNCIONAMIENTO DEL SERVICIO DE LA DIRECCION GENERAL DE ADMINISTRACION EN MANIOBRAS"

Por ARGENTINO SOLER

NO son muy comunes aun, entre nosotros, las publicaciones militares sobre temas relacionados con el funcionamiento de los servicios de intendencia, quizá porque todavía la preparación del personal de oficiales que los atiende se halla en pleno período evolutivo. Por eso mismo, es sumamente plausible cualquier manifestación que tienda a demostrar su perfeccionamiento, tal como la representada por el trabajo de que es autor el capitán de Administración D. Argentino Soler, quien en un opúsculo de 129 páginas ha reunido sus observaciones personales hechas durante distintas maniobras del ejército. Y es precisamente la Dirección General de Administración la destinada a preparar los abastecimientos del ejército en maniobras, la que ha procurado describir, completándola con la del funcionamiento del servicio e instalación de las estaciones de comida.

Con juicioso sentido práctico ha dividido su trabajo en dos partes: la preparación del servicio de intendencia y el funcionamiento del mismo, ilustrando los distintos capítulos con los formularios de provisiones correspondientes.

Es un esfuerzo encomiable que acredita en su autor condiciones de estudioso y de observador, gracias a las cuales ha logrado proporcionar a sus camaradas una guía útil para su desempeño en futuras maniobras.

LIBROS ESPAÑOLES AL PRECIO DE ESPAÑA

Toda clase de libros españoles los enviamos por correo certificado seguidamente, cobrándolos al precio que los mismos marcan para España, garantizando que nuestros servicios son siempre de libros nuevos. Envíe cheque, giro o en forma que desee, con el importe de los libros que nos pida y los recibirá en dichas condiciones, corriendo todos los gastos de envío por nuestra cuenta. Citamos algunas colecciones importantes

CERVANTES — Obras completas. Un volumen de 1953 págs., editado a todo lujo, piel flexible. 50 ptas.

SHAKESPEARE — Obras completas. Un volumen de 2197 págs., editado a todo lujo, piel flexible. 50 ptas.

SANTA TERESA DE JESUS — Obras completas. Un volumen de 1400 págs., editado a todo lujo, piel flexible . . . 40 pesetas

GALDOS — EPISODIOS NACIONALES — 46 tomos rústica . 138 pesetas

BLASCO IBANEZ — Obras completas. — 37 tomos. En rústica . . . 185 pesetas

RAMON PEREZ DE AYALA — Obras completas. — 19 tomos. En rústica . . . 95 pesetas

BENAVENTE — Teatro completo. — 35 tomos. En rústica . . . 175 pesetas

HERMANOS ALVAREZ QUINTERO — Teatro completo. — 31 tomos. En rústica . . . 155 pesetas

Servimos en iguales condiciones cuantos libros desee, facilitando catálogos gratis. Nuestro crédito y organización garantiza nuestra sensacional oferta

CREDITO EDITORIAL HERNANDO

Carretas 27-29. Apart. de Correos 1003, Madrid (España)

Margarita Abella Caprile

Sombras en el Mar

Margarita Abella Caprile, la poetisa de "Nieve" y de "Perfiles en la Niebla", se revela en esta nueva obra en la plenitud de su fuerza delicada. Si los libros anteriores anunciaron lo que se podría esperar de su talento y de su espíritu, "Sombras en el Mar" define ya a una personalidad de profundo interés en la poesía de nuestra lengua

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

PRECIO: \$ 2.—

Distribuidores: Agencia Gral. de Librería y Publicaciones, Maipú 49

LOS NUEVOS LIBROS FRANCESES

**DIOS ¿ES FRANCES? —
IMAGEN DE FRANCIA
— EL FRANCES Y LA
AVENTURA**

(Para LA NACION)

PARIS, diciembre de 1930

DIOS ¿ES FRANCES?

UA es sabido que entre los editores franceses M. Bernard Grasset es uno de los que más se distinguen por su ingeniosidad en hacer propaganda a los libros que publica, en "lanzar los libros", según se dice. Pero el procedimiento nuevo que acaba de utilizar no está al alcance de todos los editores. Se necesita, en efecto, que el mismo editor sea también escritor.

Ello no podría, por tanto, arredrar a M. Bernard Grasset, que ha publicado ya, de su propia cosecha, un libro sobre "La chose littéraire" y curiosas máximas sobre "L'Action" y sobre "L'Immortalité".

M. Grasset, por consiguiente, acaba de publicar la traducción de un libro alemán sobre Francia: "¿Dieu est-il français?", original de M. F. Sieburg, seguido de una "Lettre de Bernard Grasset a Friedrich Sieburg", carta réplica a la misma obra.

En verdad, "¿Dieu est-il français?" es una traducción traición del título escogido en alemán por M. Sieburg y que es "Gott in Frankreich", abreviatura de un proverbio germánico equivalente a nuestro "heureux comme un coq en pâte" y que dice "feliz como Dios en Francia". M. Sieburg se cuida menos de saber si Dios es francés que de explicar por qué motivo resulta tan grato vivir en Francia.

La tesis de M. Sieburg me ha recordado la frase de un amigo porteño a quien yo interrogaba sobre los sentimientos de los argentinos hacia Francia durante la gran guerra y que me respondía: "En la Argentina no había francófilos. Todo lo más había gentes que pensaban: '¡pronto una victoria alemana para que nosotros podamos volver a nuestro querido París!'". Esta tesis no está completamente lejos de la que sostiene el conde de Keyserling en su "Análisis espectral de Europa". Francia, para estos dos alemanes, es un jardín, un jardín delicioso donde reina la justa medida, el gusto, el buen sentido y un constante individualismo; donde todo está cuidadosamente limitado y acabado. Esto, por oposición a Alemania, donde nada está nunca acabado, donde todo está en constante transformación. Para M. Sieburg, Francia es uno de los principales adornos de la tierra, pero esta misma cualidad le priva de participar en el movimiento actual del mundo. Es un país atrasado que se niega a darse cuenta de ello y que quisiera imponer su tradicional noción del hombre a la nueva Europa.

A ello responde M. Bernard Grasset replegándose en el mismo terreno donde se ha colocado M. Sieburg y aceptando en globo las definiciones del ensayista alemán. El francés dice M. Grasset, no conoce, en efecto, el estadio europeo; es francés puesto que es hombre. Cree que existe un hombre en él y que las particularidades que puedan presentar los demás pueblos son mucho menos importantes que el fondo común a toda humanidad. M. Grasset apunta tam-



Bernard Grasset, autor de la carta réplica a Friedrich Sieburg

bién que el ideal de la civilización que posee Francia es un ideal universal y no como el ideal alemán, una voluntad de crecimiento del poder humano. Señala de esta suerte las razones de Francia para desconfiar de esta forma del idealismo alemán que está dispuesto a absorber a Francia para amarla mejor.

Pero al final de este diálogo sostenido por dos hombres de buena voluntad no se ha avanzado un paso del punto de partida. Parece que un error fundamental ha falseado la tesis de M. Sieburg y otro error la de M. Grasset. Mientras estos dos errores no hayan sido disipados, las conversaciones ideológicas franco-alemanas seguirán siendo estériles.

El error alemán consiste en resumir a Francia en su humanismo, en su greco-latinismo y en considerar el siglo clásico de Luis XIV como un rostro permanente, inalterable. Si se hace una lista de escritores franceses, desde Ronsard hasta Anatole France, pasando por Corneille, Descartes, Racine, Molière, Voltaire aparece, en efecto, esta fisonomía completamente racionalista. Pero cosa muy diferente sucede si se considera la lista compuesta por Villon, Rabelais, Rousseau, Hugo, Michelet, Baudelaire, Verlaine, Claudel, Proust, Gide, escritores llenos de vida, de lo concreto, de lo irracional.

El error francés consiste en desdenar demasiado a Goethe como elemento esencial del alma alemana y, sobre todo, en tener miedo de Alemania (me refiero al pensamiento y a la sensibilidad alemanas), en no ir a lo alemán como a una fuente, según fueron Hugo, Nerval, Balzac, Michelet y Quinet en los comienzos del siglo XIX. Hugo decía—en su boca esto era un elogio—que Alemania era la India de Europa. Recientemente un alemán comparaba—con una intención menos benévola y subrayando su formalismo—a Francia con la China.

No habrá posibilidad de comprensión recíproca profunda entre Francia y Alemania sino el día en que, renunciando a insistir sobre sus diferencias se comience, desde ambas fronteras, a estudiar en qué puntos Francia y Alemania son complementarias. Pues los dos países son complementarios: se completan admirablemente el uno al otro. Para hablar en términos industriales: Alemania tiene las materias primas espirituales y Francia dispone de las máquinas para trabajarlas. Goethe supo pedir a Francia los métodos de que necesitaba para poner orden en su caos. Nues-

Por BENJAMIN CREMIEUX

guro que las novelas francesas en general. Lo mismo sucede con la poesía. Esto es tanto más curioso de observar cuanto que durante toda la segunda mitad del siglo XIX los poetas y los novelistas franceses primaban en el mercado. Baudelaire y los simbolistas han tenido una influencia mundial. Flaubert, después Zola, Maupassant y los naturalistas fueron imitados en todos los países. Es que el lirismo y la novela son instrumentos de conquista. Tienen por objeto espiritual acrecer, ensanchar nuestra visión del mundo interior y exterior. Y el espíritu francés de hoy no parece ser tan conquistador como lo era hace cincuenta o cien años.

Lo que el extranjero espera hoy de Francia es: ideas y programas de vida moral; perfeccionamientos formales; libros de recreo.

Ya el enorme éxito mundial de Anatole France estribaba en que ese escritor aportaba ideas (discutibles, fáciles, pero ideas), en que escribía bien y en que sus libros eran distraídos. Tómese ahora a todos

aquellos escritores franceses que tienen éxito fuera de Francia—desde Duhamel y Maurois hasta Dekobra y Pierre Benoit—y se verá que todos ellos entran en una—a veces en dos—de las categorías más arriba citadas.

Moralistas, clasificadores, amenos: estas son tres virtudes francesas por excelencia. Pero también hay otras, aun cuando parezcan atravesar hoy un eclipse. No está dicho, empero, que este eclipse deba ser eterno, ni que pronto no haya de tener fin.

EL FRANCES Y LA AVENTURA

Los dos libros franceses de que más se habla en este momento son "La voie royale", de M. André Malraux, y "Malaisie", de M. Henri Fauconnier. ¿Cuál es el contenido y el asunto de estos dos libros? El deseo, la necesidad de romper con el orden social, de partir hacia la aventura, a la conquista de sí mismo.

El aventurero de M. Malraux es un anarquista que no vacila en declarar una guerra abierta a la autoridad. El de M. Fauconnier no es menos anarquista, pero se contenta con hacerse un hueco independiente en la selva de Malacca.

Puede, ciertamente, recordarse a Conrad leyendo tales libros, pero el móvil de estos aventureros franceses es completamente diferente del móvil de sus hermanos ingleses. No obedecen al llamamiento de la aventura sino a la voluntad de rechazar el orden impuesto, de romper la argolla que pesa sobre sus espaldas.

"Malaisie" y "La voie royale" tienen, según parece, grandes probabilidades de obtener el premio Goncourt. Entre los demás libros de que se habla debe citarse también "Le corset noir", de M. Alain Lau-breaux, cuyo comienzo ocurre en la República Argentina y que evoca con mucha precisión y veracidad la vida de una estancia.

Entre las restantes novelas del momento conviene citar "Le désordre", obra de la actriz Simone. La intérprete de Bernstein no nos ha dado el relato más o menos autobiográfico que se esperaba de ella. Simone cuenta, con mucha sobriedad y patetismo, la historia de una pobre muchacha desgraciada que persigue vanamente un amor que se le escapa.



André Malraux, autor de "La voie royale"

tros románticos pidieron a Alemania, a fin de romper el esquematismo clásico, un poco de su espíritu de conquista y de su vitalidad.

IMAGEN DE FRANCIA

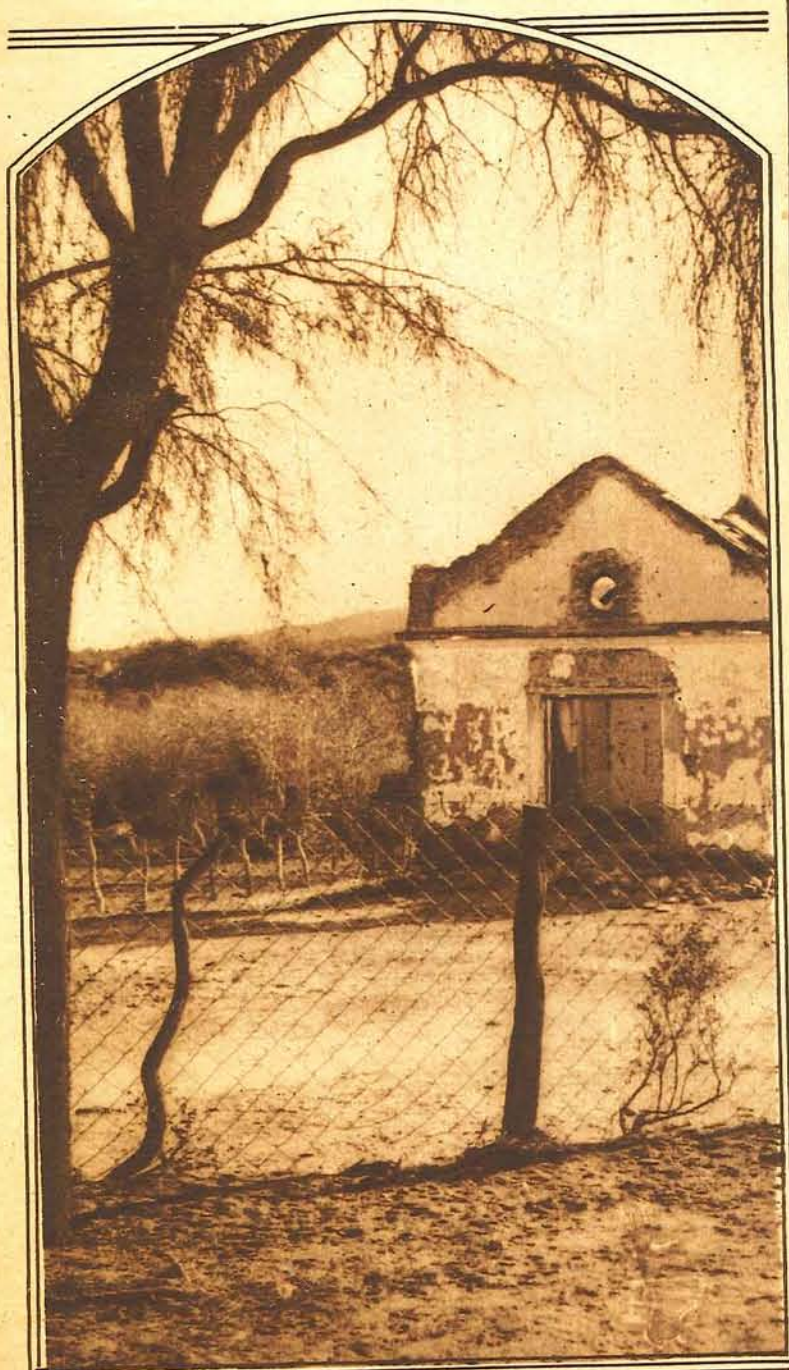
En realidad, la imagen que M. Sieburg se hace de Francia, después del conde de Keyserling, es una imagen de época. La Francia de post-guerra aparece ante el mundo en todos los dominios, político, económico, social y espiritual como un país conservador, en el sentido más estricto de la palabra. Francia piensa conservar lo que posee y existen pueblos, como el pueblo italiano, por ejemplo, que juzgan que poseen demasiado. El espíritu francés aparece ante el mundo como un espíritu de orden y de defensa, no como un espíritu de conquista. Y esta manera de considerar a Francia se traduce en aquello que el extranjero reclama y espera de Francia. El extranjero apenas espera ya nada de la literatura francesa, del lirismo, ni de las novelas. Las novelas inglesas y rusas tienen un público mundial mucho más se-



Mme. Simone, autora de "Le désordre"



CUADROS TÍPICOS DEL INTERIOR. — Arreo en la cuesta de Miranda, La Rioja.



Rincón característico en Banda de Varela, Catamarca.



CUTIS BLANCO Y SUAVE

Aprecie los beneficios de un ligero masaje diario con la espuma espesa del Jabón Heno de Pravia. Poros verdaderamente limpios. Piel tersa y firme. Suavidad de terciopelo. Perfume gratísimo y persistente...

El cutis bien cuidado, transpira y vive. El Jabón Heno de Pravia es todo pureza, suavidad y aroma.

\$ 0.70
EN LA CAPITAL



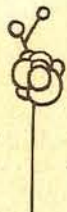
JABÓN HENO DE PRAVIA

Proveedores de
SS. MM. los Reyes de España.

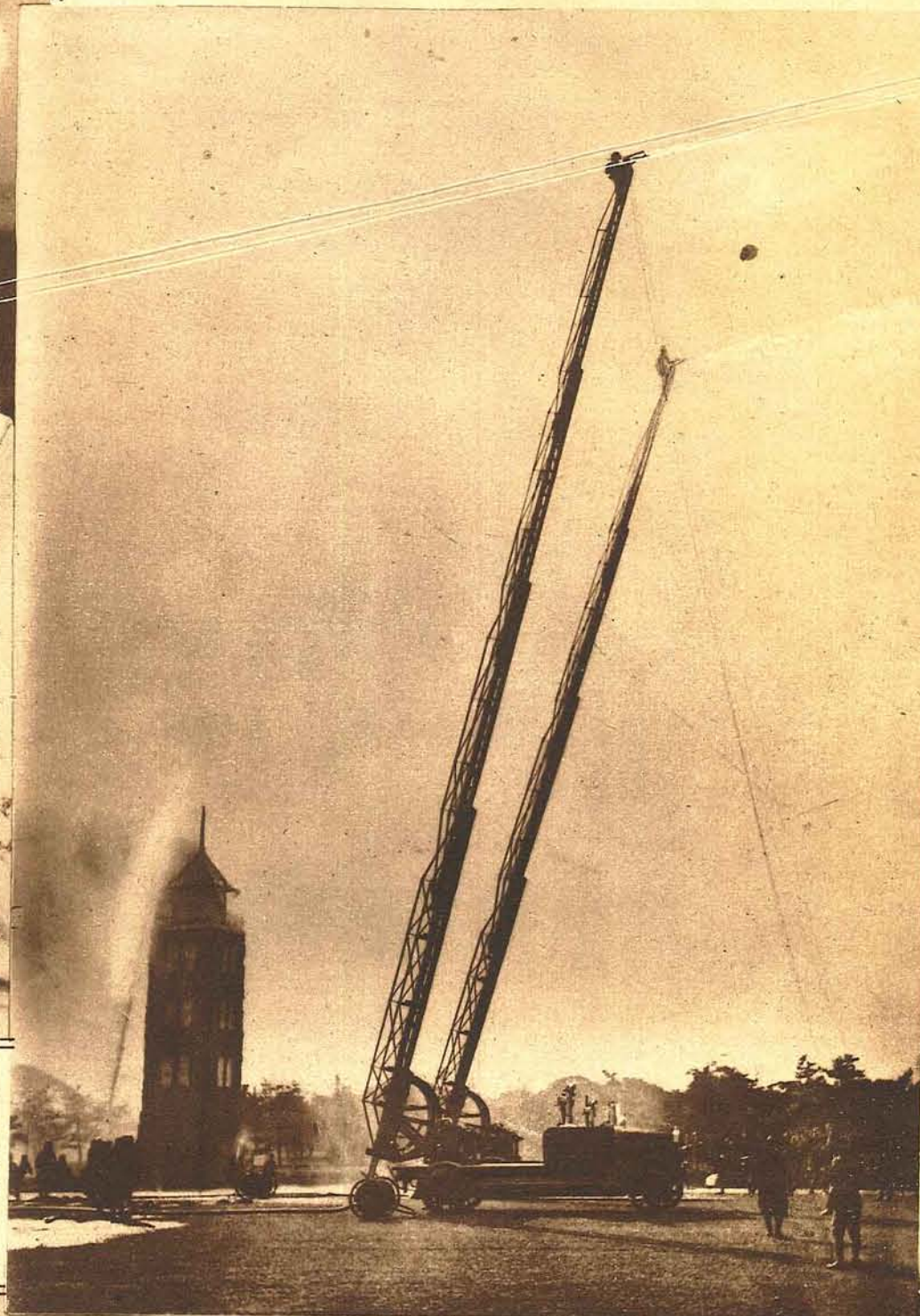
PERFUMERÍA
GAL
MADRID
BUENOS AIRES
LONDON
NEW YORK



Rosas comestibles. — Londres celebró una exposición de arte culinario. Las flores, si no aparecen en los menús, figuran siempre en toda mesa bien servida. Esta linda cocinera cuida de un ramillete de rosas... en almíbar.



Demostración de las bondades de un aparato para incendios, en combinación con una poderosa escalera, ensayado en Tokio, Japón.



Viento, sol y polvo dañan el cutis
Crema Hinds lo protege y embellece

Antes de salir al aire libre, especialmente si ha de exponerse al sol, viento o polvo, aplíquese usted una pequeña cantidad de Crema de miel y almendras Hinds, y empólvese encima. Gracias a este sencillo tratamiento se protege el cutis y se conserva siempre claro, terso, juvenil.

Excelente como base para el polvo.

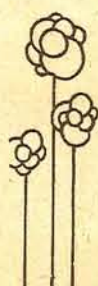
**CREMA
HINDS**

Para la cara
y las manos
y los brazos
y el cuello
y el escote

Sana el cutis
y lo blanquea
y lo vigoriza
y lo protege
y lo suaviza



Mientras la nieve cae sin piedad en el norte de los Estados Unidos, las chicas que pasan sus vacaciones en Miami o en otras playas de Florida, a pocas horas de Nueva York, se pasean por la playa con pijamas inspirados en los trajes de los pescadores vascos, como los que se ven en la fotografía.



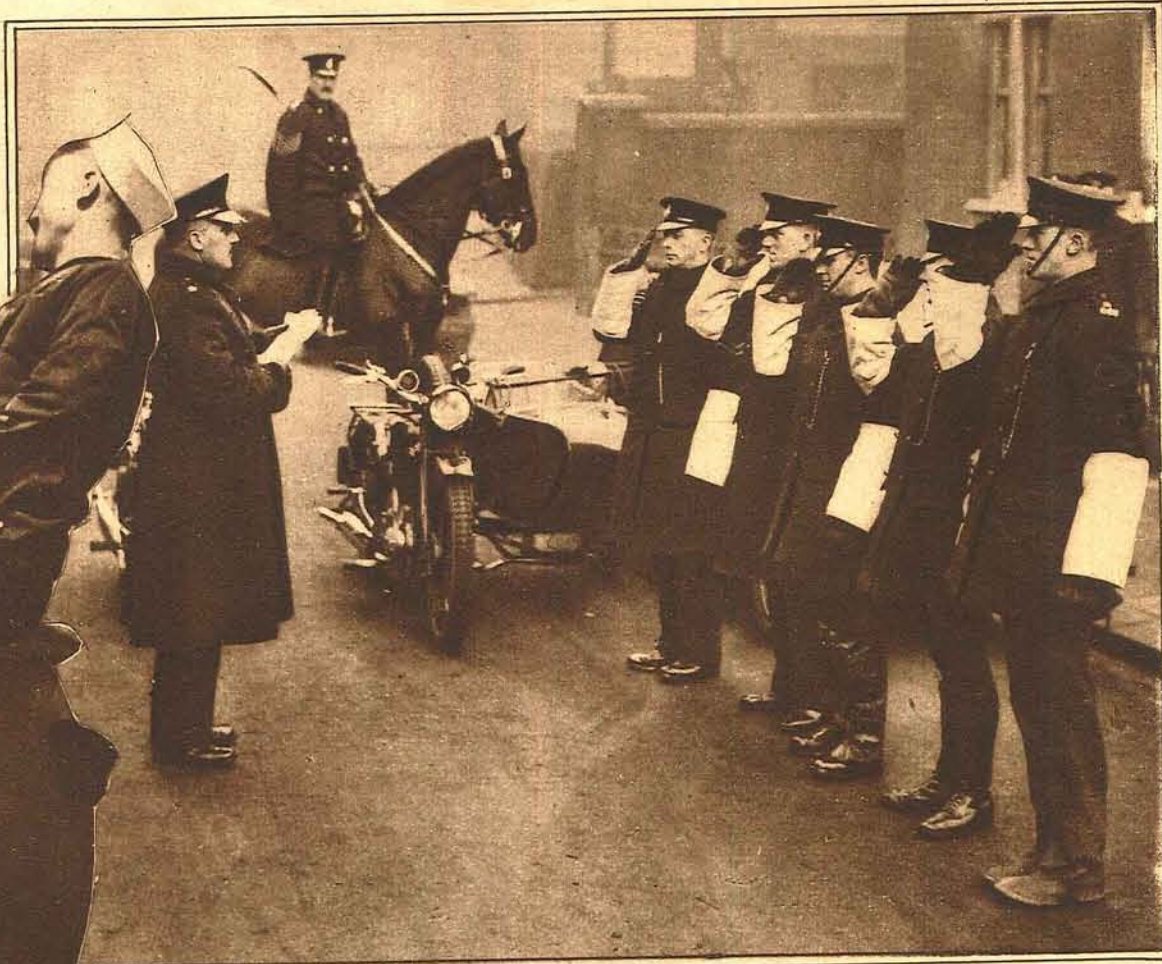
TODAS LAS PERSONAS
QUE AHORRAN, SE
ASEGURAN UN
DESCANSO DECOROSO
PARA LA VEJEZ.

NO PERMITA

que el infortunio llame a sus puertas. La previsión es compañera de la buena suerte. ¡Ahorre para el mañana! El Banco "El Ahorro" le abona el 8 % de interés anual, y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

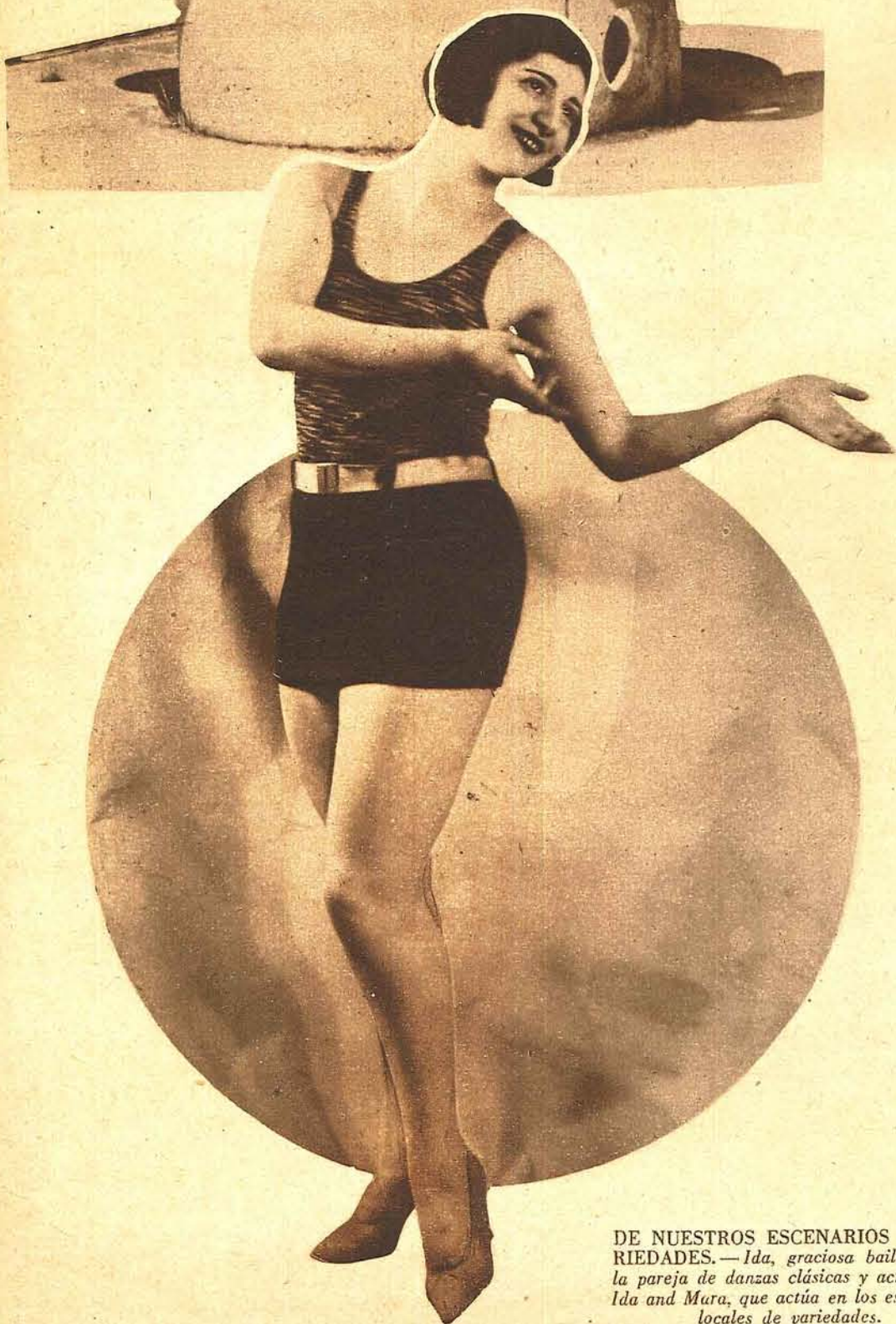
Opera desde hace veintinueve años a completa satisfacción de sus clientes.



Dos marineros de la flota norteamericana, en una vieja urna ubicada en los jardines del Palacio Imperial de Pekín, escuchan los divertidos relatos que les hace el guía chino.



La "policía móvil" creada en la capital británica, ha entrado a actuar con mucho éxito por tratarse de una organización necesaria en una gran ciudad. El inspector de distrito dando instrucciones a una de las "patrullas volantes".



DE NUESTROS ESCENARIOS DE VARIEDADES. — Ida, graciosa bailarina de la pareja de danzas clásicas y acrobáticas Ida and Mura, que actúa en los escenarios locales de variedades.



Todas las bellezas de los Champs Élysées aprecian este secreto

El país encantado de toda mujer elegante—los Champs Élysées. Aquí ella puede ver y ser vista—admirar ser admirada de muchos; envidiada por todos aquéllos que se maravillan de ver cuán atractivos logra conservar sus prendas.

El secreto está en la forma que ella exige para su lavado—con Lux—siempre. Sin frotar—solamente la espuma rica (y depurativa) de las puras escamas de Lux—la suciedad desaparece como por encanto — queda restaurada la belleza de la más delicada tela — prolonga la duración de las prendas frágiles.

Si Vd. desea conservar sus bellas prendas—vestidos, medias finas, delicada lingerie—exija que sean lavadas con Lux solamente.

LUX

PARA EL LAVADO SEGURO
Precio: 20 y 45 ctvs. el paquete



L X 72

LEVER HERMANOS LIMITADA, BUENOS AIRES

Para el salón y para la playa

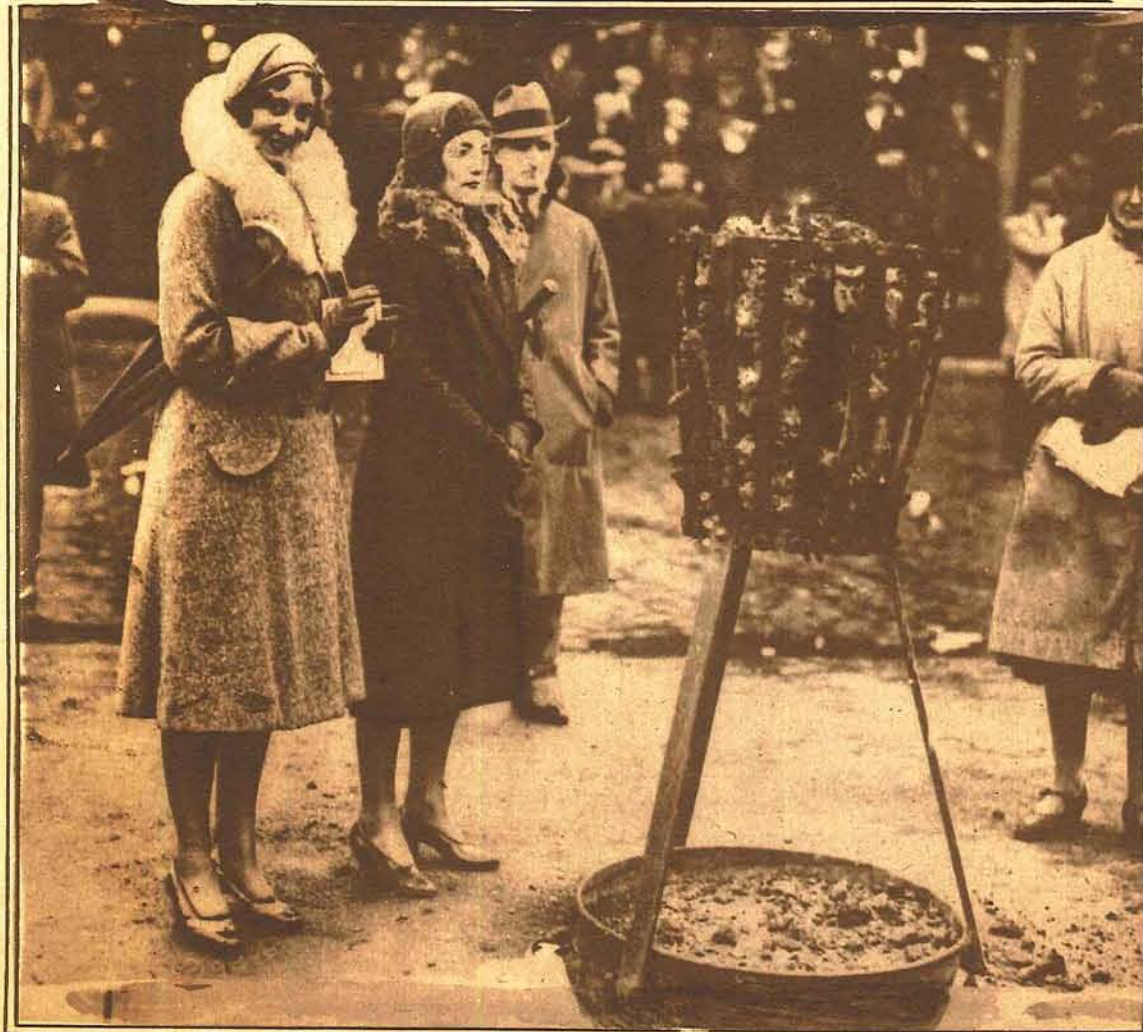
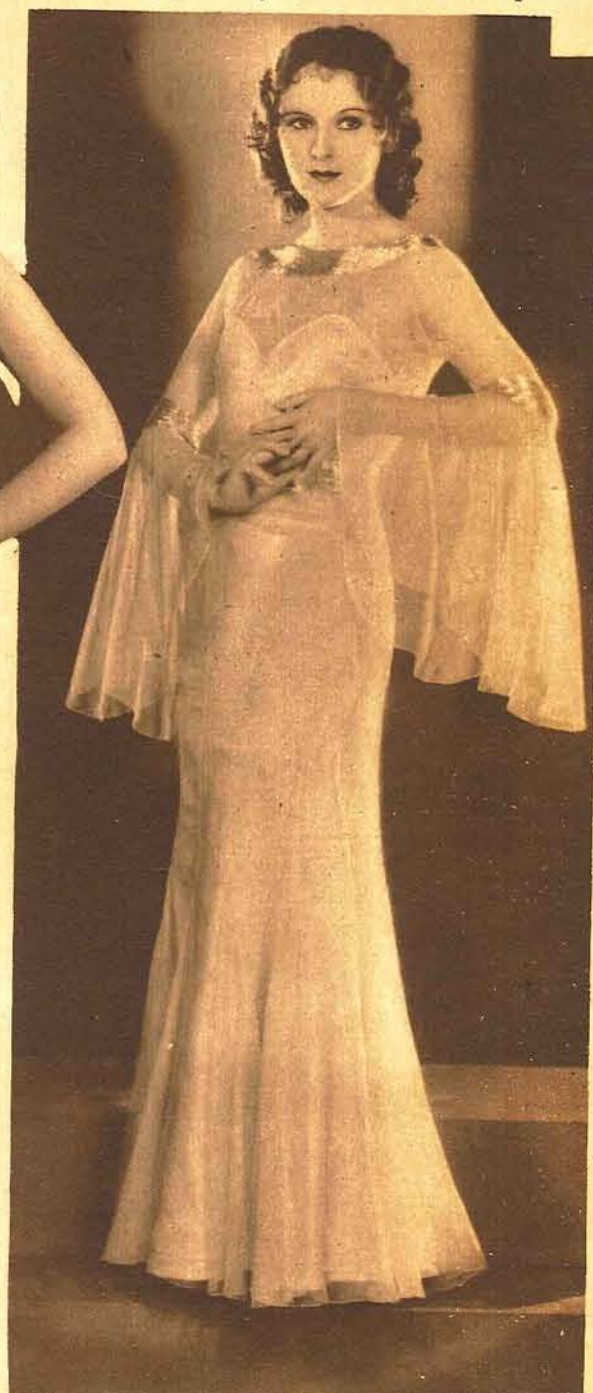
Las exigencias de la vida moderna obligan a la mujer a usar trajes bien "contradictorios". Como quedan las más populares artistas de la pantalla listas para concurrir a una "soirée" o para pasear por la playa, lo muestran las fotografías cuya serie comenzamos a publicar.



GWEN LEE



DOROTHY JORDAN



En Londres como en París. Para ahuyentar el frío, los británicos han echado mano de un recurso que ya habían ensayado los franceses con muy buen resultado: la colocación de braseros en los campos de sports y en varios otros sitios públicos.



Todas me envidian este alegre chiquitin . . .



El mejor medio para que el bebé esté alegre es mantenerlo cómodo. El único medio para lograr la comodidad del bebé, es que después del baño y a cada cambio de ropa se le rocíe el tierno cuerpecito con el famoso Talco Boratado Mennen. Se alivian así las irritaciones causadas por la humedad y el ardor producido por el roce y el calor. Y la frescura que imparte el Talco Boratado Mennen proporciona esa incomparable comodidad que dá al bebé alegría, la base de una buena salud.

TALCO BORATADO MENNEN

Donde hay un bebé, ahí debe estar.

Distribuidor: H. E. HERZFELD — Rio de Janeiro 233 — Bs. Aires



Vista panorámica de la cancha Olympia para saltos de skys en Saint Moritz, en la cual se puede apreciar en primer término el número crecido de trineos de caballos.



En un concurso de belleza infantil realizado en la Cote d'Azur, tocóle a este niño el primer premio.

"El tirabuzón", ha sido denominada esta curiosa planta, cuyo tronco tiene la singularidad de formar una espiral.



Protéjale Sus Dientecitos

Para que sus niños puedan crecer con salud, sus dientes bien formados y sanos, debe desde ahora cuidarles sus dientes.

La Crema Dental Squibb es un excelente dentífrico, y sin embargo, inofensivo y agradable. Contiene más de 50% de Leche de Magnesia Squibb eficaz antiácido que penetra en los intersticios de los dientes y contrarresta los destructores ácidos bucales que causan la caries e infecciones de las encías.

Descuidar los primeros dientecitos puede resultar de consecuencias para los niños. Para asegurarles su salud futura, acostúmbrelos a cepillarse los dientes diariamente; ésto no será difícil si emplean Crema Dental Squibb, cuyo sabor exquisito tanto gusta a los niños.

CREMA DENTAL SQUIBB

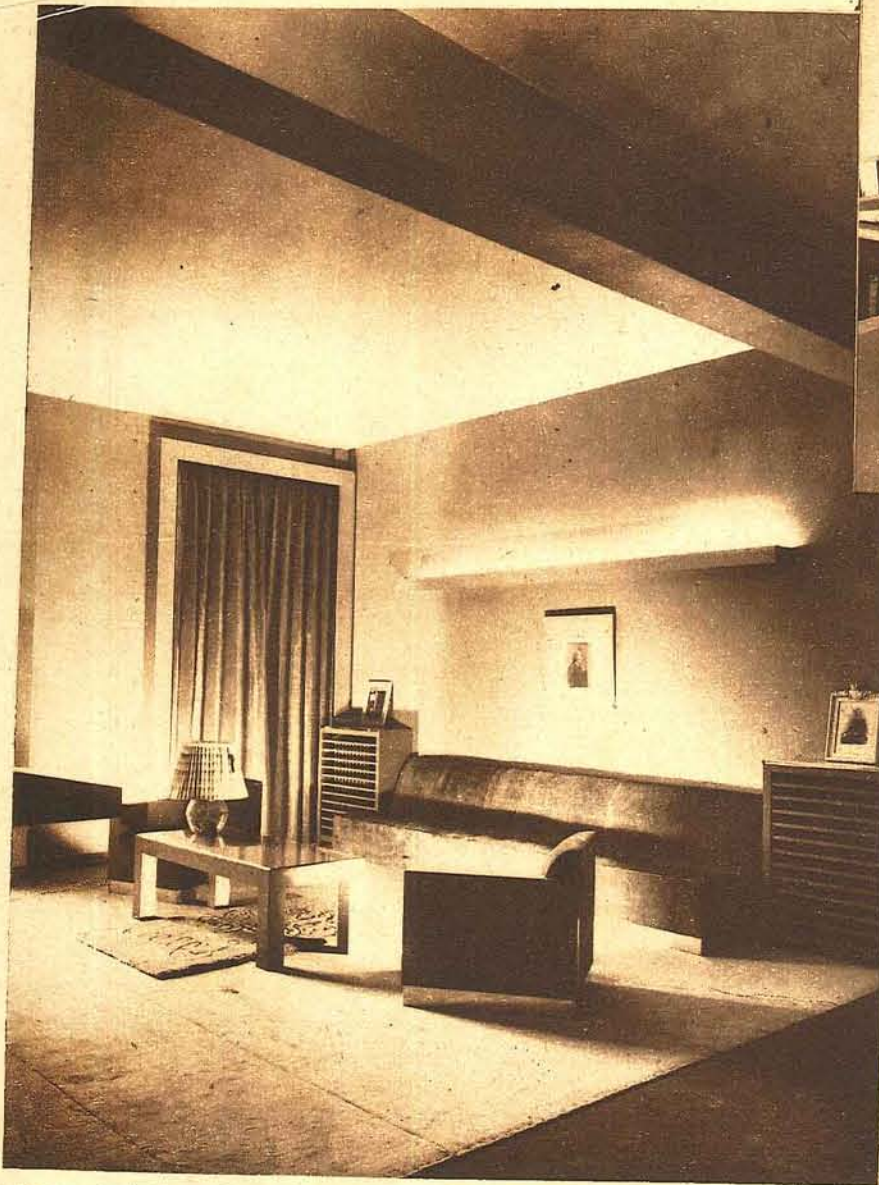
Protege la Línea del Peligro

E. R. SQUIBB & SONS, NUEVA YORK
Químicos Manufactureros Establecidos en el Año 1858

Representantes:
L. VAN BOKKELEN, Inc.
Calle Caseros 820-836
Buenos Aires



*La agencia de
"La Nación" en París*



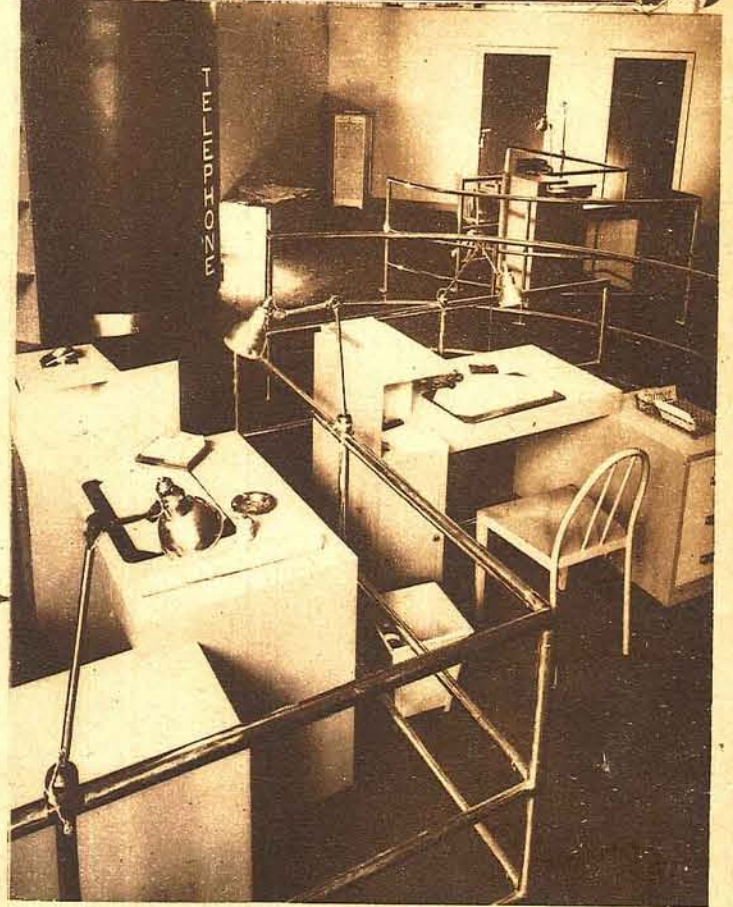
La Agencia de LA NACION en París ha inaugurado recientemente sus instalaciones en La Avenida de Campos Elíseos, 127. Vista del salón de conversación.



El salón de lectura.



La oficina general.



Despacho del representante.



PARIS LE BRISTOL

112 - Faubourg Saint Honoré

*El único Hotel dotado de una
instalación especial de ventilación
y de refrigeración para el verano.*

ABIERTO EN 1930

Telegr. Bristonoré-París



Dos Jabones para el Cuidado de Cutis -Puros y Económicos



PARA su toilette diaria, elija Ud. estos dos jabones puros y suaves. Use en el baño el puro, económico y duradero Jabón Original Transparente y para asear suavemente y tonificar el cutis, use Ud. en el tocador el Jabón Golden Glory, de deliciosa fragancia. Pruébelos hoy mismo. Llene y envíenos el cupón al pie y recibirá Ud. media pastilla de cada uno de estos dos jabones, en un bonito estuche que le agrada conservar. Envíenos el cupón hoy mismo.

LOS JABONES DE

PEARS

GOLDEN GLORY Y
ORIGINAL TRANSPARENTE

CUPÓN

Sres. HUSSEY & Cía. (Depto. N° 6)
Paraguay, 1312, BUENOS AIRES.
Sirvase remitirme un estuche Pears para el
cual incluyo 50 centavos en estampillas.

Nombre

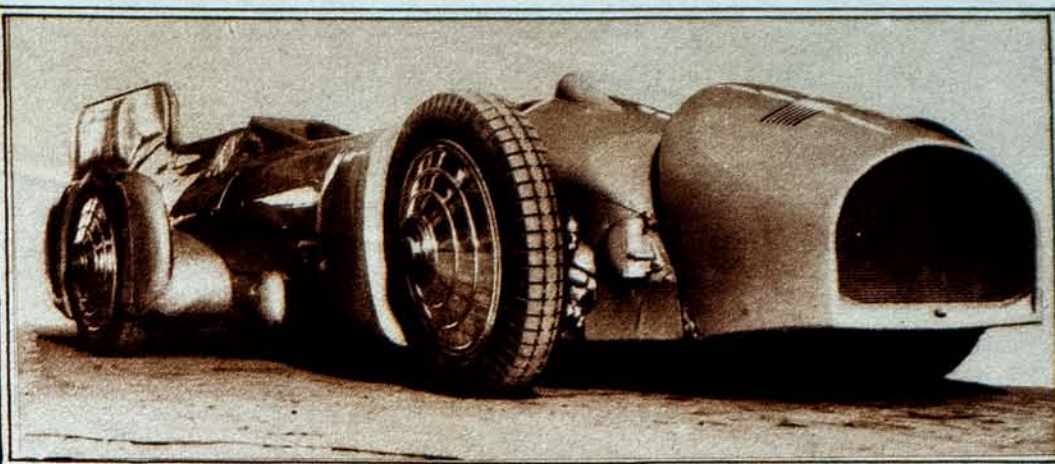
Calle N°

Ciudad Prov.

Sírvase escribir claro. N° 6



La princesa Maria José de Bélgica, esposa del príncipe del Piemonte en compañía del famoso dibujante humorístico británico, capitán Alan d'Egville, en Murren, Suiza.



"El pájaro azul" de 1400 HP. y 12 cilindros con un promedio de 100 metros por segundo que acaba de cumplir en Daytona Beach, Florida, una destacada performance. Pertenece al famoso corredor británico, capitán Malcolm Campbell.

"Palidecen las pecas; se alisa la indiscreta arruga"

dice la eximia actriz doña Blanca Podestá

Su valioso secreto de Belleza y Juventud

"Aplicaciones constantes de Crema de Oriente Vindobona", dice doña Blanca Podestá. La famosa actriz, que tanto brilla por su arte como por su lozana hermosura, ha revelado el secreto de su tocador, que es también el de muchas entre sus destacadas compañeras. Crema de Oriente Vindobona es todo cuanto usted necesita. "La edad no interesa", dice la gentil actriz. "Crema de Oriente Vindobona resuelve este problema: cómo mantener un cutis de niña."

El tratamiento fácil y de resultados rápidos

Cualquier cutis — el cutis de usted, se renueva normalmente con sólo este tratamiento sencillo y agradable. Cuando Ud. va a reposar no descansa su rostro sobre la almohada sin antes haberlo limpiado bien y haber aplicado Crema de Oriente Vindobona. Con la ligera presión de los dedos penetra por la epidermis hasta las capas ocultas de la misma y allí "trabaja". Sí; realmente, hay bajo la superficie marchita de su cutis un maravilloso laboratorio donde se prepara el cutis que Ud. ostentará mañana. Allí la Crema de Oriente Vindobona estimula y allí disuelve las pecas y manchas cutáneas, refina los poros, alisa las arrugas y blanquea la piel. Usted podrá constatar los resultados ya a la mañana siguiente de la primera aplicación. Su espejo le confirmará que aparece una nueva belleza en su rostro, un cutis lozano, blanco, liso y suave, que estaba oculto detrás de la máscara que sobre él había formado la capa exterior marchita. Ese proceso de renovación, de verdadero embellecimiento es agradable. Nadie se dará cuenta de que usted sigue un tratamiento. Sana las grietas y paspaduras en seguida que se aplique, y protege la piel contra las inclemencias del tiempo.

Garantía Vindobona

Por si no bastara la opinión de miles de señoras bellas de Europa y América, los Laboratorios Vindobona garantizan ampliamente la bondad de los productos que ofrecen. Si a usted la Crema de Oriente Vindobona no le diera resultados satisfactorios, preséntese con sus boletas de compra, o si reside en el interior, escribanos y le devolveremos íntegro el dinero gastado.

Crema de Oriente Vindobona se vende en la Sucursal Argentina de los
LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8, PISO 1°

(Venta atendida por señoritas)

BUENOS AIRES

EN MONTEVIDEO: Andes 1338, piso 3°
También la venden todas las casas de mayor prestigio, entre ellas:

Franco Inglesa
Sarmiento y Florida
Casa Argentina Scherrer
Suipacha 171
Farmacia Scanapieco
Esmeralda y Tucumán
Farmacia L'Aiglón
Callao 200
Ciudad de México
Sarmiento y Florida

Gath & Chaves
Casa Central y Sucursales
Farmacia Ferrini
Florida 820
Farmacia Canning
Canning y Santa Fe
Farmacia Chialvo
Sarmiento y Talcahuano
Farmacia González
Rivadavia 5400

Folleto gratis. Llame y envíe el cupón.

LABORATORIOS VINDOBONA L.N.O. 65
Florida N° 8 - Piso 1° - Buenos Aires.

Sírvanse enviarme gratis folletos explicativos sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre
Calle..... N°.....
Ciudad..... F. C.....

"Admíran mi cutis blanco, terso, de impecable pureza. ¿El secreto? — Aplicaciones constantes de Crema de Oriente Vindobona. El cutis mejora, se libra de imperfecciones. Gradualmente palidecen las pecas, se alisa la indiscreta arruga... Crema de Oriente Vindobona, la crema de exquisito perfume, resuelve este problema: cómo mantener un cutis de niña. La edad no interesa".

Blanca Podestá



El pájaro "Luo" cuyo nombre verdadero es Menura Superba Davies se encuentra al sur de Gales donde se le cuida y admira por la belleza de su color que presenta singular similitud con el plumaje humano.



Elimina el vello ...como por magia

Este es el medio moderno para eliminar el vello definitivamente. Comunica a la piel suavidad y lozanía. No irrita. Humedezca usted la piel a depilar con agua, empólvela con "Racé" y lávela en seguida. Mire cómo todo vestigio de vello ha desaparecido y la piel ha quedado suave como la de una criatura. No importa que el vello sea fuerte y duro. No importa que productos menos modernos hayan estimulado el crecimiento del vello. "Racé" lo destruirá instantáneamente, dondequiera que se presente, en cualquier extensión de la piel, lo mismo en los brazos, en las piernas, axilas o en el rostro.

No tiene olor

Ese fino polvo llamado "Racé" es completamente diferente de cualquier depilatorio que puede Vd. haber usado. Es ligeramente perfumado—para no tapar un mal olor—"Racé" sin perfumar, no tiene olor ninguno. No contiene ninguna de las sustancias cáusticas combinadas en los antiguos depilatorios. Por eso puede usarse sin cuidado. Jamás irrita. No produce rojez.

Impide el crecimiento de vello nuevo

Donde usted use "Racé", el vello no volverá a crecer, y si después de muchos meses apareciera otro vello nuevo en el mismo sitio, será débil, porque será nuevo. Una nueva aplicación de "Racé" lo destruirá para siempre.

Las casas de prestigio venden "Racé", entre ellas:

Laboratorios Vindobona	Franco Inglesa	Gath & Chaves
Florida 8 (piso 1°)	Sarmiento y Florida	Casa Central y Suc.
Farmacia Nelson	Farmacia Gibson	Casa Scherrer
Suipacha 477	Florida 281	Suipacha 171
Farmacia Inglesa	En Montevideo:	En Mar del Plata:
Av. de Mayo 900	Andes 1338 (piso 3°)	Toda buena farmacia

...y cuando se quite
el antifaz!

por más que haya bailado y a pesar de la fatiga, propia de los días estivales, notará que el polvo **LE SANCY** ha conservado su rostro con toda frescura.

El polvo **LE SANCY** jamás se agruma.

Se vende en cinco tonos distintos y en la caja patentada "Tricolor" única en el mundo.

Caja Grande \$1.90

Caja Media \$0.70

Perfumeria
Dubarry

